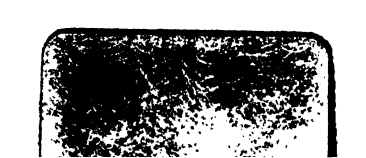


POESÍAS

DE

DON CASIMIRO DEL COLLADO,

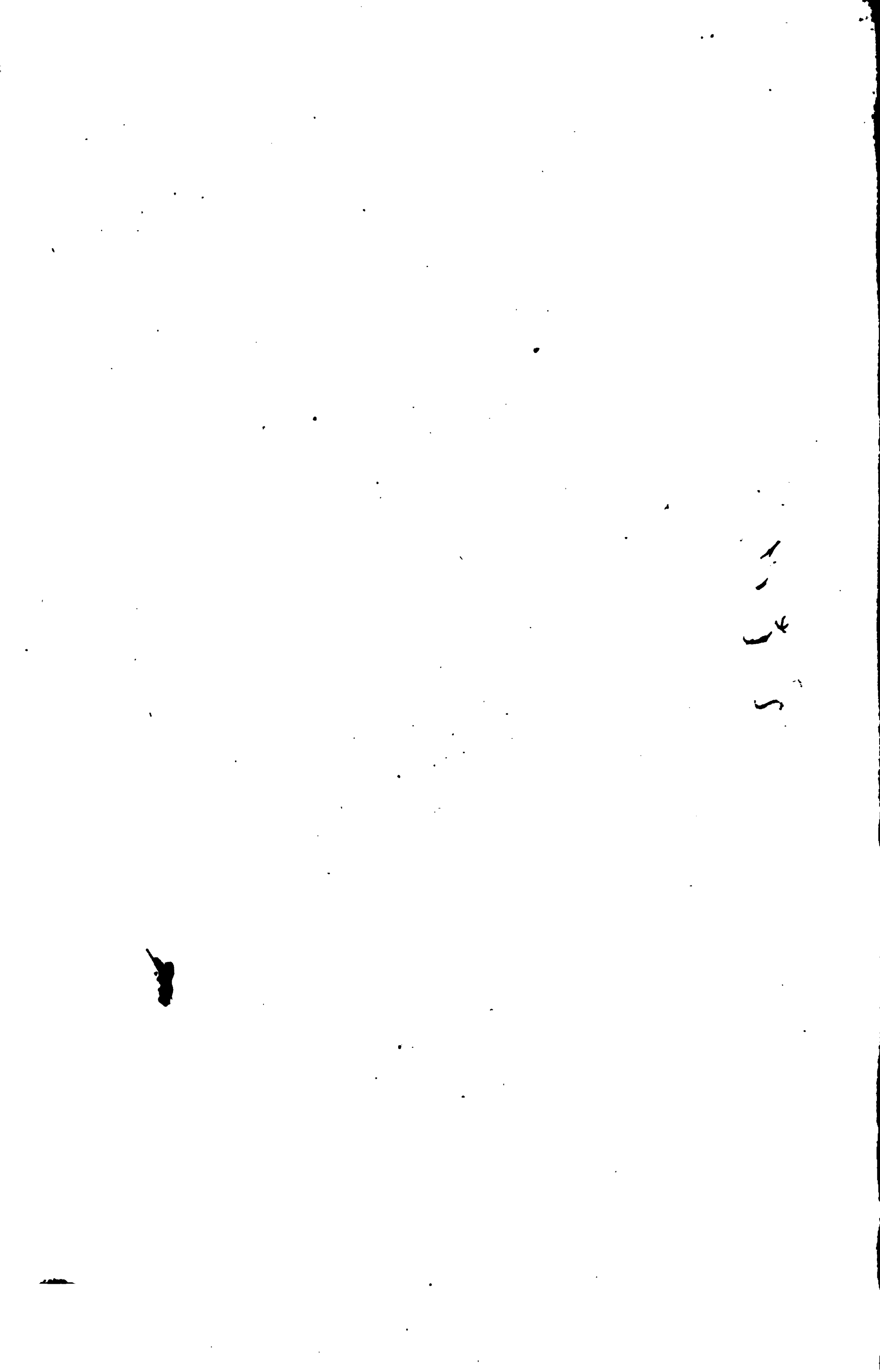
DE LA ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Sed canit inter opus.
TIBULO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1880.



POESÍAS.

POESÍAS

DE

DON CASIMIRO DEL COLLADO,

DE LA ACADEMIA MEJICANA,
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA.

Sed canit inter opus.
TIBULO.

SEGUNDA EDICION, CORREGIDA Y AUMENTADA.

MADRID:
IMPRENTA DE FORTANET,
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.

1880.

PRÓLOGO.

Cuenta Estéban de Garibay en sus *Memorias*, que hablando en cierta ocasion con el cronista Pedro de Alcocer, díjole éste con orgullo toledano: «No pensé yo que en Vizcaya habia letras, sino armas:» á lo cual digna y reposadamente contestó el historiador de Mondragon: «Háylas, señor: húbolas siempre, y yo soy el mínimo de ellas.»

Si no fuera tan feo pecado la vanidad, áun la de patria y linaje, algo por el estilo, y quizá con mejor razon, debiéramos contestar los montañeses á los que tienen á nuestra gente por ruda y de pocas letras, aunque ladina y cautelosa. Decir, como cuentan que dijo Lista, que

«del Duero allá no nacen poetas,» no pasa de ser injuria gratuita, y absoluto olvido de nuestra historia literaria. Dejemos que asturianos, gallegos y vascongados se defiendan por sí: en cuanto á nosotros ¿cómo olvidar que montañés era el Pedro de Riaño, autor del *Romance del Conde Alarcos*, superior en bellezas de sentimiento á todos los de nuestra poesía popular y semipopular, y adorado y admirado por Madama Stael: que Rodrigo de Reinosa se llamaba el maligno juglar que aderezó el *Romance de la Infantina*, tan agudo y picante como un *fabliau* francés y más sóbrio que ninguno; y que desenfadadamente trazó los cuadros casi *aretinescos* de las *Coplas de las comadres*, y en infinitos pliegos sueltos derramó los rasgos de su fecunda y maleante vena, no ménos que los dos escolares Juan de Trasmiera y Jorge de Bustamante, autor este último de la comedia *Gaulana* y traductor de Ovidio? ¿Y nació por ventura á orillas del Tajo, del Bétis ó del Guadiana, el ingenioso autor de los *Empeños del mentir*, de *El trato muda costumbre*, y de *El montañés indiano*, comedias imitadas por Molière y por Le Sage; D. Anto-

nio de Mendoza, á quien llamaron el *Discreto de palacio*, y que en lo lírico brillaria más si sus *discreciones* conceptuosas no enturbiasen el fácil raudal de su vena en sonetos y romances?

Esto sin contar con que además de *vencer reyes moros, engendramos quien los venciese*, y del solar de la Vega salió aquella fiera y alentada rica-hembra, madre del marqués de Santillana; y del valle de Carriedo vinieron á Madrid, por cuestion de amor y celos, los padres de Lope; y del valle de Toranzo los de Quevedo, que de montañés se jactó siempre.

Y viniendo á tiempos más cercanos, al siglo en que vivimos, nadie negará el título de poetas, y de no vulgares dotes, al santanderino Trueba y Cosio, que manejó la lengua inglesa con mayor elegancia y brío que la suya propia, y enarboló ántes que ninguno la enseña romántica, alcanzando en la novela histórica al modo de Walter-Scott, lauros todavía no marchitos; á Campo-redondo que, con trabas de escuela y rasgos no infrecuentes de prosaismo, se levantó á veces de la medianía, en algunas de las rotundas y bien cinceladas octavas del canto

de *Las armas de Aragon en Oriente* y en la oda *A los antiguos cántabros;* al melancólico y delicado Silió, honra de Santa Cruz de Iguña; al incorrecto y desmandado Velarde, de quien se ufana Hinojedo; al terso y clásico Laverde; al desenfadado y gallardísimo narrador de las aventuras del *Jándalo* y donoso y realista parodiador de la poesía bucólica en *Los pastorcillos*, D. José María Pereda, poeta cómico asimismo de fácil y abundante vena; á *Juan García* (Amós Escalante), incomparable maestro de lengua, así en prosa como en verso; á Adolfo de la Fuente, traductor dichoso de Víctor Hugo, y á tantos más, de quienes fuera prolijo hacer memoria.

Montañés es tambien, aunque no todos lo saben, el Sr. Collado (cuyos versos va á saborear el lector), y paisano mio dos ó tres veces, como nacido en mi provincia, en mi ciudad y hasta en mi barrio y calle. ¡Imagínese el pío leyente si le tendré aficion y cariño! Pero no han de ser éstos parte á torcer lo recto y rigoroso de mi justicia, y pienso que mis elogios ántes han de parecer frios y mezquinos que

hiperbólicos ó dictados por la amistad y el paisanaje. Tal y tan grande es el mérito de los versos del Sr. Collado, de cuyas circunstancias voy á informar al público, ya que alejado casi siempre de la Península mi amigo, su nombre no ha alcanzado hasta ahora en España toda la notoriedad y fama que merece.

Nacido y educado en Santander el Sr. Collado, fué á demandar como tantos y tantos otros montañeses, el secreto de la fortuna al Nuevo Mundo, y la fortuna se le mostró risueña y propicia; pero nunca, áun en medio de los azares de la vida mercantil é industrial, le hizo olvidar el sereno culto de las Gracias que por primera vez acariciaron su mente en el trasmerano valle de Liendo, al sonar en sus oidos la voz

.del docto sacerdote, á cuyo celo
debí entender los que el glorioso Lacio
dió á las humanas letras por modelo:
Maron y Livio, Ciceron y Horacio.

Quiere esto decir, que la educacion literaria del Sr. Collado fué severa y rigorosamente clásica, y que en tal concepto se parece poco á

otros poetas del Norte de España: á pesar de lo cual, hay en su vida una larga época independiente y revolucionaria, y áun puede decirse que fué en México uno de los corifeos del romanticismo. Nótese que hay versos entre los suyos, fechados en 1840 y 41: en el período álgido de aquella calentura poética.

No condeno yo las tendencias que entónces siguió mi paisano, ni habrá quien tenga valor, si es artista, para condenar aquel movimiento que devolvió á nuestra poesía su independencia, plenitud, gala y generoso abandono, perdidos casi desde los tiempos de Calderon, y sembró, como rastros de luz á su paso, la ámplia y vigorosa concepcion de *Don Alvaro*, las pompas de la *Inmortalidad* de Espronceda, y los *Romances Históricos* del duque de Rivas, y *El Cristo de la Vega* y *El Capitan Montoya* de Zorrilla. ¿Cómo resistir á tales esplendores un mozo de aquellas calendas, y más si (como el señor Collado) era docto en lenguas extrañas, y conocia otros romanticismos, y podia embriagarse de color y de música en las *Orientales* y en las *Hojas del Otoño*, y escuchar absorto las

penetrantes y desusadas armonías de *Childe-Harold*, del *Pirata*, de *Lara* y de la *Novia de Abydos*?

Pero no ha de negarse que lo que aquí llamábamos romanticismo, sirvió de pasaporte á una literatura tan falsa, amanerada y convencional como las *Arcádias* y el bucolismo del siglo XVIII, y fué una calamidad en manos de los poetas mediocres. El toque estuvo en prescindir de ciertas formas é invocaciones mitológicas, en preferir asuntos de la Edad Media, y en variar mucho de metros, en no hacer anacreónticas ó églogas sino *orientales*, *fantasías*, *pensamientos* ó *fragmentos*, donosa invencion esta última para disimular lo vacío ó incoherente de la idea y del plan. Y á vueltas de todo, siguió estudiándose la naturaleza no en sí misma sino en los libros, y la expresion de los afectos continuó reducida á vana y ampulosa palabrería, y á la Edad Media diósele un colorido que nunca tuvo, y el convencionalismo y los versos de troquel lo inundaron todo, y del extremo Oriente, y de los oásis y de los harenes, dijéronse tales cosas que la gente, hastiada de fal-

sos idealismos, ya de pastores, ya de moros y cristianos, acabó por echarse en brazos de un naturalismo más ó ménos sano que, vário é inmenso como la naturaleza misma, abarca infinitos grados desde la candorosa descripcion de costumbres rústicas hasta las postreras heces de la realidad.

Fué el Sr. Collado poeta romántico, pero de los buenos é inspirados, y libre generalmente de los vicios de la escuela. Bastante prueba dan de ello los pocos versos de su primera época, que ha querido conservar en esta segunda edicion. Porque es de saber que con exquisito gusto, y cual si no se tratara de hijos propios, ha cercenado cuanto le pareció endeble, y áun las mismas composiciones salvadas se presentan hoy muy otras de como en la impresion de México se leian.

Estas primeras poesías, todas ellas agradables y amenas, están, con todo eso, muy lejanas de anunciar al acicalado hablista, al maravilloso versificador, al espléndido poeta descriptivo que veremos despues. Siempre vienen las flores ántes que el fruto, y no madura éste en un momento.

Ántes de volar el poeta con alas propias, ántes de contemplar cara á cara aquella opulenta naturaleza americana, y hacer poesía de veras, hizo poesía de artificio: orientales y leyendas, géneros radicalmente falsos, en que siguió las huellas de Zorrilla. Casos hay en que el imitador no se queda muy á la zaga del modelo, superándole, por de contado, en limpieza y relativa correccion de estilo y lengua, cualidades de que nunca prescindió Collado; pero más que estos ensayos agradarán de fijo al lector, por lo espontáneos y bien sentidos, los versos de amores, tristezas y afectos personales, que hácia el mismo tiempo compuso el poeta. *Laura en el templo*, *El ave sola*, *En la iglesia de...* y algunas otras, tanto mejores cuanto más breves, porque el verdadero sentimiento lírico no se aviene con amplificaciones y desleimientos, se apartan de las rutinas de escuela, y entran algo más en la genialidad artística de nuestro poeta.

La cual se va acentuando más y más en los que pudiéramos llamar versos de su *segunda manera:* en las octavas *Al amor*, v. g.; en la *Indiferencia*, donde ya la descripcion es arrancada

de la realidad y no imitada de los autores favoritos; en la *Meditacion* y en el *Paisaje*, donde además de la tersura de estilo, asoma ya la tendencia meditabunda y moralizadora que domina sin rival en los últimos versos de Collado. Indudablemente su estilo y gusto se iban modificando con los años: otros estudios, otras costumbres, otro mundo pedian cantos nuevos. Collado lo entendió así, y tuvo el valor, si no de quemar lo que habia adorado (porque fuera excesiva crueldad pedir de un hombre que absolutamente renunciara á las dulces memorias de la infancia y de la primera juventud) á lo ménos el de arrojarse resueltamente por nuevos derroteros, hacer con pensamientos nuevos versos de hermosura antigua, expresar clara y sencillamente lo que sentia y lo que veia, y amamantar su musa en los pechos inexhaustos de la madre comun Naturaleza. Entónces brilló en su frente la luz de los elegidos, y sonó en sus labios el único canto digno de estos tiempos:

El himno de la fuerza y de la vida.

Y desde entónces (no dudo en asegurarlo)

púsose mi conterráneo al nivel de los primeros líricos españoles, y encontró acentos propios y vigorosos para toda idea y toda pasion, colores y formas para todo espectáculo de la naturaleza. La lengua estudiada por él con amor más que filial, le abrió sus más recónditos tesoros y camarines, y derramó sobre sus cantos lluvia de perlas y de flores, no de las postizas y contrahechas, sino de las que reserva para sus vencedores. No encontró rima indócil, ni estrofa reácia: el pensamiento y la palabra no fueron en él como el cuerpo y la vestidura, sino como el cuerpo y el alma: la estrofa salió alada y vibrante del taller de la idea, y el estilo tuvo, en los mejores momentos del poeta, una trasparencia y perfeccion, que hubieran envidiado Pesado y Carpio, lumbreras del clasicismo en México. La poesía descriptiva fué para Collado el campo predilecto. El mismo Andrés Bello, autor de la incomparable *Silva á la agricultura en la zona tórrida*, miraria con celos la *Oda á México*, donde con más briosa y pujante entonacion que en la suya, hay el mismo amor y esmero en la descripcion de pormenores, y en lo peregrino y bien ade-

cuado de los epítetos: obra maestra, á la cual sólo daña el excesivo empleo de los recursos onomatopéyicos.

Collado ha recorrido con igual fortuna todos los tonos de la lírica castellana, desde la entonacion cuasi épica de las octavas *á Chapultepec* y de la oda *Al sabino de Popotla*, hasta el hondo sentimiento elegiaco, que palpita en *Liendo ó el valle paterno*, más inspirada y no ménos elegante composicion que la de Gray *Al cementerio de una aldea:* desde la apacible serenidad, al modo de Fr. Luis de Leon, de las liras *A la Primavera*, hasta la acerada y juvenalesca indignacion del *Adios á España*, modelo de sátira política.

La variedad de asuntos y la flexibilidad de ingenio son dotes de las más características de Collado. Pero el elemento descriptivo predomina en él sobre todo. Pocos, muy pocos vates castellanos han poseido como él el sentimiento de la naturaleza, en todas sus variedades y matices. Así, la contemplacion reposada y la íntima fruicion en la oda *Desde el Retiro* contrastan con la brillante, aunque un tanto didáctica, expo-

sicion de las evoluciones geológicas en *Ciencia y creencia*, donde (si he de decir lo que siento) fuera de desear más claridad y ménos dudas.

En el manejo de la lengua y en el arte de la versificacion ya he dicho que el Sr. Collado es maestro: si de algo se le puede tachar es de exceso de artificio y de buscar dificultades por el placer de superarlas. Numerosas, rotundas y llenas son sus estancias: felices sus inversiones y latinismos: variadas y nunca vulgares sus rimas, y aplicados con horaciana novedad sus epítetos. Véase una ligera muestra de la manera cómo versifica y describe:

En las regiones donde eterno estío
el vigor de su aliento desparrama,
y apénas el aljófar del rocío
consiente al alba en la menuda grama,
con ardoroso arrullo
las auras lisonjeras
halagan el orgullo
de plátanos y cocos y palmeras:
allí por entre ovales
hojas, blanco algodon rompe el capullo
en copos desiguales:
encorvados nopales

los insectos preciosos atesoran,
que de Tiro la púrpura mejoran;
del café más allá verdes arbustos
las habas insomníferas despliegan,
de copudos naranjos á la sombra
que en azahar y aroma el campo anegan;
y más léjos, más léjos los manglares
do alimañas innúmeras se esconden,
con solemne murmurio corresponden
al compasado estruendo de los mares.
(Oda á México.)

Y así está escrita toda esta inmensa silva, sin que se detenga un punto el raudal descriptivo, que ora resbala entre flores, ora ruge con la voz de las tempestades y de los volcanes. El poeta lo recorre todo, desde el *inquieto hervor sañudo*

del eléctrico incendio, que aún trabaja
las vísceras gigantes de la tierra,

hasta el *diamante de los lagos, engarzado en cerco de verdura,*

donde Natura reservarse quiso
tálamo, á sus deleites prodigioso,
cuyo cielo arrancó del Paraíso.
(Desde el Retiro.)

Miéntras viva la lengua castellana han de vivir tales composiciones, y cuando apagados los entusiasmos y odios contemporáneos, se juzguen las cosas por su valor absoluto y no por el aplauso y boga de un dia, aprenderán de memoria nuestros nietos en las antologias y ramilletes poéticos, la pintura del camino de Puebla á México.

Atrás fueron quedando
de Tepeyác el risco milagroso,
tanto al devoto pecho venerando:
las que erigió el Tolteca
pirámides egipcias, tumba ó ara:
el hondo valle do el mayor caudillo
la rota de fatal noche repara
con victoria y laurel de eterno brillo:
Tlaxcala, que entre cerros el encono
y el probado ardimiento disimula:
al pié de informe, verdinegro cono,
la sagrada Cholula:
granjas, aldeas, lomas y planicies,
en agave inebriante y miés opimas,
y en sucesion de extensos panoramas,
campos que el Cáncer agostara en llamas,
sin el frescor de las nevadas cimas.

Collado encuentra casi siempre la frase única

y feliz, la que no se borra nunca de la memoria: v. g.

En rudos tronos, cual dictando leyes,
rígidas momias de los indios reyes.
(*A Chapultepec.*)

Un Niágara de luz, la *toga glacial de los volcanes*, *la Ilion de los lagos*, son frases que bastan para acreditar á un poeta.

Imposible parece que un vate de tan robusta entonacion y arranque, y de tanto lujo descriptivo, haya conseguido asimilarse el espíritu de fray Luis de Leon, hasta el grado de pureza y tersura, que se admira, por ejemplo, en estas gallardas liras:

¡Beato el que se aleja
de las flores de Abril, que el deleite abre,
y cual próvida abeja,
con las que el juicio entreabre,
panal de ciencia y de virtud se labre!
Tú que del alma mia
eres íntimo afan, ansia primera;
á quien prudente guia
materna consejera
por los pensiles de la edad ligera;

atenta sigue el blando
eco y ejemplo de la madre amada,
y en virtudes medrando,
y en buen saber lograda,
házte á la séria edad aparejada.
(*La Primavera.*)

Los afectos suaves, ya de familia, como en esta oda y en la verdaderamente conmovedora *Elegía*, de la pág. 257, ya de patria, como en *Liendo ó el valle paterno* (que es para mí la más simpática de todas las joyas que van en este tomo, y tiene pasajes de una hermosura y sencillez homéricas), ya de religion, como en el hermoso himno

Rompa mi voz en cántico sonoro...

encuentran en Collado un delicadísimo intérprete. El poeta de sentimiento vale en él tanto como el poeta descriptivo. ¡Feliz quien sabe hermanar los afectos y las imágenes, porque esta es la poesía! Y feliz yo que puedo revelar hoy á España un verdadero poeta, y decir con orgullo que es de mi tierra y amigo mio.

M. MENENDEZ PELAYO.

ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
16	20	pulsando	pulsando,
114	1.ª	ajena cuanto,	ajena á cuanto
118	14	en ante	enántes
135	21	polvienta	vetusta
188	13	en pacible	en apacible
248	3.ª	¡oh Cristo! será,	¡oh Cristo! serás,
254	4.ª	na senda	una senda
297	22	desgarran crueles	rasgan cruëles
308	11	que en un dia	que-un dia
321	3.ª	en rudos troncos	en rudos tronos
337	5.ª	el concepto	el concento
339	12	en su saúz.	en un saúz.
364	27	de Castilla	de Castilla?
377	10	fortuna	fortuna;
427	15	fija en ellos	fija en ella



ADVERTENCIA DE LA 1.ª EDICION.

Muchos de estos ensayos fueron escritos y publicados en los periódicos de México cuando el autor apenas cumplia veinte años. Esto y el gusto entónces reinante explican, aunque no disculpan, sus defectos. Poco tiempo despues (1843 á 1845) hubo de corregir y áun variar completamente los más imperfectos; y ahora, aumentados con varias composiciones posteriores, algunas de ellas inéditas, los ofrece en esta privada edicion á la indulgencia de sus familiares y amigos.

ANACREÓNTICA.

En torno á mí volando
moved, ligeras auras,
con lánguido susurro
las invisibles alas.
Venid en torno mio
á refrescar livianas
con aromado aliento
mis sienes abrasadas.
Venid; aquí en la márgen
que orlan marinas algas,
turbad con vuestro arrullo
mi soledad amarga.
Vuestro arrullo más suave
que el canto de las hadas,
ó el vibrador suspiro
de las eólias arpas;

más tierno que en el lecho
cuando despunta el alba,
el pensamiento vírgen
de hermosa enamorada.
Decidme, auras, si oísteis
en la noche callada,
sollozos comprimidos,
y lastimeras ánsias;
si oísteis en la aurora
la férvida plegaria
de vírgenes que entónces
del lecho se levantan;
si vísteis en el dia
sus lánguidas miradas
que buscan otros ojos,
en cuya luz se inflaman...
Que tiene vuestro arrullo
la pureza del alba,
de la noche el misterio,
y del dia las ánsias;
y ese gemir süave
parece que retrata
amores y suspiros,
sollozos y plegarias.
Decidme, auras, si vísteis
el rostro de mi amada,
y si en sus negros rizos
os columpiásteis mansas;

decid si acariciásteis
su tersa frente pálida,
y besásteis sus labios
que la púrpura esmalta.
Así de Abril las flores
sus cálices entreabran,
meciendo sobre el tallo
la pompa de sus galas.
Así de vuestros besos
goce azucena casta,
y os dé blandos olores
en premio á pasion tanta.
Si la halláreis por dicha
entre las flores várias,
ó entre juncias y yerbas
la halláreis reclinada;
decidle á mi querida...
Mas no le digais nada;
llevadle mis suspiros
y con ellos el alma.

Julio 1841.

ORIENTAL.

En esa reja brillad,
ojos de amante paloma,
á esa ventana asomad;
sereis el alba que asoma
de la noche en la mitad.
Pura es tu frente y serena
como el cristal de la fuente;
tu sonrisa, nazarena,
cual lampo de luna llena
benigna y resplandeciente.
Cambiara por tí, cristiana,
las hurís del paraíso,
la media luna otomana,
aunque me fuera preciso
ceñirme el dogal mañana.
¿Qué valen los negros ojos
que guarda turco serrallo
con candados y cerrojos?...

ante los tuyos, vasallo
cayera el sultan de hinojos.

Bellas las de Arabia son,
bellas las de Persia, sí;
pero no hay un corazon
que adore con la pasion
de las mujeres de aquí.

Rica es su trenza gentil;
mas la eclipsa tu cabello
cuando en ébano sutil
se riza sobre el marfil
sonrosado de tu cuello.

Perfumes encantadorcs
son sus labios de carmin;
pero los tuyos son flores
que exhalan blandos olores
de azahar y de jazmin.

De ese labio purpurino
por aspirar el aroma,
diera el reino granadino,
mi ancho alfanje damasquino
y el turbante de Mahoma.

Sal á esa reja, cristiana,
joyel de moro turbante;
sal, de las bellas sultana,
que si fueras musulmana
fuera el Profeta tu amante.—

———

La ventana resonando
con estrépito se abrió;
y en la reja,
del moro amante la queja
una mujer eschuchando,
apareció.
Blanco ropaje vestía,
blanca hurí de aquel Eden;
y en su frente
serena, con imponente
majestad, resplandecía
la mirada del desden.
—¡Aparta! No más, el moro,
vengas á turbar mi sueño;
tengo yo un cristiano dueño
que me ama y á quien adoro.
En Sevilla prisionero,
dicen, le tienes guardado;
harto, moro, le he llorado,
que es mucho lo que le quiero.
Quizá moras de Sevilla
le regalen como amante;
mas no he de ser yo inconstante,
que soy hembra de Castilla.
Véte: mi mesnada fiel
no se alce á te perseguir,
y el enojo del huir
pretendas vengar en él.

Vé á Sevilla ó al desierto;
sé noble con el que adoro:
no, como ausente le lloro,
tenga que llorarle muerto.

—Cristiana, nunca abusara
de su infortunio mi alfanje
vencedor,
aunque á tus piés le encontrara,
despues de evasion ó canje,
mi rencor.
Que tengo en más tu ventura,
la paz de tu corazon,
que el infierno de amargura
creado por mi pasion.
Mas si le viera algun día
llegar su labio á ese cuello
de marfil;
si viera su mano impía
tocar tu negro cabello
tan sutil;
diera muerte á tu querido:
le matara ¡por los cielos!
si de su beso al crujido
se dispertasen mis celos.

Mas no le matara, no;
perdiera, cristiana, yo
vida y alma:
entónces tú llorarías,
y en mi sepulcro pondrías
una palma.
Despues en el paraíso
tal vez fueras una hurí,
y amarme fuera preciso,
pues me aborreciste aquí.

—Dáme, moro, á mi cristiano,
le respondió la doncella;
tu querella
no me ablanda el corazon:
que es mi apuesto castellano
noble amante que me adora,
y me llora
en su espantosa prision.
Dáme, moro, el prisionero;
es vano obligarme así:
soy fiel á mi caballero,
y no he de quererte á tí;
que es mucho lo que le quiero.

Cerró la hermosa la reja,
y abrió el moro á su dolor
la puerta de la amargura
cuando vió morir su sol.
Sintió la nieve en su frente,
la lava en su corazon,
y una lágrima encendida
por sus mejillas rodó.
A su alazan acercóse,
y envuelto en el albornoz,
sin esperanza ni aliento
tristemente se partió.
—Si mi tormento no alcanza,
¡cristiana! tan bello Eden;
si es eterno tu desden,
aunque es loca mi esperanza,
mi amor lo será tambien.

Julio 1841.

SU ORACION.

FANTASÍA.

I.

¿Por qué recuerda sin cesar la mente
aparicion de mágica memoria;
mujer que humilla ante el Señor la frente,
ángel que llora su perdida gloria;
sílfide envuelta en trasparente velo,
que de la tierra entre el fragor y el lloro,
armonías suavísimas del cielo
me revela en su cántico sonoro?

Ángel, mujer ó sílfide flotante,
en cánticos ó en lágrimas, contino
de mi trémulo paso va delante,
celeste guía en terrenal camino.

Y esta vision de espléndidos colores,
quizá ilusion que en mi memoria anida,
siembra y esmalta de risueñas flores
la márgen del torrente de mi vida.

II.

Ebúrneo Crucifijo, antiguo lienzo
de la Vírgen y Madre sin mancilla,
medio alumbra una lámpara amarilla
con ténue oscilacion.
Del cortinaje bajo el albo pliegue
ella cerca del lecho está de hinojos;
clava en la Vírgen los serenos ojos
y dirige á los cielos su oracion.

El éxtasis fulgura en su mirada
y del labio entreabierto en la belleza:
divino amor, angélica pureza
sus formas todas revelando están.
Grave el recogimiento é invisible
la contempla: el compas con que respira,
la suavidad con que tal vez suspira,
mudo el silencio escucha con afan.

Vedla elevar á Dios el pensamiento
en medio de la noche solitaria,
y en el fervor de mística plegaria
derramar el ingénuo corazon.
Contemplad, al través del rostro hermoso,
cuánto acrece del alma la hermosura
la fe, que dicta á terrenal criatura
sincera devocion.

III.

¡Ya el laud su mano toca!
En él preludios evoca
de las arpas de Sïon;
y en su rostro macilento
se refleja el movimiento
de la interna inspiracion.

Brota el himno en su garganta:
el aura un eco levanta
batiendo el ala sutil;
pero á tan sacra armonía
ninguna otra voz sombría
se mezcla de tierra vil.

No llega á su absorto oido
el escéptico gemido
del ignoto *¿qué será?*
Porque hora su casto seno
á todo acento terreno
sellado, cual tumba, está.

Y sus sagradas canciones,
y los armónicos sones
de su modesto laud,
dispiertan eco sonoro,
cual suele lejano coro
en la nocturna quietud.

Acaso en dorado ensueño
mira el aspecto risueño
de la alma divinidad;
ángeles que en torno vuelan,
espíritus que la velan
del mundo la realidad.

No de rosas virginales
ni de rizos en raudales
toca la nevada sien;
la inocencia que la escuda,
de todo ornato desnuda,
la hace más digna de Eden.

Como una mística idea
la imaginacion recrea
y enaltece el corazon:
el mio la diviniza
y en su culto simboliza
la dicha, la religion.

IV.

Cual bálsamo espira
viola solitaria,
así tu plegaria
el alma exhaló:
la luna de Mayo
entonce su rayo
naciente, en desmayo
de Ajusco apartó.

El aura se agita;
tus preces ya sube
al éter, en nube
de ténue color:
las arpas pulsando
querubes, cantando,

las van elevando
al pié del Señor.

Y esparcen en torno
tan suaves olores,
que envidia á las flores
de los campos dan;
y tales concentos,
tan dulces acentos,
que los elementos
absortos están.

V.

Astro de mi oscura vida,
iman de mis ilusiones,
palma en la márgen crecida
del torrente de mi amor;
en tu oracion, como tu alma
y cual mi cariño pura,
no olvides mi desventura,
ruega por mí al Creador.

Que cuando un ángel entona
sacros himnos, le oye el cielo,

porque sus preces abona
la inocencia primordial:
y ángeles cual tú, Dios ama,
porque su frente sencilla,
casi despojada brilla
de la mancha original.

Miéntras yo con la fiereza
de orgullo y duda marchito,
frágil vaso de impureza,
no soy más que un pecador.
Por eso, si tu plegaria
elevas en noche oscura,
no olvides mi desventura
y ruega por mí al Señor.

Recuerda el rudo combate
en que al fin mi fe se acendra;
pero que en el alma engendra
frutos de acerba inquietud.
Recuerda que á todo esquivo
y á tu culto consagrado,
viví tibio ó descuidado
del culto de la virtud.

Y áun hoy, en horas de llanto,
dado al arrepentimiento,

no el alma al cielo levanto,
vuelvo los ojos á tí:
  á tí, dulce intercesora,
tanto en caridad ardiente,
que pides para tu frente
el rayo que merecí.

  ¡Áncora de mi esperanza!
¿qué fuera ya de mi vida,
de mi eternidad perdida
por la duda y el error;
  si en el silencio nocturno
tus místicas oraciones,
tus sinceras oblaciones
no alzaras por mí al Señor?

VI.

  Vision celeste con terrenas galas,
ven tu oracion á dividir conmigo;
ven, que las plumas de tus blancas alas
me den á un tiempo direccion y abrigo.
  Ven á calmar este febril ensueño
que está rompiendo mi abrasada sien:

ven á velar del moribundo el sueño,
dulce ilusion de mis sentidos, ven.
Ven en las ondas del callado viento,
del arpa en la encantada vibracion,
para calmar mi loco pensamiento
con la voz de tu mística oracion.
Ven; uniré á la tuya mi plegaria,
puesto en la tierra cabe tí de hinojos:
Dios la oirá en la noche solitaria,
y el triste llanto secará en mis ojos.
Vision celeste con terrenas galas,
ven tu oracion á dividir conmigo:
ven, que las plumas de tus blancas alas
me den á un tiempo direccion y abrigo.

Julio 1841.

ESPERANZA PERDIDA.

FANTASÍA.

I.

PRELUDIO.

Flor de balsámico aroma
que alegraste con tus galas
de mi niñez el pensil;
arrulladora paloma
que abrias las tiernas alas
á los céfiros de Abril:
perla de orientales mares
que el hado impulsó perdida
á la playa de mi amor;
musa de aquellos cantares,
primicias de voz movida
de deseo y de temor....
¿Qué se hicieron tus olores
y aquel tu sentido arrullo,

expresion de un dulce afan?
¿Dónde los claros albores
que eran del golfo el orgullo?
Mis cánticos ¿dónde están?
  La ventisca bramadora,
trozando el tallo, de galas
despojó la linda flor;
y del ave arrulladora
rompió las sonantes alas
con que volaba á mi amor.
  Corvos se alzaron los mares
la perla hundiendo en el cieno
con ronco espantable son;
y el genio de mis cantares
apagó al fragor del trueno
la luz de mi inspiracion.

Hoy recuerdo inmortal de aquellos dias
se alza del corazon en lo profundo,
de mis horas fatídicas, impías,
el lentísimo curso á iluminar.
  Así, pendiente de arteson dorado,
frente al altar de fúnebre capilla,
escasa luz de lámpara amarilla
suele las sombras trémula alumbrar.

Hoy, en la redondez del orbe aislado
como arbusto en la arena del desierto,
vivo á la pena y al deleite muerto,
no volverá mi labio á sonreir.
Aun si me doy á sueños de esperanza
para engañar del alma la tristeza,
viene el dolor mi lánguida cabeza
con su brazo de bronce á sacudir.

Hoy la soberbia lira abandonada
en las amargas ramas de los sauces,
el curso de los rios en sus cauces
no detendrá con canto halagador:
y la ambicion ardiente del poeta,
sus delirios de fama y de ventura
serán en su presente de amargura
lo que un ayer sin lágrimas de amor.

¡Adios, sueños de paz y bienandanza:
rosas fuísteis del huerto de la vida,
que la brisa aduló de una esperanza
ya para mí perdida!

II.

ALEGORÍA.

La noche era densa, oscura,
y con voz enronquecida
bramaba la mar herida
del soplo del vendaval:
y pobre nave fluctuando
entre combatidas olas,
bogaba en el mar á solas,
sin estrella ni fanal.

Las anclas de la esperanza,
las velas de los deseos
eran deshechos trofeos
del huracan mugidor.
No via el bajel el norte,
ni via playa arenosa;
porque es la playa una hermosa,
porque es el norte un amor.

Y hay bajeles en los mares
que en las noches tempestuosas

buscan amores y hermosas,
norte y playa sin hallar:
cuando hay otros fortunados
que, siguiendo rumbo incierto,
hallan un amor y un puerto,
norte y playa sin buscar.—

La noche era densa, oscura,
y con voz enronquecida
bramaba la mar herida
del soplo del vendaval.
Bogaba el bajel perdido,
cuando columbra á lo léjos
de blanca luz los reflejos
que era una estrella ó fanal.

La orilla estaba cercana,
que está el fanal en la orilla,
y entónces con rauda quilla
el mar la nave cortó.
Y la luz iba creciendo,
como crece la esperanza
cuando ya cerca se alcanza
la dicha que se soñó.

La brújula ántes giraba
como los vientos movible,

y hora trémulo, apacible
marcó la luz el iman:
se estremeció como suele
un corazon en la ausencia
con la súbita presencia
del objeto de su afan.—

Corre el bajel: ronco el viento
preña su frágil entena,
y toca la blanda arena
donde le aguarda un amor:
donde halla un puerto y un norte,
y una calma que no altera
del ponto que ruge afuera
el estruendoso rumor.

Mas súbito desatado,
el torbellino recrece,
y azota bronco y remece
las blancas olas del mar;
que inmensas, como montañas,
queriendo escalar el cielo,
descubren el hondo suelo
do se vuelven á estrellar.

Y tornan á levantarse
con resonante rugido,

como el atleta caido
del suelo en que resbaló;
y arrancan ¡ay! de la orilla
la barca, cual leve pluma,
y blancos montes de espuma
en torno la mar alzó.

¡Pobre bajel! ¿Dónde, dónde
hallará seguro un puerto,
y en medio del mar desierto
cuál su destino será?
¡Quién sabe!... Negra es la noche;
la tormenta aterradora,
el mar sin playas... ahora
el frágil batel ¿qué hará?

Irá surcando los revueltos golfos
azotado del ronco torbellino,
y quedará ignorado su destino
del polo entre las nieblas;
ó si escollo de hielo en rudo empuje
al seno del abismo le derrumba,
caerán sobre él para cubrir su tumba
las ondas, las tinieblas.

III.

MEMORIAS Y PROPÓSITOS.

Lanzado yo como él en otros mares,
bajo el imperio de interior tormenta,
no encontraré un refugio en mis pesares,
ni gozaré descanso en mi dolor.
Sin nombre ó fama, en piélago sin playas
vagaré como arista en torbellino,
hasta cumplir mi bárbaro destino
de la vejez helada en el torpor.

Buscando del reposo la ribera,
con descarnado índice la muerte
acaso me señale la severa
puerta de la tremenda eternidad.
Y me estremece este último oceáno
que no acaba jamás, que nunca pasa,
de cuyo abismo la razon escasa
ni alcanza á concebir la inmensidad.

En mis sueños de niño y de poeta
me coroné de rayos de esperanza;
su resplandor siguió la mente inquieta,
y halló verdad lo que juzgó ilusion.

Entónces tuvo el pensamiento un norte
y playa sin escollos ni maleza:
una mujer mi juvenil cabeza
estrechaba á su noble corazon.

Hermosa como estrella de la tarde,
pura como la brisa en la montaña,
la viva luz que en mis sentidos arde
ella de una mirada dispertó.
Todo mi sér se transformó: del éxtasis
que en mí produjo la vision divina,
sólo volví cuando la vaga ondina
á su nativo lago retornó.

Y yo ¡infeliz! ni á quien amar tenía.
La patria... ¡léjos! Sus recuerdos tristes
alimentan la ardiente fantasía
el anhelo del alma sin colmar.
Los afectos de infancia... Ausencia y tiempo
no del cariño los vestigios borran;
mas á poco que ausencia ó tiempo corran,
su primitivo ardor han de menguar.

La madre que mis sueños arrullaba
con cuentos de hadas y hechos de guerreros,
ó religion, llorando, me enseñaba
como escudo á la dura adversidad,

léjos tambien está... Mi labio trémulo
su mística oracion repite ahora;
mas ¡quién sabe si en tanto el hijo llora,
la libra de dolor la eternidad!

Así ¡infeliz! ni á quien amar tenía.
¿Cómo no amar á un ángel inocente,
el candor en la nieve de la frente,
la sonrisa en el labio de coral?
¿Cómo, en medio al desierto monotono
sin sombra de palmeras, ni áun abrojos,
y abrasado de sed, volver los ojos
indiferente al limpio manantial?

Amor llevóme á su mansion florida
al través de una senda de pesares:
ella inspiró mis tímidos cantares
y acompañó mi cándida oracion;
y en el deliquio de un celeste ensueño
miré su frente sobre mí inclinada,
realizando una dicha, que áun soñada,
vida multiplicaba al corazon.

¡Era dicha, en verdad! Como centella
pasó, mis ilusiones destruyendo,
y en pos dejando de su amada huella
perdurables recuerdos é inquietud.

Hora en esfera altísima subida,
ni de su luz un rayo hasta mí llega:
todo favor la inspiracion me niega,
todo canto se extingue en mi laud.

No cantaré. Cual cisne solitario,
reservaré mi voz para mi muerte;
y en tanto extenderán doble sudario
el silencio, el olvido sobre mí.
No habrá ensueños de amor y pöesía,
ni en mis delirios hallaré, como ántes,
hadas, ondinas, ángeles radiantes
á cuyo blando arrullo me dormí.

¡Adios paz, alegría, bienandanza,
sensitivas del huerto de la vida!
la que os meció vivífica esperanza,
fué en ráfaga de muerte convertida.

IV.

CONTRADICCION.

Mas no: yo cantaré. Quizá mi verso
resignacion inspire á la amargura;
á la prosperidad, del caso adverso
desconfianza, y virtud á la hermosura.
Acaso en la alta noche, cuando altiva
beldad, tras del festin, al albo cuello
esparza, temblorosa ó pensativa,
los negros rizos del gentil cabello;
cuando desate los sutiles lazos
y se despoje de soberbias galas,
para yacer del sueño entre los brazos
hada sin velos ó querub sin alas;
cuando recuerde en agitado sueño
el compas de la danza voluptuoso,
ó de un mancebo el pertinaz empeño,
ó de un galan el gesto desdeñoso;
cuando dispierte y la marchita frente
del seno incline al virginal contorno...
¡Oh! si entónces mi cántiga doliente
de su cámara régia suena en torno,

yo sé que entónces las soberbias galas
desprecie, el rico adorno y suelto lazo;
yo sé que la ilusion rompa las alas
y abandone el deleite su regazo.
Que ante el aspecto del dolor profundo,
las joyas, y las flores, y los rizos,
harapos son que aprecia el vano mundo;
pero á fuer de mundanos, son postizos.
Yo cantaré. Tristezas y dolores
eco tendrán en mi enlutada lira.
Del himno y ditirambo los furores
mios no son: mi voz sólo suspira.
De lúgubre elegía el tierno canto,
la expresion de un afan que se reprime
dirigiré, y el lastimero llanto,
á quien á solas ó en silencio gime.
¿Qué importa ajeno llanto á quien no llora
ni juzga que otro de dolor se muera?
Lo que al ciego la lumbre de la aurora:
no la comprende aunque en la faz le hiera.
Yo cantaré. Quién sabe si mañana
ruja de aplauso popular la ola,
y la gloria, del mundo soberana,
ciña mi sien de espléndida auréola.
Quién sabe si en el libro misterioso
una página habrá, que acaso un dia
realice un noble porvenir glorioso,
rebosante de amor y pöesía.

V.

PLEGARIA.

Ven ¡religion! sublimes tus acentos
en mi cítara humilde á modular:
vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
en mi espíritu exhausto á renovar.
Consuelo de mis horas de tristura,
¡oh lira! tú mis ánsias calmarás;
mis cántigas de amor y de ternura
con armónicos ecos sostendrás.
Así quietos podremos de la impía
vida el discurso contemplar veloz:
tú prestando á mis labios armonía,
yo á tus débiles cuerdas dando voz.
No abandoneis mi solitario techo,
¡oh amor! ¡oh pöesia! ¡oh religion!
sembrad en el vacío de mi pecho
esperanza, valor, resignacion.
Ven ¡religion! sublimes tus acentos
en mi cítara humilde á modular:
vuelve ¡amor! tus placeres y tormentos
en mi espíritu exhausto á renovar.

Noviembre 1841.

LAURA EN EL TEMPLO.

Sombrío el templo está: del alba luchan
los rayos con la lámpara oscilante
que ilumina el altar;
y entre el silencio lúgubre se escuchan
los pasos de un anciano vacilante
que madruga á rezar.

Poco á poco la luz por las ojivas
ventanas entra; cae, y resplandece
del templo en la extension:
repliéganse las sombras fugitivas;
la bóveda profunda se estremece
del bronce sacro al son.

Huye azorado el pájaro nocturno,
por la luz y el estruendo sorprendido
donde sacia su sed;

miéntras otro volátil, taciturno,
de la gran puerta al áspero rüido,
salta por la pared.

Ya con solemne lentitud arrastra
un sacerdote el fúnebre ropaje
por la nave al cruzar;
ya de hinojos al pié de una pilastra
mírase, envuelto en desgarrado traje,
á un mendigo temblar;

ó cabe los magníficos altares,
do las borrascas solicitan calma
y las tinieblas luz,
lloran algunos tristes sus pesares,
fijos del Cristo en la esperanza el alma,
los ojos en su cruz.

¡Silencio! Solamente le interrumpe
la férvida oracion, ó el reprimido
suspiro de dolor
en que marchito el corazon prorumpe;
mas en lejanos ecos extinguido,
pronto muere el rumor.

Aun no resuena el órgano, poblando
las bóvedas de mística armonía,
ni el canto matinal:

está el templo severo dispertando:
áun lucha en él contra el rumor del dia
        la calma sepulcral.

¡Dulce contemplacion! tú que te agradas
en el silencio de los bosques verdes,
        en el aire tambien;
tú, que en los mares de la vida nadas,
y en los abismos del no-ser te pierdes,
        toca mi yerta sien.

A la calma sublime de los templos
el infortunio, el bienestar se acogen,
        y el vicio y la virtud.
¡De alta resignacion cuántos ejemplos!
¡Cuántos consuelos y esperanzas cogen!..
        ¡Salud, templo, salud!

¡Salud!.. pero la voz en mi garganta,
como en los vientos rápidos, espira,
        é inmóvil siento el pié:
seductora ilusion el alma encanta;
y el amor terrenal con que delira,
        emponzoña mi fe.

Miradla allí, cubriendo con su velo
el sentimiento que á su rostro asoma
        de religion, de amor.

¡Con cuánta devocion, con cuánto anhelo
mirando están sus ojos de paloma
la cruz del Redentor!

¿Cuándo de amor y de tormentos harto,
¡oh Laura! desde tí á las eternales
delicias volaré?
Mas el profano pensamiento aparto
de tu pura beldad, y en los umbrales
del templo esperaré.

Si en el silencio de su seno augusto
tan puro afecto y tan mortal delirio
recobran más vigor;
quizás al contemplar tanto martirio,
levante Dios al abatido arbusto
del polvo del dolor.

Quien arrostró en la tierra la pobreza,
y por amor, del Gólgota en la cumbre,
espiró en una cruz,
no negará consuelo á mi tristeza;
ni piedad, á tu humilde mansedumbre;
ni á nuestros ojos luz.

De este severo templo, de esta hora
de honda meditacion, quédame impreso
un recuerdo inmortal;

como tu imágen, Laura, eterno mora
en este ardiente corazon, opreso
bajo un secreto mal.

Recuerdo encantador, blanco celaje
que formas de mi Laura el puro velo,
te ama mi corazon como el salvaje
sus cascadas, sus montes y su cielo:

como ama sus desiertos el beduino,
su libertad la tímida gacela:
como ama, al naufragar, rudo el marino
la blanda orilla do su amante vela.

Te amo, y te guarda ansiosa la memoria
cual talisman de amor y de ventura;
cual página dorada de mi historia
que no escribió, como otras, la amargura.

Ya surque del dolor el mar salobre;
ya corte del placer rápida el onda;
ya su fulgor mi porvenir recobre;
ya mi espirante sol la noche esconda;

jamás sobre tu dulce remembranza
descogerá sus nieblas el olvido,
pura ilusion de amor y de esperanza
á cuya sombra me quedé dormido.

1842.

VEHEMENCIA.

Á ROSA.

¡Cuán dulcísima suena en mis oidos
la música de su habla seductora!
¡Cuál su régia mirada me enamora
en su luz conflagrando mis sentidos!

Si me encadena ausencia entre gemidos,
enciende su memoria encantadora
deseos que del pecho á toda hora
rompen el valladar, mal reprimidos.

Pero templan al verla sus ardores;
hiela el respeto mi atrevida mano,
y ante ella caigo trémulo de hinojos.

Y es que ostentan sus ojos vencedores
de virtud el destello soberano:
la luz más bella de unos bellos ojos.

1842.

EL AVE SOLA.

Sobre las ondas de la mar lejana
trémulo flota el sol en Occidente:
surcando errante el vespertino ambiente
una ave sola vá.
Del aura á la corriente se abandona;
tardo es su vuelo y negro su plumaje;
ronco dilata su graznar salvaje,
y sigue más allá.

Por el árida cresta del peñasco
discurre indiferente su mirada,
por el blanco raudal de la cascada,
por el llano tambien.
¡Aridez, soledad!... pero allá, léjos,
hácia do se hunde el luminar augusto,
rama de selva, de árbol ó de arbusto
al fin sus ojos ven.

Ya la esperanza entre la niebla fria
lánguida exhala su postrer vislumbre;
errante, del crepúsculo á la lumbre,
vago con un pesar.
¡Y qué! ¿A la noche de la edad sombría
solo y cansado llegará quien te ama,
sin hallar en tus brazos esa rama,
Laura, do reposar?

Mayo 1843.

LA LÁGRIMA PERDIDA.

Solitaria pasó ante mi pupila;
solitaria en mi párpado vacila,
y sola rodará.
Las demás... devorólas de mi pecho
el agitado abismo, abismo estrecho
á contenerlas ya.

Cual la trémula gota de rocío
cae del árbol, la arrebata el rio
y la sepulta el mar;
así fluye, desciende y se deshace
esta perdida lágrima que nace
de un íntimo pesar.

Del arpa del dolor única nota,
único lampo de una luz que azota
viento del Septentrion;
rápida muestra de un afan sublime,
signo fugaz con que en silencio exprime
su angustia el corazon,

esta perdida lágrima destruye
toda mi juventud: con ella huye
la esperanza, la paz;
y en el secreto que romper no puede,
ninguna habrá que compasiva ruede
por una amiga faz.

Esta lágrima cruel, dentro del seno
con mi sangre formada, y el veneno
de un secreto pesar;
esta lágrima inútil que aniquila
el pobre corazon de que destila
tras largo suspirar;

esta furtiva lágrima de fuego
que agosta, devastando mi sosiego,
el verdor de mi fe,
ignorada, sin gloria, sin potencia,
caerá en la invencible indiferencia
de la beldad que amé!

Agosto 1843.

LAS PALMAS.

Al sofocante sol de medio dia,
bajo un cielo de azul, ópalo y rosa,
se dilata en el África arenosa
un desierto sin término, sin fin.
No respira el ambiente; mas la arena
al sol vibrando en trémula vislumbre,
parece turbio mar de roja lumbre
que se agita en silencio y sin confin.

En calma todo está. No se oye el ruido
del árabe corcel cuando galopa;
ni del beduino la flotante ropa
vése á lo léjos blanca aparecer.
No mueve en pos de tímida gacela
sus plantas el chacal; y cuando escasa
una ráfaga de aire brota, pasa
sin árboles ni ramas que mover.

Sólo una palma — vírgen del desierto —
ostenta en él su pompa y lozanía;

su tronco, su ramaje envidiaria
la ciudad de las palmas, Jericó:
  crece más léjos—árabe sin tribu—
velando á su hembra, colosal palmero,
cual vela el peregrino al compañero
que dormido en la arena se quedó.

¡Se aman! Gallardo el amador sacude
la hojosa cabellera, y fecundante
gérmen arroja á la palmera amante,
que abre al deleite el seno con amor.
  Tiembla el ambiente de ánsia y de deseo
entre una y otra palma cariñosa,
cuando siente en su esencia vaporosa
discurrir ese polvo creador...

¿Será que nunca pueda ¡vida mia!
enviarte el alma en lánguido suspiro,
ó el puro ardor en que abrasar me miro
deponer á los piés de tu beldad?
  Quiso natura que distantes palmas
en vínculo de amor dulce se uniesen;
mas que abismos sin fin nos dividiesen
quiso, oh Laura, tambien la sociedad.

Diciembre 1843.

EN UNA AUSENCIA.

Partes ¡Rosaura! La implacable rueda
surca veloz la polvorosa vía;
y cuanto corre más, más te desvía
del amante que solo, en llanto queda.

Ordena la razon que al deber ceda;
mas amor no quebranta su energía:
así el hado en discorde tiranía
morir me impide y existir me veda.

¿Muero? ¿Vivo?... No sé; ni conceptúo
cuál de las dos, en trance tan extraño,
muerte ó vida, domine la balanza;

y es que en el mar de duelo en que fluctúo,
ni surge irrevocable el desengaño,
ni se hunde irredimible la esperanza.

EL SELAM. (1)

(ORIENTAL.)

La noche está fresca y grata.
Desde el Oriente la luna
derrama su luz de plata
sobre una ciudad moruna
que en el Genil se retrata.
Cíñela en torno la Vega,
franja de oriental jardin;
por dentro el Darro la riega,
y á la sombra se despliega
de la Alhambra y Albaicin.
Mosáico vario es Granada,
de cúpulas y alminares
arabescos decorada;
cornelina codiciada
de Faradís y Alhamares (2).
Frente al áspera Castilla,
bajo un cielo siempre azul,

sultana entre esclavas, brilla
cual del Bósforo en la orilla
el tulipan de Stambul.
Tiene fuentes y jardines:
músicas y trovadores
para zambras y festines;
para toros lidiadores
y torneos, paladines:
tiene andaluces corceles
para la guerra salvajes,
mansos en paz, siempre fieles;
bien lo saben los Gomeles,
mejor los Abencerrajes:
y tiene galantes moros
que aman con sumiso ardor;
y por tesoro mayor,
tiene entre sus mil tesoros
moras firmes en amor.
Gallardas y esbeltas son,
y blancas como alabastro;
de fuego es su corazon;
con celos mira el rey astro
de sus ojos la expresion.
¡Granada! Rico diamante
desprendido del turbante
de descuidado Califa,
sobre pérsica alcatifa
relumbrando rutilante;

bien presumen tus *Zegríes*
que brotaste entre alelíes
de las hadas al aliento,
ó al risueño pensamiento
de prometidas huríes.

Reina la noche serena,
y entre las brisas de olores
que corren la Vega amena
y susurran en las flores,
se oye amante cantilena.
Que en una calle torcida,
bajo la verde persiana,
de amor habla adolorida
á la atenta musulmana,
una voz entristecida.
Ismaél Aldoradin
es quien canta ó se lamenta:
él del portugués confin
en correria sangrienta
arrancó pingüe botin.
Hartas veces á Zulima
su amor dijo en un *Selam;*
y aunque la mora le estima,

jamás á hablarle se anima,
porque la cela un Iman.
Doliman de grana y oro,
pantuflos de marroquí
tenia el gallardo moro,
que al son de laud sonoro
cantaba á su mora así:

«¡Ay! que al acaso navega,
sin estrella que la alumbre,
aquella alma
que al golfo de amor se entrega,
y trueca en incertidumbre
dulce calma.

¡Ay! mora, que tus colores
en vano humilde vestí
noche y dia,
y en ramilletes de flores
el amor te descubrí
en que ardia.

En vano á sombra del muro
de tu alcázar arabesco
te aguardaba,

ó de la noche en lo oscuro,
de tus verjeles al fresco,
te miraba.

Dicen que el ojo no duerme
de los celos que te guardan...
¿Por ventura
á pensar debo atreverme
que ellos tan sólo retardan
mi ventura?

¡Quién levantara esos velos
como la niebla sutiles
que te encubren,
y el resplandor de los cielos
y el primor de los abriles
ciegos cubren!

¡Quién te viera en el verano,
de tu persiana al través,
descuidada;
desnudo el talle galano
y los delicados piés,
reclinada

en el agua sin espuma
del baño, rico en aromas
y en halagos,

como desprendida pluma
de albos cisnes ó palomas
en los lagos!

¡Quién el tu dormir velando,
de tu seno mal cubierto
en el latido,
ir pudiera descifrando
de algun misterio encubierto
el sentido;

y en la rápida sonrisa
que de tus labios la rosa
conmoviera,
como al tulipan la brisa
agita en la venturosa
primavera,

delirante adivinase
el placer con que á su ruego
te ablandaras,
y tus manos estrechase,
y á sus ósculos de fuego
dispertaras!...

Los Califas del Oriente
el bulbul de sus serrallos
te dirian,

áurea corona en tu frente
y á tus piés, siervos, vasallos
te pondrian.

Los indianos abanicos
y las perlas que Básora
dá y admira;
los preciados chales ricos,
y las sedas que atesora
Cachemira,

te dieran y persa alfombra,
cortinajes damasquines
sin medida,
y anduvieras á la sombra,
en dorados palanquines
conducida.

Yo, aunque moro granadino,
diérate inmensos tesoros
y fe inmensa,
y un alfanje damasquino
terror de los mismos moros,
por defensa.

Diérate esclavos cristianos
y doncellas nazarenas,
que mi acero

ganara á los castellanos;
fuera esclavo en tus cadenas
¡yo, el primero!

Mas al acaso navega,
sin estrella que la alumbre,
aquella alma
que al golfo de amor se entrega,
y trueca en incertidumbre
dulce calma.»

Calló el moro, y la cabeza
inclinó en el pecho amante
consumido de tristeza,
cuando se abrió con presteza
la ventana resonante.
Flotó la suelta cortina
por fuera de la persiana,
y apareció en la ventana
la dulce faz peregrina
de la linda musulmana.
Su tocado parecia
nube en torno del sol bello;
el vėlo apenas se vía,

y profusa pedrería
relumbraba en su cabello.
El moro la vista alzó,
levantando su esperanza;
la mora el brazo sacó,
y el *Selam* que le mostró
la mano del moro alcanza:
y á los rayos azulados
de la luna, vió Ismaél,
premio á sus tiernos cuidados,
mirto albo y rojo clavel
con madreselva enlazados.
Amor fuerte y firme amor
el mirto y clavel indican;
y por cadena mayor,
con la madreselva explican
su mútuo y pagado ardor.
Cuando á la mora hechicera
volvia el rostro el galan,
vió la adusta faz severa,
y la luenga barba fiera
y el turbante del Iman,
quien no viendo la liviana
sombra de un hombre que huía,
juzgó sospecha villana
la suya, y con calma fria
cerró él mismo la persiana.

Esas turcas precauciones
¡fiel ministro de Mahoma!
irritan nuestras pasiones,
que hallan en flores, idioma,
y en ventanas, ocasiones.

Diciembre 1843.

CANCION.

Quieto está el mar en la orilla,
en la mar una barquilla
y en la barca un pescador:
reina el silencio do quiera,
        y en la esfera,
por entre la rota nube,
en giro solemne sube
el astro consolador.

Alzado tiene el rastrillo
gótico, negro castillo
á cuyo pié tiembla el mar;
en lo alto del muro vela
        centinela
que con la adarga se escuda,
y el ojo, al mirarle, duda
si es vigía ó es pilar.

¡Ay de quien esclava gime,
y al tirano que la oprime
maldice en su corazon!

¡Ay de la pobre cautiva
que en la ojiva
ventana de la alta torre,
con tristes ojos recorre
de aquella mar la extension!

Está el Oceáno en calma;
mas la tempestad en su alma
brama con eco feroz:
la fiebre enciende su frente;
en son doliente
invoca la yerta parca...
cuando oye en la frágil barca
una conocida voz.

«Alumbra, estrella mia;
sonrie á quien te adora,
antes que al nuevo dia
el alba precursora
trace la senda por el onda fria.

Ven á mi humilde barca,
que con las auras suaves
más por el mar abarca
que las soberbias naves.

De las marinas aves
la libertad gozando,
iremos saboreando
delicias mil á solas,
y de las blancas olas
el movimiento blando.

Verás cuál los reflejos
del sol de tu hermosura,
reproduce á lo lejos
en cada onda pura
la undívaga llanura:
verás cuál los admira
y cómo en torno gira
delfin enamorado,
mientra á tus piés postrado
tu pescador suspira.

Sirena de estos mares,
desciende á mis halagos;
desciende á mis cantares,
ondina de esos lagos:
traigan los aires vagos
tu acento á mis oidos;
y arrástrennos perdidos
en éxtasis de amores,
los vientos rugidores,
los mares conmovidos.

Alumbra, estrella mia:
sonrie á quien te adora,
antes que al nuevo dia
el alba precursora
trace la senda por el onda fria.»

Calló. En la ventana oscura
aparece una figura
velada en cándido tul;
y por la estrecha cornisa
y la lisa
muralla, cuelga una escala,
por donde lenta resbala
hasta el quieto mar azul.

¡Traicion!—Con acento insano
al soberbio castellano
se oye en el muro gritar:
la voz á su rabia falta;
armado salta
al batel que la provoca;
y apenas su borde toca,
cae sin vida en la mar.

El esquife huye ligero,
y en él canta el marinero
con voz de triunfo á su amor:
«¿Qué sirven celosos ojos
ni cerrojos,
si está, del mar á la orilla,
en espera una barquilla
y en acecho un pescador?»

1847.

LA CAMPANA DE LAS DOCE. (3)

I.

¿Cuál son vibrante por el aire sube
de la tácita noche en el reposo?
¿Dispierta el orbe al eco pavoroso
de la trompa, áun lejana, del querube?
¿Es la ráfaga súbita de viento
que, cual gemir desesperado, zumba?
¿Ó es voz de otra existencia que retumba
con fatídico acento?

Es el solemne son de una campana
que recuerda al mundano entre placeres,
la olvidada existencia de unos seres
que no quiso ó no supo comprender.

Grave clamor que á meditar convida;
el corazon de los que sufren toca;
y del claustro las vírgenes convoca
á orar, á meditar, á padecer.

En tanto que en el mundo, interesante
por la dicha fugaz que le engalana,
adormécese altiva cortesana
al rumor de los brindis del festin;
aquí sobre el marmóreo pavimento,
en medio de la noche tenebrosa,
columbra del Señor trémula esposa
de oscura tumba el lóbrego confin.

Allí todo es bullicio, aquí silencio:
todo risas allí, cuando aquí lloran;
cuando aspirando á un Dios, acaso adoran
todavía la imágen de un mortal;
cuando quizá del pecho en lo más hondo
arde de amor no bien extinta llama;
cuando áun la sangre juvenil inflama
el gérmen de un afecto mundanal.

Hallar su patria en miserable celda;
ver en estrecho claustro el orbe entero:
hé aquí la suerte de este sér, que fiero
sino contrario condenó á sufrir.

En medio de ilusiones fugitivas
que á la verdad aumentan los rigores,
consuelo á su presente de dolores
no le ofrece en la tierra el porvenir.

Allá, en el fondo de enlutado coro,
sobre la dura piedra arrodillada,
una mujer ya próxima á la nada
contempla indiferente un ataud.
Retrátase la calma en su semblante
como en el rostro pálido de un muerto;
porque su corazon tranquilo, yerto,
no anima ya ferviente juventud.

Más allá, en oracion tierna, sublime,
una vírgen humíllase de hinojos:
el llanto inunda sus modestos ojos,
su pecho oprime el peso del dolor.
Víctima expiatoria que la tierra
con egoismo atroz consagra al cielo,
¿encubres, dí, bajo el sagrado velo
un corazon que palpitó de amor?

Díme, vírgen, cuando lloras,
y en férvido ruego imploras

de Dios el augusto nombre,
¿solo su imágen adoras,
ó amas tambien la de un hombre?
Si de una ilusion impía
el resplandor moribundo
turba tu sueño profundo,
¿no halaga tu fantasía
un recuerdo de este mundo?
¿No miras las gayas flores
que, aunque falsas, le matizan?
¿No oyes los cantos de amores
con que la vida amenizan
pájaros y trovadores?
¿No recuerdas el placer
misterioso, extraño y vago,
que solia embellecer
con melancólico halago
tus ensueños de mujer?
¿Olvidas que engalanó
un dia tu frente pura,
terrena flor que acreció
el brillo de esa hermosura
que en un claustro se eclipsó?
Aquella flor purpurina
con el fuego de tu frente
marchitó su faz divina;
y al morir lánguidamente
cambióse en punzante espina.

Esa espina traspasaba
con nuevo deleite el seno,
y allí el volcan preparaba
de que á torrentes brotaba
de amor el dulce veneno.
Si en sueños la transitoria
imágen de tanta gloria
fulgura con rica luz,
¿no se ofusca tu memoria
dispertando ante una cruz?

II.

En el mísero lecho,
en brazos ¡ay! de una ilusion perdida
veloz palpita su turgente pecho
donde rebosan juventud y vida;
y en ensueño agitado,
grato recuerdo de pasada gloria,
un porvenir fantástico, dorado,
presséntase tal vez á su memoria.
Súbito una hora suena,
que turbando la calma funeraria,
el luengo claustro rimbombando llena,
présaga de tristísima plegaria.

Azorada dispierta
la cristiana vestal al grave acento;
convulsa tiembla y se estremece yerta
al tocar el helado pavimento.
Huyen las ilusiones
que la adulaban en la noche muda,
y del bronce fatídico á los sones
queda tan solo la verdad desnuda.

III.

Rasga el aire la voz de una campana,
y retumba del claustro en la extension;
vendrá luego riente la mañana
y hallará una mujer en oracion.
Rogando al cielo en noche silenciosa
para que otro mortal del mundo goce,
eleva la plegaria generosa
que anuncia la Campana de las doce.

Abril 1840.

A UNA NIÑA.

Déjame ver tu plácida sonrisa
que asi embellece de tu rostro el cielo,
cual ténue aliento de temprana brisa
riza la faz de diáfano arroyuelo.
Déjame contemplar tus negros ojos,
do una calma inefable se revela;
pues ni el afan presente les da enojos,
ni el temor del futuro los desvela.
¡Cómo ostentan sus lánguidos hechizos
con la tez contrastando trasparente
que van sombreando naturales rizos,
sencillo adorno de la tersa frente!
¡Niña! ¿es verdad que, en tus ensueños de oro,
todavía tus ojos no lloraron
cuando á turbar su virginal decoro
otros lánguidos ojos aspiraron?
¿Es verdad que ese labio purpurino,
fresca rosa de límpido capullo,
no respondió con sonreir divino
de audaz mancebo al amoroso arrullo?

Nada de *ayer* revela tu *mañana:*
la alba de juventud apena empieza;
y con afan solícito, una ufana
madre defiende tu feliz pureza.
Hoy esa voz remeda melodiosa
el canto de melífluos ruiseñores,
y respira tu boca deliciosa
el balsámico aliento de las flores.
El lirio de tu cándida mejilla
no surca del dolor el jugo ardiente,
ni á un amante mirar rápido brilla
encendido rubor sobre la frente.
Todo inciensa ó adula á tu hermosura:
la vida es para tí grata y risueña;
porque eres una flor cándida y pura
que un pensil y un placer do quiera sueña.
¡El mundo en homenajes las perfidias
trasforma, y en lisonjas cubre daños!
¿Qué prudencia no cae en sus insidias?
¿Qué virtud no sucumbe á sus amaños?

¡Mañana! Niña inocente,
¿qué será de tí mañana,

cuando inadvertidamente
vaya amor haciendo vana
la razon más elocuente!
¿Qué será de tu inocencia,
cuando en inquietud cruel,
en tormentosa impaciencia,
entregues tu inexperiencia
de pasiones al tropel?
Llorarás como reías,
y en pos de las seductoras
vendrán las horas impías:
que así nos cambian las horas
en penas las alegrías.
Con ellas los sinsabores
sucederán á la risa:
no habrá la pradera olores,
veneno traerá la brisa,
y espinas darán las flores.
De tu rostro en la belleza
confundidos dejarán
suaves rasgos la pureza,
duras líneas el afan,
negras sombras la tristeza.
No habrá misterio en tus ojos,
ni en el pecho dulce calma:
y áun cuando al cielo de hinojos
demandes la paz del alma,
el cielo daráte enojos.

¿Por qué al miserable mundo
bajaste, ángel bello, dí,
do el vicio, el ardid profundo,
ó el asalto furibundo
premedita contra tí?
¡Y pensar que pudo ser
este mundo un paraiso
de ventura y de placer!
¡Y que tanto arriesgar quiso
ansia de mortal saber!
Vuélvete al cielo, alma mia:
del mundo egoista y yerto
huye; que no en torpe orgía,
con regocijo encubierto
se complazca en tu agonía.
Mas si es fuerza que tambien
cedas al comun delirio,
y depurada ¡oh mi bien!
en el crisol del martirio,
reconquistes el Eden;
no olvides que de quietud
segura fuente aquí son
y áncora allá de salud,
la humildad del corazon
y el culto de la virtud.

UNA MUJER TRISTE.

I.

No inquieteis su pensamiento,
delirios de la esperanza,
con vuestro efímero viento,
que del voluble elemento
copia la eterna mudanza.
No movais en torno de ella
radiantes las dulces alas:
rayos vuestra luz destella
que de la rosa más bella
abrasan al fin las galas.
Rosas hubo en sus mejillas;
pero sus matices rojos
fueron del dolor despojos,
y entre sombras amarillas
se van hundiendo sus ojos.
Álzase lento su seno
cual onda de quieto mar

bajo un céfiro sereno:
se alza de suspiros lleno;
suspira, y vuelve á bajar.
Melancólica figura
digna de Fídias ó Apeles,
á que añaden hermosura
con su buril la amargura,
el dolor con sus pinceles.
Niobe que en roca tornada,
sus muertas delicias llora;
Safo sin cestro, que implora,
al precipicio arrastrada,
la sombra de un bien que adora.
Su voz es casi un gemido,
melancólico y sentido
cual de tórtola el arrullo
que, del bosque entre el murmullo,
lamenta el amor perdido:
acento de arpa lejana
que vibra en callada noche:
rumor de brisa temprana
que de flor modesta el broche
besa, al romper la mañana.
Allí está... de sus memorias
en el abismo perdida;
de sus mundanales glorias
en las risueñas historias
meditando sumergida.

Sus páginas al leer
le abruma pesar violento;
porque halla ¡pobre mujer!
tras un renglon de placer
una foja de tormento.
Sus ojos cierra el pesar,
cansados de leer verdades;
reliquias de vanidades
que allí fueron á copiar
sus pasadas liviandades.
¡Pobre mujer! está allí
sin esperanza y sin fe,
de sus grandezas al pié,
y en amargo frenesí
adorando lo que fué.
Marchitas de ayer las flores,
su galanía y primores
han cambiado de repente
en una pálida frente
y unos labios sin colores.
Su ayer vivió en los jardines
de su juvenil edad,
entre zambras y festines;
su presente en los confines
de la oscura eternidad.
Pabellones de arrayanes
cobijaron oportunos
caricias de sus galanes;

y hoy le cuentan importunos
sus amorosos afanes.
Las aves desde su nido
el voluptuoso gemido
de su embriaguez escucharon;
y hoy en concierto sentido
cantando, le remedaron.
Límpido arroyo copiaba
tal vez su desnudo talle,
y un beso amante escuchaba;
y hoy, su cuerpo al retratalle,
són de un beso murmuraba.
Y todo ¡pobre mujer!
para hacerle tarde ver
que el deleite de un momento
tras un hora de placer
trae un siglo de tormento.
Todo ¡mujer sin ventura!
para mostrarle patente
que una juventud impura
enturbia con amargura
del porvenir la corriente.
¡Oh! ¡cuánto es desgracia impía
no poder, purificada,
volver á Dios la mirada,
y en congojosa agonía
morir sola, abandonada!

II.

¡La ví, la ví como vision terrible
de espirante crepúsculo á la luz,
convulsa, loca, en agonía horrible,
torcerse al pié de solitaria cruz!
Nunca lloró. Sus párpados negaron
lágrimas al volcan de su pasion:
sus pálidas mejillas no surcaron;
cayeron nada más al corazon.
Despues, en noche lóbrega, velando
del lecho junto al pobre cabezal,
estuve su agonía contemplando,
y la agitaba un vértigo infernal.
¡Qué agonía! en la sombra adelantaba
lenta la muerte el descarnado pié:
la luz que débil lámpara arrojaba
creció, me deslumbró, víla y temblé.
¡Solo con ella! En su abrasada frente
un instante mi mano se posó:
cesaron los espasmos de repente;
pudo entónces llorar, rezó y murió.

III.

La noche desvanece con séquito de nieblas
del velo de la tarde el trasparente azul;
saliendo de un sepulcro, parece las tinieblas
romper vago fantasma envuelto en blanco tul.
¡Cuál sube! ¡Cuál se aleja! Parece en el altura
de la estrellada bóveda errante luminar.
¿Es alma que va al cielo, de su perdon segura?
Contrito llanto puede misericordia hallar.
¡Pobre mujer! Su rústica morada postrimera
en la nocturna calma visito solo yo:
de fútiles galanes jamás sombra ligera
su despreciado túmulo pasando escureció!

Marzo 1842.

LA FLOR MUERTA.

A LA SEÑORITA DOÑA DOLORES ESCALANTE.

I.

Era una flor: un bello pensamiento
que en un vaso de pórfido labrado
aromas daba al adormido viento,
en un secreto camarin guardado.
Bebian sus suavísimos olores
los pliegues de un flotante cortinaje,
y á su abrigo, la flor sus tres colores
mostraba sola entre el sutil ramaje.
Una mano, más blanca que la nieve,
arrancaba á su pié yerbas y abrojos,
y en el recinto de su cáliz leve
con amor se enclavaban unos ojos.
Yo no sé lo que miran las mujeres
dentro del cáliz de esas flores bellas,
que guardan, como imágen de otros seres,
en sus retretes misteriosos ellas.

Yo no sé lo que buscan allá dentro
sus ojos tristes de ansiedad, de amor;
ni qué preguntan de la flor al centro,
ni qué responde á su ansiedad la flor.
¡Con qué ternura y compasion las miran!
¡Con qué delirio en su existencia adoran!
¡Con cuánto orgullo su fragancia aspiran!
¡Y con cuánto dolor su muerte lloran!
¿Hallan, tal vez, como la suya una alma,
sensitiva que al tacto se amancilla,
ó un pensamiento que áun dormita en calma
de la inocencia en la remota orilla?
¿Guardan, acaso, en ellas las memorias
de aquella edad sin pena y sin placer,
en que acaban de niña las historias,
y áun no empiezan los sueños de mujer?
Acaso con la flor identifican
de un puro amor el grato sentimiento,
alma dán á la flor, la dëifican,
y clavan en su centro el pensamiento:
espíritus, tal vez, de sus mayores
de ella en torno flotar miran y adoran...
Por eso ponen en las tumbas flores;
—¡hoy ellas solas por los muertos lloran!—
Era una flor, modesta en su donaire,
en un vaso de pórfido plantada:
una hermosa teníala del aire
en su secreto camarin guardada;

y en abstraccion que el tedio no consume
pasaban luengas horas frente á frente,
exhalando la flor tenue perfume,
la doncella aspirando el dulce ambiente.
¡Quién sabe si mezclándose al ramaje
de la inclinada sien los blondos rizos,
se hablaron en un tácito lenguaje
cuanto pobre de voz, rico en hechizos!
¡O quién sabe si en plática sabrosa
ambas hallaron treguas al dolor:
la flor en los secretos de la hermosa,
la hermosa en los misterios de la flor!
Pero una noche del invierno oscura
bramaba ronco el huracan por fuera,
y la lluvia del cierzo á la bravura
se estrellaba sonando en la vidriera;
y la flor en el vaso por descuido.
dejóse en la ventana la doncella,
y la tormenta con medroso ruido
lluvia y granizo desgajó sobre ella...
Alzóse al fin espléndida la aurora
vertiendo en el ambiente su arrebol;
del aura errante, al murmurar sonora,
el tibio aliento preludiaba un sol;
saltó la hermosa de su lecho blando,
y agitada corriendo á la ventana,
su flor marchita y deshojada hallando,
maldecia la luz de tal mañana.

Sus lágrimas caian como gotas
de rocío en el árbol sacudidas,
sobre las hojas de la flor ya rotas,
salpicadas de lodo y esparcidas:
pero en vano sus perlas resbalaban
por el seco ramaje ú hoja yerta;
algo en vano sus ojos demandaban...
¡La flor estaba muerta!...

II.

¿No oís cómo en la noche silenciosa
suena la voz del arpa armoniosa
por la calle desierta?
¿No oís, del viento en el confin, perdido
de una cancion el último sonido
que ahoga el aura incierta;

cual nota qne vibró la arpa del ángel,
al desplegar sus alas el arcángel
tocada levemente,
y que inclinado el querubin apaga
al posar en la cuerda en donde vaga,
su dedo reluciente?

¿No oís un canto melodioso y vago?
¿No oís un eco de amoroso halago
que entre las sombras suena?
Es la voz de un amante que suspira
al compás de los ecos de la lira,
su triste cantilena.

¿Sabeis lo que es entre la sombra oscura
la blanda trova que un amor murmura,
y de amores se queja?
¿Sabeis lo que es llamar tan á deshora
al corazon de la mujer que adora,
y abre al amor su reja?

¿Cómo escuchar tranquila desde el lecho
la nocturna cancion, cuando en el pecho
el amor se levanta?
¿Cómo dormir si otra alma nos invoca,
si á nuestras puertas la esperanza toca,
ó á nuestras rejas canta?

¿Cómo á la voz que en sus entrañas suena,
y de un fuego volcánico las llena,
no acudir amorosa;
cuando es larga ilusion, breve martirio
temblar de amor, de frio y de delirio
en cita misteriosa?

¡Oh! nunca la culpeis—¡pobre doncella!—
si abrió el balcon, y por su mala estrella
para cubrirle el seno
era muy poco la flotante gasa,
por donde el frio de la noche pasa
preñado de veneno.

¡Oh! jamás la culpeis, si delirando
y con la fiebre y con su amor luchando
en tremenda agonía,
rindió al Criador el virginal aliento;
y cual busto de cera amarillento
veis su semblante un dia!

¡Murió!... ¡pobre mujer! Los que la amaban
su cadáver con lágrimas regaban
¡ay! que en vano caian
sobre sus miembros cual la nieve yertos,
sobre sus ojos apagados, muertos,
que á la luz no se abrian!...

¿Qué te valdrá su llanto derramado,
mujer, en tu semblante descarnado,
en tu pupila hueca?
Lo que vale la gota de rocío
que el soplo de las auras del estío
lleva á una planta seca!

El viento del amor alzó tu velo;
la brisa de la noche al claro cielo
hizo tornar tu faz:
flor que dejó el descuido en la ventana,
fresca en la tarde y seca en la mañana,
¡duerme en paz! ¡duerme en paz!

Flores son de la vida las mujeres,
aromas de la vida sus amores,
colores de la vida sus placeres;
y cual marchita el huracan las flores,
marchita á las mujeres el amor.
La flor de los jardines arrancamos;
la mujer del pensil de la inocencia;
con su aroma y amor nos embriagamos,
y al agotar voraces su existencia,
¡pobre mujer! decimos: ¡pobre flor!

Febrero 1843.

UN NIÑO QUE LLORA.

¿Por qué estás llorando,
vida mia, así?
¡Qué! ¿no tienes madre,
rubio serafin?
¿Del huérfano acaso
no lo es, niño, dí,
la que al par fué vírgen
y madre infeliz?

¿No miran tus ojos
doquier discurrir
alados querubes
de rostro infantil,
por el puro espacio
que el alba, al salir,
colora con tintas
de azul y carmin,
y la noche esmalta
con estrellas mil?

¿No miran tus ojos
en torno de tí,
ondinas doquiera,
doquiera un pensil,
y lagos azules,
y allá, en el confin
de campos y montes,
cascadas hervir?

¿No ves á tu lado
mil rostros reir,
mil brazos abrirse,
y un seno gentil
que el amor, la vida
destila de sí?
¿Pues por qué así lloras,
alma mia, dí?

Eres en la tierra
destello feliz
del sol que ilumina
la vida sin fin:
gota de rocío
que pende sutil
de una planta efímera
que llaman *vivir:*
flor que se engalana
con colores mil

del alba á los rayos,
no al sol del zenit:
pájaro que salta
del nido al jazmin
que al céfiro abria
su cáliz gentil,
y ufano se mece
sobre él, sin sentir
que su propio peso
le encorva; y que así
la fuente sonora
y el verde jardin,
como el limpio cielo
bañado en zafir,
y el aura que riza
su pluma sutil,
son sueños fugaces,
son mentira ruin.

Y si tanto eres,
que hube de sentir
de tu suerte envidia,
lástima de mí:
¿por qué estás llorando,
vida mia, así?

Cada inocente lágrima que llora
deslumbra en sus pestañas, imitando
la gota de rocío que atesora
de la entreabierta flor el cáliz blando:
y así como la gota de la aurora
va los cambiantes ricos reflejando,
un destello su lágrima refleja
del claro Eden, de que al nacer se aleja.

¡Morada de pureza y bienandanza!
¡Quién en la vida eternizar pudiera
de tu brillante luz la remembranza!
Mas piérdese en las sombras de esta esfera
á do el enojo del Señor nos lanza;
y la niñez conserva pasajera
memoria de tu ámbito risueño,
cual vaga idea de confuso sueño.

Llora la tórtola el nido
de que inocente se aleja:
con cántico entristecido
el puro cielo que deja
lamenta el ángel caido.

¡Cambió por humanas galas
la esencia del serafin!...
¿Qué es agora el querubin
que ayer tendia las alas
por la gloria sin confin?
No ve del tiempo á los piés
juntos lo que fué, lo que es,
lo que será; ni estrellarse
siglos, ni despedazarse
mundos y soles despues.
Ni el puro ambiente respira
de la celeste Sïon;
ni la fúlgida luz mira
que en olas por la extension
del espacio eterno gira.
. . . .
. . . .

Riega el camino de la vida triste
con llanto virginal, ángel caido,
mientras que de ese cielo que perdiste
el recuerdo fugaz no hayas perdido.

Nacimos á llorar, como naciste:
al terrenal dolor eres venido:
puro estás; mas mañana en tus enojos
ni podrás á tu ayer tornar los ojos.

Frutos del árbol del placer nacimos:
á nuestros hijos el mortal veneno
que de Adan heredamos, trasmitimos:
torpes pasiones sin barrera ó freno
nos arrastran soñando... ¡Ay, si dormimos
de los deleites en el blando cieno!...
Antes que el cuerpo al padecer sucumba,
dispierta el alma al borde de una tumba.

Tus venas son azules,
y rubio tu cabello;
blanquísimo tu cuello
cual velo de vestal.
¡Cuánta pureza en esa
célica faz se advierte,
donde el pesar ya vierte
su tinta funeral!

Bañe tu rostro, bañe
el llanto de amargura:
que el tiempo á tu hermosura
previene el ataud.
¡Feliz si á la par que ella
del cuerpo desparece,
de tu alma no perece
la cándida virtud!

¡Oh niño! La virtud es en el suelo
seguro talisman: ella derrama
en las almas purísimo consuelo;
jamás, jamás del corazon que inflama
se aleja la esperanza: ella abre el cielo.

Diciembre 1842.

AMOR.

I.

Flor de la juventud, con noble orgullo
entre las zarzas de la vida asoma;
del aura del placer al manso arrullo
se abre, y prodiga el oriental aroma.
Á su rauda corriente sin murmullo
la inclina el tiempo que los cedros doma;
y cuando lacio su esplendor ya siente,
arranca hoja tras hoja de su frente.

II.

Es la red que por campos de esmeralda
tiende el destino en la llanura amena
que de la edad viril orna la falda;
á las almas gemelas que encadena,

es áspero dogal, dulce guirnalda;
es de espinas y flores su cadena,
y el tormento y placer nos muestra junto,
del mundo espejo y del vivir trasunto.

III.

Pálido el rostro, triste la mirada,
los cabellos sin órden desparcidos,
exhalando la boca mal cerrada
suspiros en el pecho comprimidos,
el alma por lo vago desalada,
ardiendo en un infierno los sentidos,
sus llamas atizándole el deseo...
¡así ví al hombre del amor trofeo!

IV.

Fijáronse sus ojos rutilantes
en un objeto que á lo léjos mira;
tiende hácia él los brazos anhelantes:
su pecho se alza, con placer respira:

unos ojos en él clávanse amantes;
un beso ardiendo entre sus labios gira,
y sus párpados caen desmayados
en la luz de otros ojos abrasados.

V.

¡Sueños de bendicion, en que entregamos
al placer los sentidos, la alma al cielo;
en que los blandos ojos ocultamos
de lágrimas de amor con turbio velo;
en que al tacto mas leve retemblamos
cual se estremece sacudido el suelo;
en que la mente el porvenir olvida
en los delirios de lo que es perdida!

VI.

¡Fuente sonora, en cuya linfa pura
al fondo están las heces del tormento,
á flor la dulce miel de la ventura;
que hidrópico de amor el pensamiento,

quiere toda agotar, que nunca apura,
y cuanto bebe más, muy más sediento
torna al cristal el labio enardecido,
do el gérmen saca de su daño asido!

VII.

¡Amor! tú eres el fuego que mantiene
siempre ardiendo la antorcha de la vida,
cual vaso que una luz guarda perenne
ante el altar de un templo suspendida:
en tí la humanidad su orígen tiene;
y cuando al fin tu luz mire extinguida,
echará, al aspirar tu última esencia,
la postrera raíz en la existencia.

VIII.

¡Amor! tu sér aéreo y vaporoso
es del Eterno el crëador aliento,
cuando hácia el borde del Eden umbroso
inclinado, de lo alto al firmamento

desparramó su soplo prodigioso
por las llanuras do se tiende el viento:
—aliento que flotaba en vago giro
del amor de Eva en el primer suspiro!

IX.

¡Amor! al estrellarse en el bajío,
arroja por despojo á la ribera
desencajadas tablas el navío;
y en el naufragio de la muerte fiera,
al salvaje arenal del mundo impío
dejamos, como dádiva postrera,
hijos de nuestro amor, de nuestras vidas,
almas del alma propia desprendidas!

X.

Tú de la flor en el gentil capullo,
de la selva en el basto cortinaje,
de la paloma en el sentido arrullo,
en el aullido del chacal salvaje,

en la fuente que corre sin murmullo,
y el torrente que brama entre el ramaje,
en la tierra, en el mar y el firmamento,
vives y hablas al pecho, al pensamiento.

XI.

Sentir es conocerte. Cuando oscura
tiende la noche su estrellada alfombra
por los espacios de una tarde pura,
esos ruidos que suenan en la sombra,
esa gigante voz que allí murmura
y nos revela un Dios que nunca nombra,
suenan como pudiera en la alma mia
del amor de los mundos la armonía.

XII.

Como estruendo de fiesta en los palacios,
se oyen por dentro de la noche ruidos:
suspiros son, que van á los espacios,
de unos labios amantes desprendidos;

que la luna en su carro de topacios
atropella en los aires adormidos,
tal vez medrosa de encontrar entre ellos
de otro amante Endimion suspiros bellos.

XIII.

¡Amor! si el sueño á nuestros ojos quitas,
viertes en la alma encantador ensueño:
si una esperanza de lo que es marchitas,
¡cuántas nos dás de porvenir risueño!
Á un infierno tal vez nos precipitas;
mas nos lleva tambien tu altivo empeño,
á través de un afecto mal seguro,
de Dios á conocer el amor puro.

XIV.

¡Y Dios es todo amor! Ah! ven; te llama
mi voz del fondo del herido pecho,
como el enfermo que á los cielos clama
en la estrechez de fatigoso lecho:

ven con tu lumbre que el desden inflama,
y halla á su ardor el infinito estrecho:
¡ven! yo quiero tus penas y placeres,
la cicuta y la miel de las mujeres.

XV.

¡Amor! cabe mi lecho solitario
ven de la noche en las solemnes horas,
que van por el silencio funerario
largas pasando, oscuras é insonoras:
pliega en mi sien, cual cándido sudario,
las plumas de tus alas voladoras;
y al grato son de tu abrasado aliento,
mis ojos cierra al velador tormento.

XVI.

¡Amor! tu mano bienhechora encienda
tu antorcha en medio de la niebla oscura,
que en sombras borra mi perdida senda.
El sol de la esperanza en tí fulgura;

pon en mis ojos tu engañosa venda,
y al hundirse mi pié en la sepultura,
como postrero, cariñoso abrazo,
sosten mi frente con tu dulce brazo.

XVII.

El sepulcro es la fúnebre barquilla
en que las playas del vivir dejamos,
para ganar del no existir la orilla.
En el piélago oscuro que surcamos,
si de la religion el sol no brilla,
si en tu remo hácia él ¡oh amor! no vamos,
¿dó nos lleva en sus ráfagas el noto,
sin religion ni amor, norte y piloto?

XVIII.

¡Oh religion! ¡Oh amor del pensamiento!
¡Oh puro amor! ¡Oh religion del alma!
Si tú enturbias la vida turbulento,
le tornas tú resignacion y calma.

¡Ah! necesarios sois cual lo es el viento,
como el rocío á la africana palma,
como al alma virtud lo es la conciencia,
y al almo Creador la omnipotencia.

Febrero 1843.

VEINTIUN AÑOS.

I.

Venid á mí, recuerdos de la infancia;
venid, memorias de la edad tranquila,
en que, cual rica fuente por el mármol,
por la inocencia resbaló mi vida.
Venid á mí; pasad ante mis ojos,
reflejándoos en mi ánima tan vivas
como en las quietas aguas de los lagos
las rojas nubes que en los aires giran:

y cual pasando van, sin que en las ondas
la débil huella de su sombra impriman,
así pasad alígeras, borrando
de vuestras huellas la señal impía.
Impía, sí; porque del bien perdido
es la memoria ponzoñoso acibar
que en los senos recónditos del alma
con implacable obstinacion se abriga.

Venid á mí: venid por un momento
á engalanar mi estéril fantasía,
á reanimar las muertas esperanzas
con el soplo fugaz de vuestra dicha.
Un momento no más, y huid veloces
antes de que mi voz ronca os maldiga,
al herir del puñal de lo presente
mi ardiente corazon, la punta fria.

Desde el lóbrego abismo del tormento
se alza á vosotros la memoria mia;
temo miraros, é impotente y flaco
torno á vosotros, sin querer, la vista.
Me arrastra irresistible mi destino;
mis ojos y mi espíritu domina:
os quiero detestar, y el alma débil
más os adora cuanto más os mira.

Brotad de entre las sombras de esa nada
á do mi ardiente juventud camina;
brotad á despertar muertas venturas,
que harto he llorado por mi mal perdidas:
y removiendo el polvo del olvido,
salid, salid, fantasmas de otros dias
que la edad disipó, como los vientos
las blancas nieblas al pasar disipan.

II.

Sílfide ó maga, en la callada noche
la ví agitar su túnica de nieblas;
víla, al romper la aurora las tinieblas,
por la serena atmósfera bajar.
Mis cabellos rozó, de mi existencia
al tocar las estériles regiónes,
como rozan pasando los alciones
la espuma de las olas de la mar.

Mis ojos y mis ansias la siguieron
para ver y adorar tanta hermosura;
tembló mi corazon: la mano dura
de un nuevo sentimiento le oprimió.
Tenia la vision cabellos de oro;
caían por la nieve de su espalda,
desprendidos del nudo de esmeralda
que á su corona de oro los juntó.

En su frente un osado pensamiento,
en sus ojos la llama del sol brilla;
el fuego del placer en su mejilla
imprime audaz sus huellas de carmin.

En su labio el desden y la arrogancia;
en su seno la miel... y el mismo seno
guarda, cual áspid, pérfido veneno
que al tacto del amor, brota sin fin.

Con la cintura de la antigua Vénus
el carcomido corazon cubria:
la luz boreal que en torno despedia
realzaba la mágica ilusion.
Llegóse á mí: ¿qué entónces me importaba
que encubrieran las rosas las espinas,
y que encerrasen formas tan divinas
tanta humana miseria y corrupcion?

¡Era la juventud! Su voz cantaba
como sirena en sicilianos mares...
Pronto el eco sutil de sus cantares
de Scyla en el estruendo se apagó.
De su melífluo acento fascinado,
abríle incauto el corazon sencillo:
¡ay! deslumbróme su aparente brillo;
su verdadero incendio me abrasó.

Ahora de inquietudes en tormentos
y al embate cruel de mis pasiones
voy hollando mis propias ilusiones
en pos corriendo del placer fugaz.

Se agolpa el desengaño á mi camino;
rompe mi pié su hielo, y sigo osado
en pos de otro placer, jamás cansado,
con amargura siempre, y sin solaz.

Errando inquieto, y ciego ó delirante,
desprecio lo que atrás deja mi paso;
hácia adelante voy, aunque al acaso;
ni lo que busco, ni lo que hallo sé.
Al borde del deleite el labio pongo,
el fastidio está allí, y huyo sediento...
pero agotar el cáliz del tormento
hasta las heces, con valor podré.

Un instante fatal probé el deleite
unir de un puro amor al embeleso,
y de mi labio palpitante el beso
de una hermosura marchitó la sien.
Vivaz remordimiento, su memoria
quema mi juventud cual roja lava:
la espina atroz que el corazon me clava,
no arrancan ni otro amor ni otro desden.

La duda, la tristeza, el desengaño;
la ambicion, el amor; una ansia loca
que mancilla ó destruye cuanto toca,
mi espíritu combaten con furor.

A su empuje tenaz, siento que el alma
un dardo emponzoñado me atraviesa:
cual crímen sin perdon, sobre mí pesa
el despecho sombrío, aterrador.

No puedo con el llanto por los ojos
el veneno lanzar que me devora,
y en vano busco la tremenda hora
que me liberte, por piedad, de mí.
¿No sonará jamás? Vivo temiendo
que no la haya el Eterno señalado;
y maldigo la edad á que he llegado,
así dudando y padeciendo así.

Ante mí el porvenir extiende inmenso
las alteradas ondas de sus mares;
vagan en sus espumas los pesares,
esperando un objeto que asaltar.
Sordas mugen las olas solitarias,
combatiendo las playas del presente;
un paso más!... y el lampo refulgente
mi pobre barca alumbrará en el mar.

Cada dia, cada hora, cada instante,
me hundo en el porvenir, como el navío
que al romper por las rocas del bajío,
al salobre elemento el seno abrió.

Cada instante, cada hora, cada dia
es un nuevo eslabon de esa cadena
que enlaza la vejez con la serena
edad, que cual relámpago pasó.

Detrás de mí, esqueleto lo pasado
su fosfórica luz vibra en la nada,
do al sumergir mi lánguida mirada,
palpitante en recuerdos le entreví.
Sin hojas ¡ay! las rosas del deleite;
mis mágicos ensueños sin colores;
mis deseos sin brío, y mis amores
sin ardor ni ilusion están allí.

¿Cómo apartar los ojos de esa nada
¡oh mis memorias de un ayer perdido!
si aquí, en mi corazon, os he sentido
cual serpientes de fuego discurrir?
Si al menos al calor de vuestra lumbre
más tranquila mi vida resbalara;
si esa pálida luz arrebolara
los negros nubarrones del vivir;

si mitigar pudiérais mis deseos
y la insaciable sed que me devora;
ó si un dia á lo menos, si una hora
os viera sin afan mi juventud;

en vosotros la vista clavaria,
y fijo el pensamiento en vuestra nada,
os dirigiera la postrer mirada
al descender al fúnebre ataúd.

III.

Grato es del alta noche en la pavura
hácia la luz que en el hogar oscila,
tornar con esperanza la pupila
de en medio de apartada selva oscura.

De en medio de un presente de amargura
grato es tambien tornar á la tranquila
edad, el pensamiento que vacila
entre temores de la edad futura.

Comparando lo que es y lo que ha sido,
al porvenir amargo se previene
el ánima, y espera resignada

sabiendo que el vivir muy pronto es ido;
y que si breve mal aquí nos tiene,
nos guarda luengo bien otra morada.

Abril 1843.

INDIFERENCIA.

Asoma ya el crepúsculo: la tarde
sus pálidas neblinas sacudiendo,
se va del cielo en el azul tendiendo
tras las huellas del sol que al léjos arde,
y que en triste desmayo
á las últimas cimas de los montes,
como postrer ¡adios! envia un rayo
de la ardiente lumbrera
que lleva á otros remotos horizontes
en fúlgida carrera.

La sombra se despliega por los valles,
y azulado vapor se alza del rio:
sosiega el aire el turbulento brio
del bosque espeso en las salvajes calles;
el aura en los arbustos
con rumorosa persistencia vaga;
y del monte en las cóncavos adustos
ó en rocas altaneras,
del torrente el estrépito se apaga
y el rugir de las fieras.

El jilguero á la rama se guarece,
y de su nido al móvil aposento,
mientras que allá, por el confin del viento,
el águila gigante se remece:
        tal vez una ave parda
que va cruzando por el aire lenta,
grazna al compás de su carrera tarda,
        mientras en trino blando
el cantor de las selvas se lamenta,
el dulce sueño de su amor velando.

La pompa de las flores se contrae.
Si por gozar del voluptuoso aroma
á los virgíneos cálices se asoma,
burlado el vespertino ambiente cae.
        Por la llanura verde,
siéndole apoyo la robusta caña,
de fatigada yunta en pos se pierde
        el labrador tranquilo,
que en el humo que se alza en su cabaña
las señas tiene de su humilde asilo.

Parece dormitar naturaleza.
Con el cansancio del pasado dia
aletargada, en la desierta via
reclina en la tiniebla su cabeza.
        En somnolencia triste,
ni á la accion se resuelve ni á la calma

diríase que, ajena cuanto existe,
ya ni goza ni siente;
y como ella, tambien está mi alma
á cuanto hay en la tierra indiferente.

¡Todo acabó! Yo voy por la existencia
cual náufrago cadáver por los mares;
nada me son del mundo los pesares,
ni del mundo el fatídico placer.
Sónme insípida fruta los amores;
es cuadro sin color la humana historia:
una ráfaga de humo ví en la gloria,
y un pedazo de barro en la mujer.

Unos ojos ayer lánguidos, puros,
mis tristes ojos con afan buscaban,
de lágrimas, al verme, se inundaban,
me hablaron... mas no quise adivinar.
Una mórbida mano entre las mias
temblar sentí, cual de medroso niño;
volví mi rostro á su infantil cariño,
no pudo, empero, el corazon temblar.

Paso entre la belleza indiferente
cual se arrastra el reptil entre las flores;

ni él percibe sus cándidos olores,
ni yo el aroma de su ardiente amor.
  Seco está el corazon, la mente oscura;
en su aridez el sentimiento muere,
y este vidrio empañado nunca hiere
de la gloria el fantástico esplendor.

¿Dónde está la amistad? ¿Dó esos afectos
que al pecho tornan la perdida calma,
y diz que hacen vibrar en nuestra alma
los ecos del latir del corazon?
  Tiendo mi mano á la amistad; ¿qué importa
la empuñen la verdad ó la mentira,
si al amigo traidor veré sin ira,
y al amigo sincero sin pasion?

Muerto mi corazon llevo en mi pecho.
Escucho por los ámbitos del mundo
zumbar el grito de un pesar profundo
que exhala con furor la humanidad.
  Es la llama que brota de un infierno,
el estertor de un mundo que perece,
y mi ánima al herir, se desvanece
como eco en la desierta soledad.

Del látigo sutil oigo el crujido
cuando la espalda del esclavo toca;
de indolente señor oigo en la boca

el cántico embriàgante del festin;
 el beso impuro que el magnate imprime
en el labio á la púdica doncella,
y el ¡ay! de rabia que despide ella
cuando sucumbe á su destino al fin.

 No gozo del magnate en la alegría
cuando huella triunfante la belleza;
no en mi ánima derrama la tristeza
el eco del dolor de una mujer.
 No me hiere el gemido de los pueblos
cuando rie su rey, á quien le plugo
apoyar en los hombros de un verdugo
la base de su efímero poder.

 No enturbian la quietud del alma mia
los tronos, àl hundirse con estruendo
en ese mar de pueblos, que está hirviendo
en bramadoras olas á sus piés:
 ni las altas cabezas de los grandes
cayendo en el combate ó el cadalso;
ni de un pueblo oprimido el triunfo falso
que en sangre y llanto anegará despues!...

 Mirando voy risueñas ilusiones
brotar al paso de la edad sencilla,
que deslizando con su fácil quilla,
por la corriente de los tiempos va.

Vèo las rosas del pudor cobarde
en las espinas del amor mecerse,
y al soplo del deleite deshacerse
que en torno de ellas susurrando está.

Veo la gloria, como ví en ocaso
al sol nadar por mares de escarlata:
fúlgido rayo de su sien desata
de adusto sabio para ornar la sien.
Brota del duro seno de los mármoles,
riela del pintor en la paleta,
y suspira en el arpa del poeta
con el son de las auras del Eden.

Todo lo miro indiferente y frio;
el alma estéril á sentir no alcanza,
ni á concebir la mente esa esperanza,
lumbre ya sin calor, sin rayos sol.
¡Qué me importa esa gloria tras que un dia
desalado corrí, loco ó sediento?
¿Calentará un deseo, un sentimiento
en mi ánima su espléndido arrebol?

Ni la quiero alcanzar!... La indiferencia
que en hielo al sol tornara en medio al dia,
ha helado ya mi débil fantasía:
hielo en mis venas discurrir vereis.
¿Cómo arrancar del mármol otros sones

que el son oscuro que al nacer espira?
¿Cómo podré cantar?... Tomad mi lira;
rompedla, si quereis.

El crepúsculo huyó. Ya las estrellas
por la bóveda azul están brotando,
cual chispas que olvidadas va dejando
el sol detrás de sus fulmíneas huellas.
Ya la nocturna sombra
los restos al sorber del dia inerme,
sobre la tierra desplegó su alfombra:
el silencio, el misterio
reina doquier, y la natura duerme
tranquila, como en vasto cementerio.

No indiferente como en ante yace:
siente la paz y goza del descanso;
aspira el aire de la noche manso,
y en la callada oscuridad se place.
¡De mi ánima en el hielo
nada cambió!... Indiferente y frio
por largas horas vagaré en el suelo;
mas esta indiferencia
¿qué importa que huya al fin del pecho mio
ó que eterna acompañe mi existencia?

Abril 1843.

LOS MUERTOS

ó

EL DIA DE DIFUNTOS.

FANTASÍA.

(IMITACION DE ZORRILLA.)

AL LICENCIADO D. JOSÉ MARÍA LAFRAGUA.

A foris parent hominibus speciosa, intus veró
plena sunt ossibus mortuorum, et omni spurcitiâ.
S. MATHEO, XXIII, 27.

I.

¿Qué dicen esas campanas
que de las torres inmobles
se agitan en las ventanas,
las esperanzas humanas
conturbando con sus dobles?
¿Qué revela al pensamiento,
qué presagia al corazon
ese incesante lamento
que en solemne vibracion
se dilata por el viento?

¿Remedan quizá esos sones
la que se habla, ignota lengua,
del sepulcro en las regiones?
No: son voz de nuestra mengua,
de nuestro polvo pregones.
Advertencia son tambien
con que llama la verdad,
mostrando la calva sien,
á las puertas del Eden
de la humana vanidad.
Bocas de bronce las llaman
que mienten de ayer memorias,
y en su aliento desparraman
la flor de las pobres glorias
que locos los hombres aman.
Su lengua es desconocida;
pero hay un acento en ella,
que en son de amarga querella
retumba sobre la vida
para arrancarle lo bella.
Parece que esas campanas
que del templo en las ventanas
formán tan triste concierto,
están ¡ay! doblando á muerto
por nuestras dichas humanas.
¡Oh! bien hacen, ya que el cielo
puso el nacer y el morir
tan cercanos en el suelo;

ya que el hombre ha de asistir
de sus creencias al duelo;
ya que, en fin, la vida amarga
es una carga importuna,
y que en carrera no larga
llevamos desde la cuna
hasta el sepulcro esa carga.
Terrible en verdad, pues pesa
como en el alma un pesar;
y si hemos de descansar,
es solo cuando en la huesa
la lleguemos á arrojar.
¡Quién sabe! ¿Será que acaso
de otro mundo en los escombros,
vayamos con tardo paso
un peso menos escaso
sustentando en nuestros hombros?
Nada afirma al pensamiento,
nada anuncia al corazon
ese incesante lamento
que en solemne vibracion
se dilata por el viento.
De pavor me estremecí
á tan fúnebres conciertos:
adivinar presumí;
y tan solo comprendí
que doblaban por los muertos.

II.

Los muertos, sí. Pero en el doble muro
que guarda avaro sus reliquias vanas,
¿evocará sus almas el conjuro
que remeda la voz de esas campanas?
Si sonara en el cóncavo recinto,
sin duda levantaran el sudario
para espiar el negro laberinto
sobre que flota el eco funerario.
Si en sus cóncavos cráneos corroidos
sintiesen vividora la memoria,
sin duda que aprestaran los oidos
para escuchar atentos nuestra historia.
Entonces esa lengua, para ellos
sin el misterio con que aquí retumba,
recuerdos mundanales, mas no bellos,
les contara en las sombras de la tumba.
Tal vez más de una esposa y un amante
levantaran la sien hueca, amarilla,
para saber la historia interesante
de esposo ó dama que su honor mancilla.
Y se alzaran tambien hermano é hijo
para oir y saber de qué maneras

el torpe mundo con afan prolijo,
hermana y madre convirtió en rameras.
  Entonces, en la boca descarnada
rechinando los dientes de despecho,
se revolcaran en la tumba helada
romper queriendo su marmóreo techo.
  ¡Oh! ¡quién viera animadas osamentas
incorporarse en el sepulcro entonces,
á las profanas crónicas atentas
que les denuncian los sagrados bronces!

. . . .

III.

  Si sólo en luengo letargo
yaciera su pensamiento,
y se agitara á las veces
dentro de sus cráneos huecos;
  si volviéndole al pasado,
acordáranse de aquellos
que en vida fueron orígen
ó alivio de sus tormentos;
  si pudieren escuchar
las plegarias de los deudos
y ver las dudosas lágrimas

que riegan su monumento;
ó escudriñar penetrantes
si en rostros como el sol bellos,
es aparente la angustia
ó es el pesar verdadero;
si vida súbita hallando
ojo, oido y pensamiento,
en plática misteriosa
pasaran breves momentos
con el tibio amigo ó falso,
con el hoy ajeno dueño,
con el hijo pervertido
ó con el padre perverso;
sin duda que, despechados,
en aquel recinto estrecho
se arrancaran uno á uno
ojo, oido y pensamiento.

IV.

Recuerdo que de la infancia
conservaba mi memoria
más de una lúgubre historia
que el corazon me oprimió;
que de fantasmas y espectros,
porque el pavor me durmiera,

dueña ignorante y parlera
cien cuentos me refirió.

«En noche, decia,
cual ésta, de lloro,
del bronce sonoro
vibrante el clamor,
penetra solemne
la gélida tumba,
y en ella retumba
con doble estridor.
Allí la reliquia
de humana miseria,
corrupta materia,
se anima á su voz:
su presa el sepulcro
por breves momentos
arroja á los vientos
con ímpetu atroz.

Y los vientos obedientes
la arrastran por las tinieblas,
cual suele cenizas nieblas
una ráfaga empujar:
y de esas torres en torno
que en luengas cruces despuntan,
los esqueletos se juntan
invisibles á danzar.

Se dan las huesosas manos,
en cerco vertiginoso
girando al compás medroso
del tañido funeral;
y extraños himnos murmuran,
como apagados gemidos,
de la tierra no sentidos
en la impura bacanal.

Y danzan ó cantan
en fúnebre orgía,
de su cárcel fria
descanso fugaz.
Del círculo en medio
los cárabos vuelan,
ó en las torres velan
con adusta faz:
testigos solemnes
que á la fiesta asisten
graves, y revisten
rígido ademan;
como si reproche
fueran y sarcasmo,
de todo entusiasmo
y de todo afan.
Admiran sus ojos
cuánta es nuestra mengua;
mas no tienen lengua

con que referir
las verdades que oyen
de otros hemisferios,
los hondos misterios
que en los cementerios
suelen descubrir.
Vigías que tienen
sellada la boca:
Jehová los coloca
del mundo al dintel,
cual linde que en grandes
terrores fecundo,
separa este mundo
del antro profundo
que está detrás de él.

Y hora en la cúspide oscura
de la torre encaramados,
velan de los evocados
el pavoroso festin;
de los evocados muertos
que en esta noche tremenda
se agitan en zambra horrenda
por el éter sin confin:

de esos nudos esqueletos
restos de nave perdida
que el oceano de la vida

en las playas arrojó:
troncos que arrastra el torrente
de los tiempos; y que secos
y carcomidos y huecos
el osario conservó.

Destino inflexible
con rígida norma,
en hórrida forma
muéstralos así,
para declararnos
con leccion tan fuerte
que idéntica suerte
nos reserva allí.
Dura en los espectros
la extraña alegría
mientras que del dia
no asoma la luz;
mas si la presienten,
huyen agoreros:
húndense ligeros
en el ataud;
y al cubrir su tumba
lápida pesada,
alta carcajada
suelen despedir,
como si rieran
del mundo altanero

cuyo adios postrero
prométense oir.

Y ora les dé sepultura
la tierra en humilde cúmulo,
ora los albergue el túmulo
que erige la vanidad;
allí están de nuestros gustos
y aspiraciones en frente,
donde sueños no consiente
ni ficciones, la verdad.

De la existencia en el límite
allí los planta el destino
para cerrar el camino
al olvido, á la ilusion;
y entre la vida y la nada
yacen ¡ay! como en la vida
esperanza concebida
entre delirio y razon.»

V.

¿Qué cubren los espléndidos sepulcros
más de la vil materia en pudredumbre?...

¿Qué busca ante esos monumentos pulcros
en vividor vaiven la muchedumbre?
Preguntad y sabreis por qué afanosa
ciega del cementerio los umbrales,
y con sereno pecho y faz curiosa
registra de la muerte los anales.
No hablan al corazon esos panteones
que el lujo con sus galas empobrece;
risueñas ó magníficas mansiones
en que hediondo cadáver se guarece;
soberbios lechos do el gusano anida;
galerías de estatuas y jardines,
do yacen los harapos de la vida
que arrastramos del mundo en los festines;
volúmen que de ayer á la memoria
la hipérbole consagra ó la mentira...
¡Cada página es ya comun historia
de virtud, que desden al sabio inspira!
Así miente el orgullo al mismo cielo;
mientras la vanidad de mármol y oro
el albergue postrer orna en el suelo.
¡Arca suntuosa para ruin tesoro!

¡Cuánto es mejor en escondido valle
tumba que abrace con amor la hiedra;

ó de cipreses en sombría calle
nombre humilde, esculpido en tosca piedra!
¡Cuánto es más bello entre verbena oculta,
del astro melancólico á la luz,
la losa hallar que nuestro amor sepulta
y orar al pié de solitaria cruz!
¡Cuánto más grave aislarse pensativo
entre las tumbas de tranquila aldea,
que engolfarse en el vulgo irreflexivo
que en sarcófagos régios se recrea!

Allí en libertad gemir
pudiérais, madres dolientes,
y á vuestra amargura abrir
de las lágrimas las fuentes:
allí pudiérais tambien,
enamoradas doncellas
con luto en la casta sien,
exhalar vuestras querellas;
y allí pudiérais rezar
en quietud, nobles ancianos,
y al sacro polvo inclinar
la frente y cabellos canos.
Niños, que teneis los ojos

por el llanto humedecidos
y los tiernos labios rojos
por el silencio oprimidos;
  que en feliz ayuntamiento
teneis en el corazon
de mujer el sentimiento,
de ángel la resignacion;
  que llorais tan suavemente
como el alba dá el rocío,
sin que arruguen vuestra frente
despecho ó dolor sombrío...
  venid, ancianos, á orar
de cipreses en la calle;
venid, niños, á rezar
ante las tumbas del valle.
  Vírgenes, madres, aquí
la oracion vela un misterio:
no hay esa turba de ahí
que va en fiesta al cementerio.
  No hayais miedo que sucumba
aquí la fe sin doblez;
del secreto de la tumba
algo sorprenda tal vez.
  Del candor, de la creencia
quizás á la intuicion
se otorgue, lo que á la ciencia
se niega y á la razon.
  ¡Niño ó vírgen! Díme, díme

si algo de aquel horizonte
revela su luz sublime...
¡La duda el alma me oprime
con el peso de un gran monte!

VI.

¡Duda y misterio! En vano he preguntado
qué existe de los túmulos detrás;
y cuanto más en ello he meditado,
mi razon ofuscóse tanto más.
Al doble de las lúgubres campanas,
aspiré su lenguaje á comprender.
Nada enseñan. Con voces tan livianas
cantan el triunfo, adulan al poder.
Traje á membranza los añejos cuentos
que arrullaron mi sueño en la niñez:
de otra edad más sencilla monumentos,
signos ya de vulgar insensatez.
Corrí á los cementerios. Allí el mundo
de escepticismo y vanidad marcó
frígida huella; huí meditabundo,
y el valle entre sus sáuces me acogió.
Los sepulcros del valle silencioso
con reverente planta recorrí;

y aunque amé absorto su feliz reposo,
nada del gran arcano comprendí.
  Sólo se aclara en la suprema hora
que á la mortal carrera pone fin.
¡Ay del que exhausto de creencias llora
y en dudas toca al lóbrego confin!

VII.

  Dad á mi cuerpo en el tranquilo valle
y de colgantes sáuces en la calle,
tumba que el sol no ofenda con su luz.
  No ambiciono una urna cineraria,
no epitafio en mi piedra funeraria,
sino sola, modesta, amiga cruz.

Noviembre 1841.

MEDITACION.

Aquí estoy á la sombra
de un añoso ahuehuete, recostado
en la mullida alfombra
que hace la verde majestad del prado.
Huido al rudo estruendo
de la ciudad soberbia y sus afanes,
tranquilos estoy viendo
el valle, las lagunas, los volcanes.
Serenas horas paso
absorto en este vário panoramá,
que el sol desde el ocaso
con lo más rico de su luz inflama.
Aquí medito á solas
cómo cambian la faz de los imperios
de los siglos las olas,
del porvenir mostrando los misterios.
Cómo hurta al olvido
el pasado una pálida memoria,
ó en piedra convertido
ó en pergaminos de polvienta historia.

Aquí miro una á una
sombras pasar de cien generaciones,
que revueltas aduna
el sepulcro en sus lóbregas regiones.
Ellas aquí surgieron
cual semillas en surcos esparcidas;
un dia florecieron,
y en la nada cayeron confundidas.
Cayeron con espanto,
frutos secos de un árbol sacudido:
los pliegues de su manto
sobre sus tumbas desdobló el olvido.
La tierra fuélas viendo
nacer, crecer, morir; y silenciosa
cien capas recogiendo,
á virtudes y á crímenes dió fosa.
Testigos de su mengua,
los valles que en sus senos las sepultan
no tienen voz ni lengua
con que decirnos la verdad que ocultan.
Acaso áun el eterno
boscaje ya olvidó su pobre historia:
quítale cada invierno
en cada hoja seca una memoria.
Los cedros de los montes,
los cipreses del llano que las vian,
los claros horizontes
de luto nunca túnicas ceñian.

Impasibles quedaban
del porvenir fiando en la promesa;
y cuando otras brotaban,
mostrábanles por término la huesa!
. . . .

Oigo aquí el ténue viento
que entre escombros fatídico suspira
con el mismo lamento
que en las ruinas de Ménfis y Palmira.
¡Ignota era esta raza!
Ni así del tiempo retardó el estrago:
fiero la despedaza,
como ajó á Roma y devastó á Cartago.
Idólatras, cristianas,
¡cuántas generaciones sucumbieron!
Imágenes profanas
y sagradas estatuas polvo fueron.
De su idólatra historia
apena hay sombra que el olvido indulte;
su católica gloria
quizá mas rudo cataclismo oculte.
Así tambien pasaron
otros pueblos heróicos y otros hombres;
sólo, al morir, dejaron
grandes ejemplos y famosos nombres.
¡Ay! así de Castilla
repúblicos, monarcas y guerreros,

como miés amarilla
pasaron con sus glorias y sus fueros:
  damas y paladines,
monumentos de noble arquitectura,
torneos y festines
devoró la insaciable sepultura.
  Así generaciones
pasan y pasarán como un suspiro,
cual las tristes canciones
con que el vate las llora en su retiro.
  Del tronco de la vida
siempre caerán, como cabello cano
de la frente abatida
que inclina al suelo el encorvado anciano.
  Bajo onda asoladora
que en destruccion universal se place,
lo que anima y mejora
la noble humanidad, oculto yace.
  Ella de su rüina
revive, ó la renueva la mudanza;
y cuanto más camina,
más á la ansiada perfeccion avanza.
  Del uno al otro polo
cuanto viene del polvo al polvo torna:
el espíritu sólo
vence y en luz de eternidad se adorna;
  y al paso que engrandece
su terrena mansion, aspira á un cielo

do existe y resplandece
cuanto grande, inmortal, soñó su anhelo.
  De alta filosofía
y religion sublime las nociones;
del arte y pöesía
las blandas, consolantes emociones;
  cuanto estudiosa alcanza
la razon y adivina el sentimiento,
dá á esta doble esperanza
de grandes corazones, fundamento...
  Mas al extremo ocaso
el sol desciende, y por la extensa loma
con reluciente paso
la amiga estrella de la tarde asoma.

OTOÑO.

Tranquilo el sol á Occidente
con lento paso declina;
la frente de oro reclina
en la púrpura del mar.
Acaso sobre las crestas
sombrías del alto monte
se ve, ó por el horizonte,
alguna nube asomar.

Los vientos secos de otoño
por las cañadas silbando,
van los ecos fatigando
con su monótono son.
La yerba dobla á su empuje
tallos cortos amarillos,
y saltan los corderillos
en el árido peñon.

Secas las hojas del árbol,

van cayendo una por una,
á la ráfaga importuna
del ábrego asolador;
y las que acaso olvidadas,
asidas al árbol quedan,
en su murmullo remedan
un gemido de dolor.

Antes amor de las auras
eran con su verde pompa...
fuerza es que, secas, las rompa
el viento ronco despues.
¡Triste condicion precisa
de la desventura humana,
el ídolo de hoy, mañana
arrojar roto á los piés!

Las que amontonadas yacen
al pié de arbol corpulento,
otra ráfaga de viento
barre con furia mayor:
y en las ramas, en los brezos
ó en las peñas tropezando,
van por el aire formando
melancólico rumor:

cruzan selvas, valles, rios;
y hasta la opuesta ribera

las siguen siempre, doquiera,
su mengua, su sequedad.
¡Pobres hojas que parecen
por los vientos impelidas,
las ilusiones perdidas
que va arrastrando la edad!

Doquier se vuelven los ojos,
ven aridez y tristura;
sólo en la maleza dura
el verdor sombrío más.
Los deleites con sus flores
de almendro, nacen apénas
y se secan; mas las penas
no se marchitan jamás.

Ya el acento de la alondra
no suena por el ambiente;
ni en las selvas, el doliente
suspiro del ruiseñor.
Ya silba entre los zarzales
ondulante la culebra;
las ondas del lago quiebra
de la rana el estertor.

Todo preludia el invierno
con sus cabellos de nieve,
con el hálito qne bebe

en el yerto Septentrion;
  con sus témpanos de hielo
que, cual cristalinas tocas,
cubren las cóncavas rocas
donde fija su mansion.

  Tal á una edad de la vida
se anuncia la vejez yerta,
con la cabeza desierta
ó encanecida quizá:
  con los ateridos miembros
y el espíritu sin brio,
con el corazon vacío
y sin esperanza ya.

  ¡Ah! si á aquella edad llegase
¡cómo tornara los ojos,
llorando, hácia los despojos
de mi ardiente juventud!
  El último sentimiento
mi corazon moveria,
y á mirarlos todavía
volviera con inquietud.

  Así bajo el árbol patrio,
por el otoño marchito,
mira el salvaje proscrito
de sus campos la aridez.

Se alza; una lágrima enjuga;
ya de su patria se aleja;
y aunque desierta la deja,
vuelve á mirarla otra vez.

Julio 1843.

PENSAMIENTOS DEL CREPÚSCULO.

Vagando léjos de la patria mia,
las selvas de la América mis plantas
hollando van, cuando á velar el dia
¡oh niebla de las tardes! te levantas.
Triste es cruzar sus vastas soledades,
y extraviado en incógnitas veredas,
ruinas hallar de pueblos y ciudades
que el tiempo aró con inflexibles ruedas.
Es triste profanar los cementerios
do tumbas de sus rústicos mayores
guardaban los salvajes, con misterios
vertiendo en ellas lágrimas y flores.
¿Momias en los sarcófagos dejaron
bajo sáuces y opacos sicomoros?
O los huesos llevando ¿abandonaron
al invasor sus tierras y tesoros?
¿Quién lo puede alcanzar? Su esfuerzo agota
el atrevido pensamiento en vano:

tanto cual la futura edad remota,
reserva la pasada ignoto arcano.

II.

Allá va el sol. Las cúpulas altivas
de la ciudad, las cimas de los montes
doraba há poco en luces fugitivas,
áun no traspuesto á extraños horizontes.
Corona del volcan, encima ardia
del ancho cráter que la nieve abarca;
y en púrpura la nieve convertia,
cual rico manto de oriental monarca.
Mas ya cayó. Levántase la sombra
y discurre la niebla en las montañas,
adonde trepa por la verde alfombra
el humo de las míseras cabañas.
Allá un lago tranquilo y azulado,
aquí se agrupa un albo caserío;
acá el antiguo alcázar derrumbado,
más allá pobre ermita y bosque umbrío.
Su melena de espigas de oro agitan
las mieses en magníficas llanuras,
y en noble anfiteatro las limitan
de los distantes montes las alturas.

III.

Ni un ave, ni un insecto, ni un rüido;
ni una rama en los árboles se mece;
el viento en los espacios enmudece,
y en las playas lejanas duerme el mar.
Brota por fin la brisa del crepúsculo;
rompe la selva en flébil armonía,
y á los destellos últimos del dia
parece con las copas saludar.

Es la müda plegaria, que en las tardes
murmura al Creador naturaleza,
al reclinar su lánguida cabeza
de la noche en el pardo cabezal:
himno de amor cual la oracion del niño
que de hinojos oraba, y cuando el sueño
tocóle con su vara de beleño,
se reclinó en el seno maternal.

¡Oh! si tocara mi abrasada frente
y adurmiera mis férvidas pasiones;
si en ensueño inmortal, mis sensaciones
no dejaran en mi alma amarga hiel:

¡cuán libre el pensamiento volaria,
mundos salvando y recorriendo espacios,
á levantar efímeros palacios
en un mundo fantástico como él!

Mas traigo aquí mi corazon marchito,
del que cayeron tantas ilusiones,
cual de otoño á los broncos aquilones
hojas.¡ay! de estos árboles caerán.
Para ellos una fértil primavera
traen en triunfo rápidos los años;¡
y en mí, tronco podrido, desengaños
donde antes ilusiones brotarán.

Grande es la soledad, aunque Diciembre
los robles cambie en esqueletos secos:
cubriendo el musgo bienhechor los huecos,
conserva el gérmen de la vida allí.
¡Ah! que el hombre en sus míseros harapos
el gérmen sólo de su muerte guarda;
y á su raza pasándole bastarda,
es infecundo, estéril para sí.

Es solemne esta hora, en que una duda
la mente embarga, el corazon oprime.
La pobre humanidad, que lucha y gime,
¿camina al apoteosis ó á la cruz?

Su miseria mortal sacudiria
para seguir en pos de una crencia,
si este incierto crepúsculo á su ciencia
preludiase una sombra ó una luz.

Triste es dudar, y el noble pensamiento
cual la materia inerte ir arrastrando,
y al pié de los cipreses meditando
en misterios que vela el porvenir.
Tristísimo pasear por la existencia
con la duda en el alma, una mirada,
y contemplar la raza condenada
por el polvo del mundo á discurrir.

Léjos de mí su fúnebre memoria;
léjos de mí su horrísono bullicio;
hace el ara, áun despues del sacrificio,
á la olvidada víctima temblar.
¡Feliz, si frio á tristes desengaños,
vivir pudiera en lánguido reposo,
ó detrás de un pasado tormentoso
los mares del olvido colocar!...

Augusta soledad, hora sublime,
llenad mi corazon de vuestra calma:
honda meditacion eleve mi alma
en éxtasis purísimo hasta Dios.
Vaga melancolía, un sentimiento

triste y dulce, en mi seno se difunde,
y el mundo, y sus recuerdos, todo se hunde
ante el silencio augusto de las dos.

IV.

Mas en torre lejana,
como voz de otro mundo, al alma avisa
clamor de una campana
que llama á la oracion:
trae á mi oido lánguida la brisa
ecos solemnes del sagrado són.

V.

¡Ah! los que en la tierra fuísteis
dignos del cielo y de vos;
los que puros sucumbísteis
y en espíritu os hundísteis
en la inmensidad de Dios;
los que, pájaros caidos,
volviendo á los patrios nidos

bajo el ala maternal,
llevásteis las almas puras
á las mansiones seguras
de beatitud perennal:

los que sois polvo en la vida,
y ángeles ante el Señor;
plantas que en fango escondida
teneis la raíz podrida,
y en el tallo blanco flor;
¿perdísteis ya la memoria
de esta tierra transitoria
de miseria, de orfandad?
¿Ó ese acento venerando
de tumba en tumba rodando
cae en vuestra eternidad?...

Tras combate furibundo
gozais suprema quietud.
¡Dormid! que el sueño profundo
de esa eterna beatitud
no turbe un eco del mundo.
Yo os consagro un pensamiento
hora que estremece el viento
ese fúnebre clamor:
en mis locos desvaríos
nunca ¡oh manes de los mios!
nunca os olvidó mi amor.

Léjos ¡ay! vuestros despojos
y vuestras tumbas están:
ni en éstas caeré de hinojos,
ni sobre aquellos mis ojos
verter lágrimas podrán.
Mas creo ver vuestro giro
y en mis vigilias os miro,
y os tengo en mi corazon;
y siempre á mi lado os siento,
os hablo, os toco, y ni al viento
que abrazo, huye mi ilusion.

Es verdad que cuando el alma
digna ya de santa palma,
su mortal prision quebrante,
á vos se unirá en la calma
de la eternidad triunfante;
mas nunca de vuestras frias
cenizas, las pobres mias
al lado reposarán.
No: que en lejano hemisferio
del infortunio al imperio
sin nombre se esparcirán.

VI.

¡Mi alma yace en soledad amarga!
¿Cuándo podré la deleznable carga
en la losa de un túmulo posar?
Dios quiso que mi senda recorrieran,
y que mis pasos trémulos siguieran
la duda, el desengaño y el pesar.
Si hizo nacer en mi camino abrojos,
puso lágrimas muchas en mis ojos,
y en mi pecho tambien resignacion.
¡Bálsamo celestial, santa ambrosía!
De mis labios cayeron dia á dia
palabras de ternura y bendicion.

VII.

Mas ya espira el crepúsculo; brillante,
tras de los montes, la modesta luna
asoma entre la niebla, que importuna
cual pálido reflejo, sube en pos.

Así, al través de un velo de misterios
jamás alzado por humanos brios,
allá, detrás de los sepulcros frios,
se alza sublime la esperanza en Dios.

Setiembre 1843.

TRADUCCION

DE

VÍCTOR HUGO.

Duerme en la alcoba sombría,
junto al lecho maternal,
pálido niño, en su cuna
cerca de un humilde altar.
En tanto que así reposa,
su párpado virginal,
para la tierra cerrado,
se abre para el cielo ya.
¡Cuántos sueños!... Mira alegre
un vastísimo arenal,
de relucientes diamantes
cubierta su imensidad;
y mira radiantes soles,
y hermosas que con afan
en sus brazos, almas puras
llevan á la eternidad.

¡Dulce ensueño!... Ve arroyuelos,
y oye una voz celestial
que del agua clara sale
en armonioso cantar.
¡Qué hermosas ve á sus hermanas!
Junto á ellas su padre está:
con alas, como las aves,
sueña á su madre mirar.
¡Ve tantas cosas, tan bellas!...
Lirios, jazmin y azahar
en un corredor que cubren
pabellones de arrayan;
lagos do los peces nadan
bajo el onda de cristal
que en las cañas de la orilla
se arruga y riza al tocar...

¡Ah! duerme siempre, ¡amor mio!
duerme ¡oh niño! duerme en paz.
Tu alma de querube ignora
adonde tus dias van.
¿Qué importa? Como alga muerta
vas por el turbio raudal:
te arrebata la corriente;
pero tú durmiendo vas.
Sin cuidados, sin afanes,
tú duermes al caminar:
de la inquietud fatigosa

nunca la mano glacial
sobre tu cándida frente
que aun sin arrugas está,
con sus estériles uñas
¡Mañana! escribe tenaz.

¡El pobre duerme! Los ángeles
que saben desde antes, cuál
de los míseros humanos
la suerte cierta será;
viéndole inerme y tranquilo,
sin temor y sin pesar,
le riegan las manecitas
con lágrimas de piedad;
con sus labios, de los suyos
rozan la miel al pasar;
y el niño, que ve que lloran,
¡Gabriel! les dice no más.
Pero el arcángel le toca;
y su cuna al menear,
le pone en la boca un dedo,
y otro alza á la inmensidad.

Mas la madre se apresura
el rubio niño á arrullar,
creyendo que algun ensueño
negro, le oprime tenaz.

Con alto orgullo le admira;
y oyéndole suspirar,
le hace sonreir dormido
con un beso que le da.

Octubre 1843.

SONETO.

Del tronco antiguo la raíz encubre
pálido, el antes verde cortinaje
que arrancó del magnífico ramaje
el soplo audaz del aquilon de Octubre.

Así á sus plantas la vejez descubre
de ilusiones caidas el follaje,
que, como al sol un fúnebre celaje,
lo pasado á sus ojos tristes cubre.

Al contacto de Abril pimpollo tierno
en el yerto ramaje brota, crece
y vive hasta las nieves del invierno:

el tronco para siempre al fin perece;
y solo ¡oh privilegio! el hombre, eterno
mas allá de la tumba reflorece.

1845.

DIA NUBLADO.

En vano desde la aurora
volví al Oriente mis ojos,
de un sol de invierno esperando
los resplandores dudosos.
No ví las tintas de grana,
ni los celajes de oro
que en pliegues de luz y sombra,
en ondas de azul y de ópalo,
flotan sobre el sol naciente,
como pabellones rojos
sobre la cuna tranquila
de un monarca niño y blondo;
ni la ráfaga que toca
del astro al trémulo globo,
y lentamente se aparta
despues de ceñirle en torno:
beso y abrazo de madre
al hijo inocente y mozo,
cuando del hogar paterno
párte á países remotos.

Ví sólo la sombra oscura
desde el horizonte lóbrego
guiar sus pasos de niebla
por el firmamento todo.
Ví las cenicientas nubes
desplegar su espeso toldo,
correr, juntarse y formar
nubarron inmenso y solo,
que bajando hácia la tierra
negro, triste y silencioso,
parecer el cielo hacía
más cercano á nuestros ojos.
El aire pasaba frio
por los árboles del soto,
que sin hojas en las ramas,
crujian con rumor sordo;
los miembros casi desnudos
del pordiosero andrajoso,
á su contacto de hielo
se entumecian; y atónitos,
con el plumaje erizado,
los pájaros melancólicos
medio dormidos temblaban
en los huecos de los troncos.
Junta el pastor taciturno
bajo de un árbol añoso,
el rebaño que pacía
por el ya desnudo soto;

y el labrador entregado
á estéril, triste reposo,
de su cabaña en la puerta
tranquilo medita y solo.
La altiva ciudad levanta,
cual mil brazos de un coloso,
cúpulas y torreones
de sus edificios dóricos.
Dejad que en su centro abunden
placeres que dan sonrojo...
¡Tambien el silencio reina
de esos palacios en torno!
Mas ya escasas gotas frias
á una ráfaga del noto,
caen en el pavimento
con triste rumor sonoro.
Pasa la ráfaga al punto,
y una llovizna de pronto
en hilos imperceptibles
desciende hasta el seco polvo.
Sutil, helada, contínua,
de la tierra á lo más hondo,
del cuerpo á lo más interno
lleva su glacial encono;
y la sensacion que causa
tenaz azotando el rostro,
reproduce y multiplica
su frio en los miembros todos.

¡Así un desengaño crudo
hiere el corazon, y ronco
halla un eco prolongado
del alma en lo más recóndito!
Las horas calladas cruzan
bajo el cielo nebuloso,
como fantasmas del aire
por las noches del otoño.
Sus tardos pasos publican
sólo en los bronces sonoros,
que en las torres de los templos
vibran con ecos medrosos.
Pero pasan invisibles,
como por el mundo loco
pasa la virtud modesta
en su humilde traje propio.
Sobre sus alas el dia
corre, hácia el Poniente próximo;
y cuando toca su frente
de la noche el dedo lóbrego,
cae á pedazos en ella,
de sus fauces á lo hondo,
como en popular tumulto
los despedazados tronos;
y así perece ese dia
sin sol, sin colores, como
en infecundo cerebro
un pensamiento grandioso.

Dia nublado es la vida;
su lluvia el humano lloro,
y el frio del desengaño
hiela el ardor más fogoso:
dia nublado que cae
con sus goces ilusorios,
en la noche de un sepulcro,
boca de insondable golfo.

Diciembre 1843.

PAISAJE.

A DON MIGUEL DE AVENDAÑO.

Ricos de aroma, ricos de verdura,
unos montes altísimos rodean
valle feraz; magnífica llanura
do entre mieses los rios serpentean
hasta hallar en el mar la sepultura.

El llano surca el ponderoso arado
del tardo buey tras la uniforme huella;
sobre él robusto el labrador cansado
va por la tierra móvil arrastrado,
su amor cantando en lánguida querella.

Por las verdes laderas esparcidos

blanquísimos rebaños discurriendo,
pacen la grama, ó vénse rëunidos
del adusto mastin á los ladridos,
del honda del pastor al rudo estruendo.

El ronco són del caracol espira:
por la vereda retorcida y larga
del leñador el carro se retira,
áspero cruje, y lentamente gira
so el peso grave de la verde carga.

Un caserío, en cuyos muros viejos
sus vástagos la vid trepante muestra,
acá blanquea entre árboles añejos:
otro nuevo sonrie á mano diestra;
y otros por la siniestra, allá, más léjos.

Corta en giros fantásticos la viña
las amarillas mieses por el valle,
y levanta la iglesia á dominalle,
aislada en medio á la feraz campiña,
airosa torre de moruno talle.

De allí se ven la ermita y la cabaña
que en la eminencia opuesta brillan solas:
playas, rocas oculta la montaña,
que, al quebrantarse el mar, soberbio baña
con las blancas espumas de sus olas.

Flores doquier; doquier alguna fuente
do se miren los álamos gallardos;
doquiera mece nidos el ambiente:
fresca la primavera, estío ardiente,
dan allí, al parecer, pasos más tardos.

¡Que no pudiera yo tornar agora
á recorrer tan mágico paraje;
y arrancar de mi cítara, que llora,
siempre de ausencia, cántiga sonora
á tan risueño, encantador paisaje!

¡Tornar á aquellos cándidos placeres
estériles entónces, hoy que el alma
sabe gozar, verterse en otros seres,
y con beso de amor, dejar la calma
en el labio gentil de las mujeres!

¡Que á mi ansiedad, como los vientos vaga,
allí no hubiera una mujer brotado;
y con su voz, como la antigua maga,
aquellos sitios que la brisa halaga
hubiera en mundos de placer tornado!

. . . .

Mas no sentia amor. Cual blando ensueño
corria el tiempo sobre mí tranquilo,
todo giraba en derredor risueño;

dulce era el despertar, sereno el sueño
de mi rústico albergue en el asilo.

¡ Todo cambió ! La tempestad sombría
su ceño asoma por el pardo monte,
y del viento la ráfaga bravía
nubes empuja: desparece el dia;
la sombra envuelve el mar y el horizonte.

Se aleja el labrador, con pausa toca
de su choza á la puerta; en los escaños
al amor de la lumbre se coloca;
y en la sierra y el valle á los rebaños
el rudo són del caracol convoca.

A la espantable voz de la tormenta,
cual siervos ante el dueño, se doblegan
los altos robles, y en las breñas pliegan
y despojan sus copas de verdor.
En movimiento rápido, uniforme,
se ve la ondulacion rauda extenderse,
por las cumbres trepando, hasta perderse
á la par del horrísono rumor.

Surca el salobre piélago la nave

entre un velo de bruma; álzase y choca
el onda hirviente en la gigante roca,
ceñida por el negro nubarron.
Triste está la llanura y solitaria;
el cuervo lanza funeral graznido;
y del viento y del mar entre el bramido,
suena de ermita humilde el esquilon.

Al azote del ábrego se abaten
mústias allá las tembladoras mieses:
aquí los melancólicos cipreses
un cementerio indican... ¡Contemplad!
¡Tumbas y cruces! Lo mortal, lo eterno;
la existencia que acaba, y la que empieza:
la terrenal miseria, y la grandeza
de un mundo de esperanza y de verdad!

Como olvidada espiga en mies segada,
estoy entre los mios que reposan;
mi alma, en tanto, lúgubres acosan
vagos presentimientos, hondo afan.
El cárabo se posa en los sepulcros,
que con súbito estruendo, ábrense y lanzan
sombras opacas, que en silencio avanzan
y como trombas por los aires van!

En vano fué arrancarme á aquellos sitios
do me asaltaron fúnebres visiones:

¡todavía esos negros nubarrones
ciernen sus pardas alas sobre mí!
¿Dó están los montes de verdor cubiertos?
¿Dónde los cielos y los campos? ¿Dónde
sus flores mil la primavera esconde,
y la fuente el cristal?... Ya no los ví...

Así de la infancia nuestra
desparece la bonanza,
tras de ráfaga siniestra
precursora de mudanza.
Frágil pino en tarde bruna
por irritado elemento,
lánzase nuestra fortuna
al porvenir turbulento.

¡Naturaleza augusta! Donde quiera
que risueña ó terrible,
con el canto de un ave pasajera,
con la luz del relámpago visible,
con el rumor del invisible trueno
ó el mugir de los mares

respondiste á mis íntimos pesares ;
allí te amó con frenesí mi seno,
allí te alzó mi pensamiento altares.
Ya que los campos de mi patria, en calma
y sin amor corriese,
ó ya que al pié de americana palma
mi corazon sin brío falleciese;
los sitios melancólicos, salvajes,
los risueños paisajes
que mi vista halagaron,
cual de un amante el suspirar primero,
cual de una madre el sonreir postrero,
en mi memoria eternos se grabaron ;
y en mi memoria donde eternos viven,
culto, y amor, y adoracion reciben.

Abril 1843.

MEDITACION.

Sonrie Abril: la esplendorosa llama
el espacio purísimo enrojece,
y un aura tibia por los valles mece
espiga nueva y renaciente rama.
El álamo gentil, el triste sáuce
brindan con fresca, deleitable sombra;
tortuoso en tanto por la verde alfombra,
llena el arroyo el florecido cáuce.
Al junco de la márgen se entreteje
rosa en carmines de rubor bañada;
él en su aroma virginal se agrada,
y contra el onda rauda la protege.
Solitario cantor desde el vecino
ramaje, la envidiada union celebra;
y cuando el curso entre las guijas quiebra,
responde el agua al melodioso trino.
Todo en redor con nueva galanía
y juventud risueña me saluda;
sólo el viejo pesar que nunca muda,
por quiebras y asperezas me extravia:

como el hambriento lobo que al aprisco
audaz arranca tímido cordero,
y ensangrienta del áspero sendero
la aguda espina y el punzante risco.
Quizás el curso mi pesar suspende
del precipicio lóbrego á la boca:
mis párpados benigno entónces toca
el arcángel del sueño, y me defiende.
Mas renovado luego mi delirio,
dudando si es verdad el sueño que huye,
pregunto á lo que en torno me circuye
si hay martirio mayor que mi martirio.
Mis ojos ven al perseguido justo
sereno refugiarse en su conciencia:
mientras tiembla escondida la inocencia,
pasar triunfante la maldad sin susto;
la enlutada orfandad en desamparo,
la pálida pobreza advierto unidas;
y veo con dolor que entre otras vidas
surge la mia cual radiante faro.
Infelice no soy: las que á mi alma
se precipitan férvidas pasiones,
no turbaran con tristes sensaciones
del sabio pensador la augusta calma.
Las dudas que mi espíritu oscurecen
su fúlgida razon disiparia...
¿No viven el insecto, el ave un dia
sin preguntar qué son, cómo perecen?

Y aun hay en este bajo mundo oscuro
quien blanca flor de mi existencia sea,
y cuando el aura del amor la orea,
exhale para mí su aroma puro;
quien se apoye en mi seno, cual la rosa
en el junco flexible de la orilla;
quien cante, melancólica avecilla,
en secreto su llama misteriosa.
No obstante, alguna venenosa planta
se arraiga en mi interior, crece y vegeta;
el vuelo de mi espíritu sujeta
cual la astuta serpiente al ave encanta.
El conturbado pensamiento oprime
un horizonte lóbrego y estrecho;
cual rumor subterráneo, en todo pecho
hay un acento que incesante gime.
¡Tribulacion universal! Retarda
la noche el negro paso... mas vislumbra
en Oriente una luz, arde, se encumbra,
y arrolla el claro sol la sombra parda.
Las miserias que en torno la circuyen,
la amargura que arrastra con desmayo
la flaca humanidad, ante tu rayo
¡sol de la eternidad! cual sombras huyen.
Cuando sucumba la materia inerte,
de esperanza y de fe mi ánima llena,
para partir se ceñirá serena
el invisible velo de la muerte.

Así de la dorada prision rota
el águila caudal lánzase al cielo;
así arrojado en el marmóreo suelo,
rómpese el vaso y el perfume brota.

Abril 1845.

EL SUEÑO DEL INFORTUNIO.

Solivian los pesares la cadena,
cuando al tormento bárbaro rendido
doblégase el mortal, y en larga vena
rompe el amargo llanto reprimido:
entónces esparcido
en derredor un lánguido beleño,
los fatigados párpados halaga;
y en las alas del sueño
la mente por aéreos mundos vaga.

Ya en el fondo de lóbrega mazmorra
do espire no escuchado su lamento,
do sin que estéril compasion le acorra,
en silencio devore hondo tormento;
ya en pobre pavimento
acostado de mísera cabaña;
ya en frágil nave contra el mar inerme,
siempre olvida la saña
del adverso destino, miéntras duerme.

Abatida hasta el polvo la cabeza,
pálido el rostro, el cuerpo sin abrigo,
de hielo el pié, la mano en la corteza
del encorvado báculo, un mendigo
reposa en sueño amigo
junto al mármol de régia escalinata:
mas súbito delirio le estremece,
su frente se dilata
y la risa en sus labios resplandece.

De alcázares grandiosos le deslumbran
la pompa y el follaje, amor del moro:
por salones de jaspe, do relumbran
bujías mil en candelabros de oro,
cual fugaz meteoro
cruza risueña hurí; su velo deja
cubriendo de la espalda el níveo trecho,
y al deleite apareja
sedientos labios y desnudo pecho.

Trémulo de placer, dudando abarca
tesoros que fatigan su codicia,
ciñe á su sien corona de monarca:
ni el corruptor poder su virtud vicia,
ni cae en avaricia;
mas en copia feliz bienes derrama:
póstrase ante él la agradecida tierra,
y la historia le aclama
Perícles nuevo en paz, César en guerra.

Jardin ante sus ojos se despliega,
cual los vieron un tiempo las que ahora
márgenes mudas el Eufrates riega;
y de las varias plantas que atesora
natura creadora,
ve á sus hijos gozar las ricas flores,
y en su placer el paternal se aumenta,
cual de arroyos menores
el caudal de los rios se acrecienta.

Gloria, felicidad, cuanto imagina
bello y sublime el creador deseo,
su existencia fantástica ilumina:
acaso tan glorioso devaneo
el tristísimo arreo
de la miseria pálida perturba;
revive, empero, su delirio á poco,
la vision que le turba
juzgando aborto de un ensueño loco.

Mas el pié desdeñoso del magnate,
del mendigo los miembros hollar quiso;
su corazon sobresaltado late,
abre á la luz el párpado remiso:
la ilusion de improviso
huye; y perdido su brillante rastro,
vuelve al antiguo llanto, de igual suerte
que al morir el gran astro,
lágrimas de rocío el cielo vierte.

En tanto que del próximo palacio
la música, la luz, el algazara
de las ojivas por el largo espacio
brotan á mares, sin volver la cara,
en la nudosa vara
apoyando el mendigo su flaqueza,
el inútil camino humilde emprende,
y con mayor fiereza
la negra red el infortunio tiende.

¡Del prócer los estériles despojos
cuánta horrible miseria aliviarian!
¡Cuánto llanto secaran ¡ay! en ojos
que sólo á Dios sus lágrimas confian!
¡Cuánto amor cogerian!
Mas cierran sus alcázares las puertas
al infortunio, al mérito: y tan sólo
encuéntranlas abiertas
la gárrula lisonja, el sagaz dolo.

Diciembre 1845.

AL MAR.

APÓSTROFE DE LORD BYRON.

(ÚLTIMO CANTO DE CHILDE-HAROLD.)

Vírgenes selvas, costa solitaria
ofrécenme placer y arrobamiento:
libre de intrusa gente, ó de contraria,
música y sociedad junto al mar siento.
Amo á los hombres, pero más la vária
naturaleza: al universo, exento
de cuanto he sido y soy, me identifico;
ni callo lo que siento ni lo explico.

Tiende, tiende el oleaje azul-oscuro
por tus vastas llanuras ¡oceano!
de hierro, á domeñarte, y roble duro
mil flotas surcan tu extension en vano.

Su paso por la tierra mal seguro
señala en ruinas el poder humano;
mas su dominio cesa con la playa;
su bárbaro rigor aquí desmaya.

En tu líquido espacio toda ruina,
toda devastacíon es obra tuya:
de cuanta destruccion en tí maquina
el hombre audaz, queda no más la suya
cuando, gimiendo, cual burbuja indina
ó gota de agua que de lo alto fluya,
desparece ignorado en el naufragio
sin féretro, sin tumba, sin sufragio.

No en tus sendas su rastro se conserva,
ni halla en tus campos su codicia el precio:
álzaste y le rechazas. Su proterva
fuerza burlando, al cielo con desprecio
le arrojas: allá va entre espuma acerba,
clamando á Dios en alarido recio
que esperanza de un puerto no le vede;
mas tú en tierra le estrellas... ¡Allí quede!

Los bélicos aprestos que fulminan
truenos y rayos á los fuertes muros
de ciudades que en rocas predominan;
que con presentes males y futuros

de las naciones el reposo minan;
ó en los dorados tronos inseguros
que orgullosas metrópolis sustentan,
á los fieros monarcas amedrentan:

los leviatanes de hiperbóreo encino,
cuya estructura sólida y gigante
á su hacedor—de barro muy mezquino—
hace asumir el título arrogante
de árbitro de la guerra y tu destino...
juguete, nieve son: tu ola espumante
vuélvelos, como orgullo de la Armada,
ó cual despojo en Trafalgar, en nada.

Son tus costas imperios dilatados
do todo, ménos tú, sufrió mudanza.
¿Qué es de Asiria y de Grecia ponderados?
¿Qué de Roma y Cartago á ver se alcanza?
Libres ó de tiranos sojuzgados,
por igual los devasta tu pujanza.
Míralos en oprobio decaidos,
en áridos desiertos convertidos:

á férula extranjera abominable,
esclavos ó salvajes obedecen.
Mientras que tú, perpétuo, invariable
sino en las broncas olas que se mecen

jugando, miras que en tu faz instable
las arrugas del tiempo no aparecen:
tal cual la creacion te vió en su aurora,
tal te contempla el universo ahora.

Glorioso espejo, del Creador retratas
la faz: en furia ó calma, en fuego ó hielo,
sin linde ó fin, sublime te dilatas,
trono de Dios, de eternidad modelo.
Monstruos cria tu limo, que arrebatas
con ímpetu: obedécente con celo
las zonas todas; y de polo á polo
temido avanzas, insondable, solo.

¡Siempre te amé! De mi niñez delicia
era ir cual burbuja en tus corrientes,
y jugar con el onda que acaricia
ó se estrella bramando en los rompientes.
Grato era hasta el temor, si la malicia
te encrespaba del noto: en tus lucientes
crines, cual hoy, mi mano se enredaba,
y á tí, como hijo tuyo, me entregaba.

PRIMAVERA Y JUVENTUD.

¡Oh primavera, gioventú dell' anno;
gioventú, primavera della vita!

Cuando las auras de primavera
tras las fecundas lluvias de Abril,
tienden sus alas por la pradera
que ya perfuman esencias mil;
brinda natura paz y alegría,
presagia risa, y amor doquier:
si algun suspiro céfiro envia,
no es de amargura, es de placer.
Saltando el ave de rama en rama
que flores y hojas une precoz,
su venturosa suerte proclama
con ágil vuelo, con fácil voz.
El arroyuelo con blando arrullo
rosas y juncos besa al pasar,

y de los sáuces el vano orgullo
mira en sus claras linfas temblar.
  La alba en celajes de oro y topacio
manda á lo léjos vivo arrebol:
luego al sereno, cóncavo espacio,
lanza su carro fúlgido el sol.
  Todo sonríe: de la esperanza
todo lo anima la rica luz;
sin vaticinios de atroz mudanza
el año goza su juventud.

  Así discurre la edad florida
de dulces goces tras el iman,
sin que su curso plácido impida
cuidado insomne ó amargo afan.
  Su voz del ave la melodía
copia; la rosa pinta su tez;
la luz risueña del nuevo dia
presta á sus ojos la brillantez.
  Todo á su anhelo grato responde,
y de los gustos la ala fugaz
el mal que encubre, cauta le esconde,
brindando sólo vário solaz.
  De lo pasado la remembranza

no arranca al seno triste gemir;
ilustra el iris de la esperanza
la incierta nube del porvenir;
y en el presente firme mantiene
su trono de oro dulce ilusion.
Perenne siempre por eso tiene
su labio risa, fe el corazon.

¿Por qué al de Mayo florido campo
estío aplica pronta segur,
y huye la jóven edad, cual lampo
que en clara noche fulge hácia el Sur?
Si eterna fuese la primavera
y los floridos años tambien,
un paraïso el mundo fuera
que haría inútil el otro Eden.
Tal ser debian hombre y natura
sin la caida del triste Adan;
ésta brindando calma y ventura,
aquel exento de años y afan.
Mas al pecado del primer hombre
perdieron ambos su juventud;
de cano invierno súpose el nombre,
y andando vino la senectud.

¿Dónde habrá llanto de ojos humanos,
dónde de flores rocío tal,
que á llorar basten los soberanos
males que trajo el primer mal?

Sólo Dios pudo con su alta ciencia
el grano entre ellos sembrar del bien,
y tras la noche de la existencia
poner la aurora del santo Eden.
Dios, que del caos la luz suprema
supo á un acento solo sacar,
y del trabajo —rudo anatema—
hizo la fuente del bien brotar;
de la primera sentencia amarga
con que á natura y hombre afligió,
gran recompensa con mano larga
piadoso educe, de ambos en pró.
Si eterna fuese la primavera,
si eterna fuese la juventud,
ni otoño frutos ópimos diera,
ni honda experiencia la senectud.

JUNTO Á UN RIO.

Á DON ANSELMO DE LA PORTILLA.

¿Adónde vas, rio amado,
que de inconstancia movido
ó de ambicion empujado,
te alejas desacordado
de este campo florecido?
Hay ahora en tus orillas
huertos y chozas sencillas,
y ganados entre juncos:
despues, derrumbadas villas,
arcos rotos, puentes truncos.
Ya en pacible remanso
páres el corriente sesgo,
ya le sigas luego manso,
aquí te brinda el descanso,
allá te amenaza el riesgo.

Porque allá, en agrestes breñas
con ronco empuje te agitas:
te contrastan rudas peñas;
y mientras en triunfos sueñas,
esclavo te precipitas.
Ayer arroyo naciente,
hoy rio caudal y pronto,
mañana airado torrente,
siempre á las fáuces del ponto
llévaste en afan creciente.
Así con fortuna vária
é irrevocable destino,
sigue el mortal peregrino
hácia losa funeraria
el comenzado camino.
Eternamente marchar
fuése á entrambos dura guerra:
por eso es ley tutelar
que á él le sepulte la tierra
y á tí te devore el mar.
Si al que baña en olas fieras
aquellas cántabras rocas
do ví las luces primeras,
llevar pudieses enteras
las lágrimas que provocas;
yo te confiara mi llanto
y mis suspiros: tributo
aquel de una madre al santo

cariño, éstos vano fruto
de ausente patria en quebranto.
¡Patria! ¡madre! rica fuente
de ternura y bienandanza,
¿por qué de vos gimo ausente?
¡Ni de veros la esperanza
siquiera el alma presiente!
Como tú de estos lugares,
huyendo los patrios montes
aspiré á nuevos hogares,
á más dilatados mares
y á más anchos horizontes.
¡Pobre niño! Yo ignoraba
que del bien me despedia
y de la paz me alejaba;
que el huracan me seguia
y el naufragio me aguardaba.
De idéntica suerte fuimos.
En escondidas montañas
los dos orígen tuvimos:
despues regiones extrañas
insensatos recorrimos.
Uno de otro en la experiencia
escarmentar... Mas contemplo
que, orgullo ó insuficiencia,
nunca admite humana ciencia
de ajeno caso el ejemplo.
Marchemos, pues, sin cesar:

suframos en árdua guerra
el descanso hasta encontrar,
yo en el seno de la tierra,
tú en los abismos del mar.

APÓLOGO.

Vecina á una zarza aguda
linda rosa florecia,
y de envidia se moria
la maligna planta ruda.
Mas una tarde la rosa
muere al cierzo que la embiste,
mientras la zarza resiste
con firmeza milagrosa.
Así admira el universo
con fe que á su dicha incumbe,
cuán pronto el bueno sucumbe
y cuánto dura el perverso!

EL ÁRBOL VIEJO.

A DON RAMON I. ALCARAZ.

Tenaz la segur, mordiendo
el pié de encina robusta,
la derriba con estruendo
que el valle y el monte asusta;
y el leñador que contempla
del hacha el bárbaro estrago,
su arrepentimiento templa
quejas dando al aire vago.
—«Necesidad rigorosa
é interés aborrecido,
que el verde honor de la hojosa
floresta habeis abatido;
maldita la hora sea
que de codicia al arrullo,
cedí esta noble presea
del ciudadano al orgullo.

Allá, con bruñido afeite
ornará su regio techo,
ó de su mesa el deleite,
ó su voluptuoso lecho:
allá, al asiático lujo
creces dará en un palacio,
árbol que humilde redujo
su ambicion á breve espacio.
A sombrear nuestras cabañas
le plantaron mis abuelos;
fué amor de nuestras montañas
y encanto de nuestros cielos.
A su pié vivieron ledas
robustas generaciones
que habitan ahora quedas
las fosas de los panteones.
Bajo su sombra debia,
despues de afanes prolijos,
acabar la vida mia
y la vida de mis hijos.
Las aves que en él gorjeaban
con delicados primores,
ó en la rama edificaban
el nido de sus amores,
ya en agitacion y espanto
se albergan en rudo espino,
ó alzan el fúnebre canto
en el tejado vecino.

De la alegre primavera
cuando retornen las brisas,
viendo viuda esta ladera,
suspenderán sus sonrisas.
Las ventiscas del invierno
ante quien todo se encorva,
juzgarán su triunfo eterno,
pues nada su paso estorba.
Mas mi mano plantará
fresno que al cielo se encumbre;
sombra mejor nos dará,
más frescura y dulcedumbre.» —
Tan risueño vaticinio
el corazon le alboroza:
del hierro entrega al dominio
el amparo de su choza;
y mientra una mano dura
el árbol viejo destruye,
otra próvida asegura
nuevo que le sustituye.
Así en las revoluciones
de los tiempos, se estremecen
antiguas instituciones,
caducan, desaparecen;
á cuya sombra querida
pasaron nuestros mayores
de la transitoria vida
los gustos y los dolores;

y otras, en tanto, se encumbran
que el tiempo justo avalora.
Al fulgor con que deslumbran,
la humanidad se mejora;
y por el agrio camino
del mal, hácia el bien conduce
su perfectible destino,
que allá en lontananza luce.
Mas ¡ay! con honda tristeza
ven los avisados ojos
con qué profusa largueza
siembra ruinas y despojos.
La pena que el pecho asalta
de firmeza le desnuda:
la fé quizás no le falta;
mas le perturba la duda.
El temple mejor desmaya
al aspecto de una ruina,
por más que sobre ella vaya
brotando la nueva encina.
Nunca de sí desespere
la humanidad. Aunque en puro
culto el pasado venere,
tienda la vista al futuro.
Y el árbol viejo apartando,
cultive el nuevo, que avanza
en su sávia concentrando
el porvenir, la esperanza.

EL SUEÑO DE LA PROSPERIDAD.

No siempre despejado el firmamento,
cúpula de zafiro resplandece;
ni el ponto en cadencioso movimiento
por las tendidas playas se adormece.
Túrbase y oscurece
mudable el horizonte; la tormenta
que presagia la cándida gaviota,
en los mares revienta
y con estruendo el promontorio azota.

Admira el universo en ley alterna
bien y mal, desencanto y esperanza:
todo con firme cetro lo gobierna
versátil, mas fecunda, la mudanza.
Sube así á bienandanza
la abatida pobreza; así desciende
alcurnia ilustre á oscura muchedumbre,
y en el polvo se tiende
quien del poder caduco holló la cumbre.

Áun el mortal á quien ventura sobra,
á quien de paz sonríe cuanto cabe
en este golfo de eternal zozobra,
¿nunca una sirte receló do acabe
su portentosa nave?
¿Jamás sintió turbar su calma augusta
de inopinado mal áspero ceño?...
Pues al menos le asusta
la horrenda imágen en convulso sueño.

Tras luengo insomnio, necesario fruto
de dias de ocio y noches de placeres,
rinde al sueño el magnate su tributo
cuando la aurora, en vivos rosicleres,
de los alados seres
que alberga en frescas ramas la floresta,
la vista alegra y estimula el canto,
y en ropaje de fiesta
risueña cambia de la noche el manto.

En régia estancia, do la arabia goma
voluptüosa atmósfera produce
con el que espira enardecido aroma,
lámpara de oro tenuamente luce:
diáfano tul reduce
á misterioso espacio el rico lecho
do en muelle pluma y delicado lino,
disfruta satisfecho
prócer gallardo el sueño matutino.

Del rostro bello el clásico contorno,
del labio la entreabierta rosa pura,
del párpado y pestaña el suave adorno
que el ojo cubre en lánguida clausura,
todo la alma ventura
revela de aquel seno, que palpita
cual linfa clara al céfiro amoroso:
dijérase que imita
la dulce imágen del feliz reposo.

¡Oh dicha! ¡Oh bendicion! Mas de repente
su rostro horrible contraccion arruga;
tiembla el labio, encapota la ancha frente
y una ardorosa lágrima se enjuga.
Negro ensueño subyuga
su antes sereno espíritu; le abate
á horrenda sima, y con violento impulso
el corazon que late,
la ardiente sangre precipita al pulso.

Fraude sagaz con arte lisonjera
tiende la red en torno á la confianza;
de honores y riquezas se apodera:
de la miseria luego á ver se alcanza
el espectro que avanza,
y con rauda segur, como la muerte,
orgullo, bienestar, poder, renombre
en vil polvo convierte,
vivir dejando, para escarnio, al hombre.

¡Con cuánto afan estériles trabajos
mira pasar y cálculos prolijos!
¡Con cuánto horror contempla sus andrajos,
la flaca esposa, los hambrientos hijos!
Ante sus ojos fijos
la desnudez, el hambre, el abandono
las dulces prendas de su amor oprimen;
y con rabioso encono,
por última esperanza, abraza el crímen.

Un vértigo fatal allá le empuja,
y venga en sangre humana su martirio;
pero el remordimiento sobrepuja
la íntima voz de su mortal delirio.
Junto al fúnebre cirio
que á la víctima alumbra, del verdugo
la siniestra figura á ver acierta;
siente en su cuello un yugo,
arroja un grito horrísono, y dispierta.

Sus miembros palpa, que copioso moja
yerto sudor: los ojos vuelve en torno,
áun pavoridos de mortal congoja:
del lecho observa el conocido adorno:
ve el gracioso contorno
de risueños semblantes que le miran,
que disipando la postrera duda,
dulce calma le inspiran;
y en paternal sonrisa el susto muda.

¿Quién bastará á decir el gozo inmenso
del ya tranquilo pecho, que aún palpita
cual, tras fiera borrasca, el mar extenso
en remolinos túrbidos se agita?
¿Quién pintar'la exquisita
gratitud que al Excelso su alma rinde?
Mas pronto olvida el saludable aviso:
traspuesto el falso linde,
torna la tierra á serle un paraíso.

¡Oh caridad! Si quien miró severa
la faz del infortunio en sueño vano,
tus advertencias útiles siguiera
con franco pecho y generosa mano;
nuevo José, el arcano
del ensueño profético, en sublime
sentido interpretara,
y el que en miseria ó en angustia gime,
beneficios, consuelos cosechara.

¡Feliz quien de estos sueños al aviso
los bienes de la tierra en poco estima;
de fortuna el favor goza sumiso;
al caso adverso fortaleza arrima,
y el ánimo sublima
á esfera superior, do sin mudanza
perenne brota el manantial fecundo
de divina esperanza,
que de allá vino á confortar al mundo!

LA CAMPANA DE LA ALDEA.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

Cuando este humilde bronce en lentos giros,
del valle por los ámbitos difunde
acentos, cual suspiros,
que rambla ó encinar pronto confunde;
cuando esta móvil urna
que un niño agita con devoto celo,
en són piadoso por la paz nocturna
vierte cuanto divino hay en el suelo;

cuando la golondrina, habitadora
del campanario, vuélase al arranque
del bronce que la azora,
y el borde roza del vecino estanque;

ó la rueca dejando,
donde el hilado copo ya no brilla,
su responso á los muertos tributando,
la viuda de la aldea se arrodilla;

no á la voz de la torre la esperanza
alégrame del dia que despunta,
ni me aflige mudanza
del otro que á su término se junta:
no animan sus clamores
cuadros de verdes años, cuya gloria
guardan estas colinas entre flores
mustias que aún deshoja mi memoria.

No me recuerdan sueños infantiles,
ó, en vigorosa pubertad, vehemencias
de instintos juveniles:
no el trepar por las ágrias eminencias
extraviado: no el grito
de júbilo que el pecho allí lanzaba,
creyendo ser un bálsamo infinito
la brisa que en las cumbres aspiraba;

ni el bridon, alcanzado en la pradera,
bajo mi mano doblegando el cuello,
mezclando en la carrera
su crin sedosa á mi gentil cabello...

Bajo su planta ruge,
cual yunque herido, el suelo resonante;
y la yerba del valle en cada empuje
argenta con la espuma redundante.

De los dias que invierno me arrebata
con el bálago inútil y hoja seca,
y con la fama ingrata
— irrisoria ilusion, palabra hueca, —
en mi senda florecen
sólo aquellas, cual plantas no infelices;
mas si á las mias su perfume ofrecen,
no al corazon propagan sus raíces.

Guirnalda frágil de festin nocturno
que deshoja la envidia, ó la corrompe
el odio taciturno;
corona que en las manos se nos rompe,
que si á la vida trae
de una ilusion el turbador prestigio,
seca luego su flor prestada cae
sin que de ella la sien guarde vestigio.

Renuévase el recuerdo de aquel dia
en que al doble de extremo desconsuelo
que sigue al de agonía,
en llanto el valle, la colina en duelo,
en femeniles palmas
vieron dos veces féretro llevado
á encerrar en un túmulo tres almas,
en el umbral dejándome olvidado.

Desde la tarde al alba, de la aurora
á la noche ¡oh campana! tú, llorando
como mi pecho áun llora,
ibas nuestros sollozos imitando.
Aire y cielo al plañido
se unian, cual si céfiros y estrellas
tambien lloraran el amor perdido,
ellos de hijos y de madres ellas.

Desde que tu armonía y mi quebranto
de mi memoria uniéronse en el duelo,
y tu voz y mi llanto
un eco igual mandaron hácia el cielo,
creo que cuando gime
templado en fuego tu metal sonoro,
toca mi alma en unísono sublime
dedo de un ángel del celeste coro.

En sueño y en vigilia te acompaño;

habla de amigo tu clamor semeja:
ni dudo ni me engaño
si con otras mezclándose, tu queja
llega á mi experto oido:
pues tu vibrar persiste, áun si la apaga
del tábano el monótono zumbido
cuando en la calma de los bosques vaga.

Este errante suspiro y triste, digo,
que lleva de onda en onda el aire lácio,
soy yo, para conmigo
solo, sonando en el profundo espacio.
Yo sé lo que me dice;
él sabe lo que pienso, y un acento
que con las ánsias mias simpatice,
por el silencio trae ignaro el viento.

Antes de penetrar de fibra en fibra,
me digo, el corazon á estremecerme,
este són que así vibra
ya retumbó do mi pasado duerme.
Algo en él se descubre
del rimbombe que el domo antiguo llena:
el túmulo que allí mi amor encubre,
con su armonía lúgubre consuena.

No, pues, te asombre ¡oh niño! si cuando hace
tu mano que así me hable un bronce inerte,

mi alma se complace
en la mística voz fiel á la muerte:
ni si al primer gemido
que retumba en la bóveda, suspendo
el comenzado paso, y al oido
me habla la muerte idioma que comprendo.

¡Tú, sagrada bocina de tristezas,
á pregonar las penas inventada,
canta; que áun hay bellezas
en el gemir de un alma desgarrada!
Dé tu acento benigno
llanto á los ojos secos, á la fria
lápida un alma, á la oracion un signo,
y al callado sepulcro melodía.

Cuando toscos labriegos, tras raudales
de suspiros de mi alma á otras regiones,
mis reliquias mortales
lleven sin pompa á fúnebres mansiones;
cuando vulgar y frio
séquito de venales plañideras
mi ataud deposite en el sombrio
pórtico de más fúlgidas esferas;

si te agita piadosa mano entonce,
á nadie inspiren tristes sentimientos
los sollozos del bronce,
ni lágrimas mendigues por los vientos.
De fiesta la voz trae,
y sobre mi sepulcro alegre suena
con el feliz estruendo con que cae
en abierta prision rota cadena.

O imita el canto que la alondra entona
cuando el cierzo la azota en los rastrojos,
y el vuelo á mejor zona
del alba emprende á los matices rojos.
¡Cuán alegre gorjea!
De envidia la rival tribu enmudece:
ella, ligada al cambronal, rastrea;
y la alondra en los cielos desparece.

Noviembre 1869.

LA PRIMAVERA.

Á MARGARITA DEL COLLADO Y GARGOLLO.

Como escarcha en la yerba,
pasó el invierno en la templada zona.
De témpanos reserva
la rígida corona
para el volcan do eterno se pregona.

Mas en los valles nunca
muere todo el verdor: del arroyuelo
jamás el curso trunca
grillo de áspero hielo,
ni el sol en esquivez contrista el cielo.

Del agostado campo
más de una rosa en la extension descuella;
y con vívido lampo
de larga noche y bella,
recama el manto innumerable estrella.

Natura sin esfuerzo
avanza aquí, con generosa prisa,
desde el huraño cierzo
á la plácida brisa
que el imperio de Abril cercano avisa.

La que de Marzo al aura
brotó menuda yerba en la planicie,
con la lluvia restaura
lecho donde acaricie
grato sueño al cansancio ó la molicie.

Ya encorva los frutales
la abundancia, en espera del verano;
y las galas florales
que vistió más temprano,
áun guarda entre sus pomas el manzano.

Por las ramas del arce
la trepante liana se apresura;
y la orquídea resarce
con flores en hartura,
el sustento que el tronco le procura.

Pródigas de fragancia,
las rosas—pompa que devasta Mayo—
con igual arrogancia
de las albas el rayo,
de las tardes emulan el desmayo.

Áun antes de que rompa
la virginal magnolia su capullo,
vencido de tal pompa,
cambia el viento su orgullo
de suplicante amor en manso arrullo.

Óyelo, y la confianza
pierde el clavel, atado á mimbre pardo;
mas lega su venganza
al triunfo, no muy tardo,
de la casta azucena y blanco nardo.

La tierna pasionaria
del plúmbago ostentoso á la par medra:
la enredadera vária
con la amorosa yedra
del muro abraza la insensible piedra:

la diminuta alfombra
se agrupa junto al noble pensamiento;
y la viola en la sombra
busca retraimiento,
emblema de modestia y sentimiento.

Mientras valles y montes
con variedad de plantas reverdecen,
los limpios horizontes
dilatarse parecen,
y con luz renovada resplandecen.

Todo en torno revive
al penetrarse del calor fecundo.
Al soplo que recibe,
diríase que el mundo
más ágil flota en el azul profundo.

Miriadas de zumbantes
insectos por el aire se deslizan;
sus falanges brillantes
hoja y yerba matizan,
y en su cáliz las flores los hechizan.

En tanto á la canora
familia de las aves diligente,
fruta que apenas dora
madurez impaciente,
brinda manjar y gozo juntamente.

En la intrincada rama,
en el aire sereno, entre las flores,
la prolífica llama
de los castos amores
halla sin fin alumnos y cantores;

y en eminentes partes,
con solercia asombrosa construidos
sin enseñadas artes,
del viento remecidos
penden seguros los amados nidos.

La amable golondrina
que en el techo de claustro no lejano
—¡hoy mísera rüina!—
uno y otro verano
anida sin temor de aviesa mano,

ágil revolotea
rozando el terso lago; y en la orilla
luego alegre aletea,
remojando la arcilla
de que fabrica la mansion sencilla.

Conózcola en el claro
collar que pinta su gentil garganta,
en el gorjeo raro
con que á la aurora canta,
y en que á todas en Marzo se adelanta.

Miés de trigo amarillo,
del hórreo gozo próximo, se junta
al maíz que con brillo
en el surco despunta
donde rige el colono arado y yunta.

En la iglesia lejana,
el cántico de humilde rogativa
al par de la campana
resuena; y la votiva
procesion, del labriego la fé aviva.
. . . .

¡Oh estacion apacible,
mocedad de natura y su delicia,
de que el alma sensible
con ávida codicia
el recuerdo balsámico acaricia!

¿Qué falta á tus primores
sino el durar?... ¡Y no que tu fortuna
estío en sus ardores
tal devora, que aduna—
bárbara ley—tu féretro y tu cuna!

Fué así mi edad florida;
mas sin dejar en término cercano
mi esperanza cumplida,
como la tuya ufano
realiza en dignos frutos el verano.

Al deleite se arroja
necia la juventud: viento bravío
de flores la despoja;
y en su follaje umbrío
busca, y no halla provechos el estío.

Estéril el otoño
llega, y en pos más árido el invierno.
Empero, ¿otro retoño
darános Abril tierno?...
¡La nueva primavera está en lo eterno!

¡Feliz quien de la hormiga
imitando las útiles labores,
atesorar consiga
frutos, no vanas flores,
con que afrontar de Enero los rigores!

¡Beato el que se aleja
de las flores de Abril que el deleite abre;
y cual próvida abeja,
con las que el juicio entreabre
panal de ciencia y de virtud se labre!

Tú que del alma mia
eres íntimo afan, ánsia primera,
á quien prudente guia
materna consejera
por los pensiles de la edad ligera,

atenta sigue el blando
eco y ejemplo de la madre amada;
y en virtudes medrando,
y en buen saber lograda,
házte á la séria edad aparejada.

No cual otras mujeres,
soñando eterno este vernal follaje,
á fútiles placeres
tributes vasallaje,
al vano afeite ó al soberbio traje.

Así flor duradera
sobre robusto vástago eminente,
será tu primavera;
y en el cáncer ardiente
el fiero sol respetará tu frente.

Y yo desde mi ocaso—
region de melancólica ternura—
con júbilo no escaso
veré cuánta ventura
la rubia aurora de tu abril augura.

San Angel, Mayo 1870.

ESPERANZA DE LA VIDA.

Y dije con dolor: ¡Ésto es el hombre!
¡espíritu inmortal, materia inerte:
sombra y luz confundidas en un nombre,
que sólo puede segregar la muerte!
Brota del seno maternal gimiendo:
cual nace un rio, crece y se derrumba,
por tormentoso cauce va corriendo
á sumergirse en la forzosa tumba;
donde, harapo infeliz de su miseria,
sarcasmo de su fuerza y de su gloria,
abandona corrupta la materia,
como deja el metal la vil escoria.
Un dia nada más...y borrascoso:
una senda no más...y sus linderos
con turbio remolino polvoroso
borrando van los huracanes fieros.
Si á ver un hora de quietud acierta,
duerme sueño agitado el peregrino;
pero enemiga aurora le dispierta,
y sigue en llanto el áspero camino.

Esencia de la vida es la esperanza;
mas como poco las terrenas viven,
pronto el fijado término se alcanza
y en sus brazos las tumbas nos reciben.
Y allá vamos sin órden ni medida,
sin que penetre la razon más fuerte
ni el oscuro secreto de la vida,
ni el profundo misterio de la muerte.

Es la ventura como flor que nace
en aurora lluviosa del Abril,
y al cierzo de la tarde en lodo yace,
de aroma despojada y de matiz.
Quizás sus dulces ilusiones vanas
preludios de la eterna dicha son,
y pasan como ráfagas livianas
para avivar nuestra esperanza en Dios.
Despeñada por locos pensamientos,
versátil juventud busca el placer:
de fama el humo y de ambicion los vientos
solicita madura edad despues.
Distinto anhelo cada dia brota,
no seguido de esclava realidad;
y vierte el desengaño gota á gota,
todo el acíbar del atroz pesar:

y esas gotas al seno se deslizan,
heces dejando de amargor sin fin
que, veneno del gusto, tiranizan
de la razon la libertad feliz.
Fiebre es amor que en atractivo arreo,
al deliquio del alma une soez
deleite del sentido: su trofeo
menor el frio desencanto es!
Poco, áun siendo la tierra toda de oro,
fuera al empeño de codicia vil:
cuanto más acrecienta su tesoro,
sáciase ménos su esperanza ruin.
Aspira el odio á emponzoñar el viento,
la venganza al estrago universal;
y espina de feroz remordimiento
vuélvese de ambos la esperanza audaz.
Espectacion efímera doquiera,
doquiera el brillo de engañosa luz;
fuego fátuo que al hombre en su carrera
guia desde la cuna al ataud:
qne mientra el aura de la vida zumba,
allí se esconde, y se aparece aquí.
De una esperanza en otra hasta la tumba,
y siempre con dolor... ¡eso es vivir!

Pero hay una esperanza que á lo lejos
faro parece á orillas de la mar;
que destella sus fúlgidos reflejos
en medio de la oscura eternidad;
que olvida la materia abandonada
en los senos del cóncavo ataúd,
y al espíritu guia por la nada,
tras sí dejando refulgente luz.
Es la esperanza de las almas puras
que ponen siempre su esperanza en Dios,
y cae en las humanas amarguras
como lluvia en los campos sin verdor:
la esperanza del náufrago marino
que sobre el mástil cabalgando vá;
la del viejo y sediento peregrino,
perdido del desierto en la mitad:
pura como de un niño el pensamiento,
tierna cual de una vírgen la oracion,
sublime cual la calma en el tormento,
cierta, infalible cual la luz del sol.
Como áncora en el fondo del oceáno
de la existencia en la tormenta cruel,
á la infancia sostiene con su mano,
con su báculo corvo á la vejez.
Va arrastrando magnífica en el suelo
las orlas de oro de su manto azul,
y las estrellas le ornan en el cielo
la humilde frente con laurel de luz.

Acá tiene en la tierra su guarida,
y del sepulcro en la region tambien:
por eso es la esperanza de la vida
y la eterna esperanza del no ser.
El viento de la duda no menea
la antorcha que arde á sus desnudos piés;
mas quieto en torno suyo se recrea,
que es la antorcha sublime de la fe.
Brotan las ilusiones por do pasa,
cual los colores á la luz del sol
cuando del cielo por la oscura gasa
derrama apenas el primer albor.
Y se alza la virtud fortalecida
al rozarla su manto virginal,
cual la yerba doblada ó abatida
el brezo que la oprime al apartar.

Y eres tú, Señor Dios, esa esperanza:
tú, que pesas severo en la balanza
las horas de contento,
los siglos de dolor.
Eres del hombre en el vivir impío
la primera esperanza, tú, Dios mio;
¡la últíma esperanza, tú, mi Dios!

Mayo 1843.

EN LA IGLESIA DE...

Oigo brotar del órgano sonoro
puro raudal de mística armonía;
siento la ardiente inspiracion que envía
la santa religion.
Las bóvedas del templo se conmueven
al solemne fragor; arde el incienso,
y del coro levántase al Inmenso
profética oracion.

Un bálsamo en mi pecho se difunde;
puedo más libre respirar; mis venas
en blanda pulsacion agita apenas
de mi sangre el correr.
Mi alma á la sombra del altar se acoge;
grato frescor mi pensamiento orea,
y vaga en él la consolante idea
del Increado Sér.

¿Por qué será que el misterioso ambiente
que del templo los ámbitos recorre,
tan pronto el llanto de mis ojos borre,
y de mi alma el dolor?
¿Por qué será que al viejo peregrino
la sombra amiga de la aislada palma
seque, del dia en la abrasante calma,
de la frente el sudor?

Aquí está Dios, inmenso y poderoso;
aquí derrama su gigante sombra;
aquí la boca que con fe le nombra
halla tregua á su sed.
Aquí es su voz el órgano sonoro;
aquí una religion, como Él grandiosa,
su mano omnipotente y misteriosa
escribe en la pared.

Aquí luce la estrella de los tristes;
aquí la Vírgen del dolor me llama,
y de su aliento el bálsamo derrama
benigna sobre mí.
Como ella padeció, madre amorosa,
de mi amargo pesar se compadece.
¡Ah! por eso mi llanto desparece,
y mi dolor aquí.

Tú, que en la oscuridad de mi existencia

eres, Señora, luminoso faro,
desciende á mi profundo desamparo,
á mi hondo penar.
Yo acudiré á tu solitario templo:
yo aspiraré su brisa perfumada,
y aquí, en mi corazon ¡Madre adorada!
te elevaré un altar.

¿Con qué lengua decir, Vírgen sublime,
mi amor, mi adoracion? ¿Cómo la lira
con los ecos mundanos que suspira
tan alto amor dirá?
Jamás mi corazon tu amor confunde
con el amor ternísimo de aquella
madre, que llora en otra playa bella,
de ese mar más allá.

¡Oh flor del paraíso! en tu santuario
tu perfume adoré. Ruega ¡oh María!
por mí, cuando las tumbas dore el dia
de justicia y terror.
No mi sentencia temeré, si entonces
tu labio ¡oh Madre! ante el Señor me nombra;
si la escucho de hinojos, á la sombra
de tu materno amor!

Julio 1843.

CULPA Y PENA.

I.

Elí, Elí, lamma sabacthani?

¡Ya va á espirar! Y de la cruz en torno
donde su cuerpo al desgarrarse cruje,
Israel, como turba de leones
de la sangre al olor, se agita y ruge.
La sangre de Jesús sobre la roca
lentamente gotea:
baña el sudor su faz, donde áun negrea
el ósculo de Júdas; y su boca
que la nueva virtud humilde y santa
en sublimes parábolas vertia,
se cerrará, y su mística garganta
al tacto helado de la muerte fria.

Yerta está ya la mano milagrosa
que en los oscuros ojos luz ponia,
y vida en el arcano de la fosa:
yerto el pié que con bálsamo de nardo
ungió la Pecadora, y á la cumbre
del Gólgota despues ascendió tardo
de la cruz so la dura pesadumbre.

¡Ya va á espirar! Sus ojos tristemente
se fijan en la Madre dolorida,
del amado Discípulo en la frente:
súbito su mirada pavorida
vuelve en torno de sí; del desamparo
siente en redor el lúgubre vacío,
y su cerrado párpado humedece
una lágrima sola, y temblor frio
sus dislocados huesos estremece.

Vacila en tanto su gentil cabeza,
pálida como un astro moribundo;
por sus venas discurre con presteza
un desmayo profundo;
crujen sus dientes; árdese su pecho;
«la sed ¡ la sed! »... suspira,
lanza un gemido aterrador, y espira!
. . . .

Aquel gemido en la arpa y en la tumba

del bardo-rey fatídico retumba;
turba el Cedron, por el Jordan desierto
va á apagarse en el fondo del Mar Muerto.
Sin velo está el altar, sin luz el cielo;
se alzan los mares; chócanse las rocas;
rumores mil que espantan
retruenan por los huecos subterráneos;
y asoman por las losas que levantan,
los flacos muertos sus blanquizos cráneos.

Flota al viento en desórden, la melena
y la túnica pobre desgarrada
de una triste mujer, de faz morena
por torrentes de lágrimas surcada:
su silencio, su pálida figura,
su mirada sombría
revelan de una madre la amargura,
y atestiguan tan bárbara agonía.
Áun al pié de la cruz, esa postrera
flaca esperanza, en desengaños rica,
con amor acaricia en sus entrañas;
pero el grito del Hijo en sus pestañas
su lágrima postrera petrifica!...

II.

Necesse est enim ut veniant scandala: verumtamen væ homini illi, per quem scandalum venit.

MATH., CAP. XVIII, V. 7.

«No por mí derrameis amargo llanto;
»mas por vosotras, hijas de Salem:
»porque se acerca el dia de quebranto
»en que holgarán las vírgenes de serlo,
»las esposas estériles tambien.»

El polvo á lo léjos, cual grupo de nubes,
los límites borra del ancho sendero;
de carros y de armas estruendo guerrero
retumba, se acerca con áspero són.
Las máquinas crujen moviéndose tardas;
la bélica trompa la esfera ensordece;
cual muro doblado de bronce, aparece
en faz de batalla, romana legion.

Con ímpetu ciego las huestes arrolla,
los muros arrasa que opone Solima;
combate, destroza, al templo se arrima,
y arroja el incendio, que cébase en él.
Las ruinas, las llamas disputa el hebreo,
que el hambre extenúa y el odio sustenta:
ni peste, ni hambre, ni sed le amedrenta,
y lidia y sucumbe con rabia cruel.

Con pérfida mano la interna discordia
hermanos divide, los arma y azuza;
la envidia su oculto puñal les aguza,
lanzándolos torva á barbara lid:
y aquel que la peste y el hambre perdonan,
ó cae á los golpes de extraño ó de hermano,
ó dobla ante el fiero soldado romano
la fuerte rodilla, la libre cerviz.

Cual lobos hambrientos las calles recorren;
la sangre sus ojos, sus labios irrita;
ante ella el más fuerte de gozo palpita;
por ella combaten con ánsia y furor.
Las vírgenes yacen en polvo insepultas;
los flacos ancianos se tuercen y espiran;
las madres ahogan sus hijos, deliran
ó mueren sobre ellos con ronco estertor.

Más víctimas busca demente el sicario;

el can que le sigue, los cráneos quebranta:
crujiente el incendio voraz se adelanta;
milano y palomas sucumben al par.
  Despues en las ruinas humeantes, tranquilo
se sienta, limpiando la sangre, el soldado;
sobre ellas en triunfo pasea el arado,
y arrasa el impío, maldito lugar.

¡Jerusalen cayó! de su caida
áun el eco lejano nos arredra:
predicho fué que en la ciudad deicida
no quedaria piedra sobre piedra,

  Así serán destruidos
pueblos y hombres, cuya frente
la sangre del inocente
marque con sello fatal:
  jamás vivirán unidos
á otros pueblos ni á otros hombres:
mas irá unida á sus nombres
execracion eternal.

Y como el pueblo deicida
por el Cordero maldito
errante siempre, proscrito,
sin hogar y sin nacion;
agobiados por la vida
irán bajo el propio crímen,
sólo excitando, si gimen,
insultante compasion.

Abril 1844.

LA CRUZ.

SONETO.

Suena de redencion hora suprema
desde ántes de los tiempos decretada;
ya de Jehová no es rayo la mirada,
trueno la voz, el iris diadema.

De mansedumbre y caridad emblema,
en la cima del Gólgota sagrada
cual víctima se humilla: rescatada
ve Adan su prole al hórrido anatema.

El leño del patíbulo, do al mundo
abre Jesús los amorosos brazos,
es lábaro de lucha y de victoria:

rompe la muerte el cetro furibundo;
y al desatar los terrenales lazos,
recobra el alma su pristina gloria.

1855.

HIMNO.

Rompa mi voz en cántico sonoro,
como tras larga pena
brota el raudal de reprimido lloro:
y en tanto que serena
la noche, cielo y tierra y mar abarca,
y en sombras y en silencio los confunde,
y blando sueño ó tormentoso infunde
desde el libre mendigo hasta el monarca,
mi férvida plegaria se levante,
¡Señor! hasta ese trono de diamante.

Las alas dobla el pensamiento débil
cansado de admirar tu omnipotencia;
lanza gemido flébil
sumergida entre dudas la creencia,
cuando la humana ciencia
el ímpetu no doma,
y aspirando atrevida á comprenderte
de su soberbia al peso se desploma.

Y sólo la oracion, blanca paloma,
ingénua vírgen de mirar modesto,
llega á tocar la orla de tu manto,
llega á besar tu planta crëadora,
porque en éxtasis santo
humilde ruega y ciegamente adora.

Los astros luminosos,
los invisibles mundos
que surcan majestuosos
del espacio los ámbitos profundos;
los mares insondables
que en la móvil arena,
do su furia se enfrena,
precipitan las ondas perdurables;
los hervorosos montes
que en columnas de lava y de ceniza
revientan, y en rojiza
luz inundan los negros horizontes;
cuanto sublime en su fecundo seno
encierra la natura,
sombra de tu grandeza y hermosura,
mientras tu faz nos vela,
tu existencia, poder y amor revela.

¡Con cuánta fé mi espíritu se embriaga
en contemplar las obras de tu mano!
¡Cuánto á mi ardiente corazon halaga

de tu existencia el insondable arcano!
Amarte entre las sombras del misterio,
con un amor de inexplicable esencia,
grande cual lo infinito, que es tu imperio,
puro como la luz, que es tu presencia;
el alma levantar á las regiones
donde el querub ardiente se extasía,
surcando, absorta en místicas visiones,
del éter vago la extension umbría...
¡Inefable placer! ¡Cómo diría
mi adoracion á tí, si la palabra
torpe se arrastra en pos del pensamiento,
que cual rápida flecha, párte, vuela,
rasga la nube, hiere el firmamento!

De negra noche en la impalpable sombra
tu mirada penetra, y nada oculto
existe para tí, desde el inerme
imperceptible insecto, hasta el soberbio
leon que el sueño del descuido duerme.
Así en mi corazon, templo do suenan
los concentos del arpa en tu alabanza,
tus ojos ven cómo su centro llenan
la fe, la adoracion y la esperanza.

Todo en torno reposa. Entre los ecos
del rumor de las selvas que repite
la vóz sonora de los montes huecos,

y entre el murmurio de los tersos mares
que adormidos palpitan en la playa,
como de un pecho que al dolor desmaya,
oigo débil suspiro.
¡Voz de la humanidad que errante gime!
Del infortunio el aquilon la azota,
y resignada, en actitud sublime
levanta al Criador la frente rota.

Tú la confortarás, que eres amparo
del que en la tierra sin arrimo vaga,
y refulgente faro
al que en las ondas del dolor naufraga.
¡Mísera humanidad! Cual los torrentes
despéñanse con hórrido bramido
por ásperas pendientes,
y luego al extendido
Océano inmortal caen, se hunden
y en la extension salobre se confunden;
ella por la aspereza de la vida
rápida se derrumba
hasta el lóbrego abismo de la tumba:
la eternidad inmensa la circuye,
recíbesla en tu seno,
el alma te contempla ¡Dios del trueno!
y á la prístina paz se restituye.

¡Dulce creencia! Con su eterno influjo

reanima el corazon que á piedra inerte
la férrea mano del pesar redujo;
templa el horror de la terrible muerte,
y al grato amparo de sus alas de oro
el ánima reposa, mientra el sueño
seca en los ojos el amargo lloro!
Mi espíritu, Señor, en tí confia:
        con fé, con esperanza
        alígero se lanza
á la etérea region, y á tí se acoge,
bien como el ave, que al morir el dia,
        de sus plumas recoge
        la rica gallardía,
y en el materno nido se guarece
que el aura suave de la tarde mece.

AL ANGEL DE LA GUARDA.

(PARA UN DEVOCIONARIO.)

Angel, que en la oscura noche,
con santo y constante empeño,
amparas mi dulce sueño
bajo el ala de tu amor:
pues la luz del nuevo dia
toca y dispierta mis ojos,
ante tí caigo de hinojos
con gratitud, con fervor.

Tú apartas de mí y disipas
las terríficas visiones,
las impuras tentaciones
y el espíritu del mal.
Y en derredor de mi lecho

velas con afan prolijo,
cual vela el sueño de un hijo
el cariño maternal.

No porque en los claros cielos
el astro glorioso arda,
de mí ¡Ángel santo de guarda!
retires tu proteccion.
No: que del pérfido mundo
en el revuelto oceáno
naufragara, sin tu mano,
la virtud del corazon.

El vicio cubre con flores
la boca de sima horrenda;
nos guia por fácil senda
con dulce brazo el placer;
pero allí aguardan al hombre
la pasion desenfrenada,
el crímen de faz airada,
el infierno al perecer.

Si incauto mi pié un instante
al hórrido mal se inclina,
invisible me encamina
tu dedo al lado del bien.
Del ignorado peligro,
del dardo que Satan vibra,

mi cuerpo, á tu voz, se libra,
sálvase el alma tambien.

Ángel mio, no te apartes
de esta mísera criatura:
mi virtud marcha segura
si vamos juntos los dos.
Ni temerá el alma mia
volar, con tu amparo fuerte,
por la region de la muerte
hasta las plantas de Dios.

PANGE LINGUA.

(PARA UN DEVOCIONARIO.)

Del Cuerpo y de la Sangre el glorïoso
misterio ¡oh lengua! reverente canta:
al sangriento holocausto, generoso
el Hacedor del mundo se adelanta,
y, dulce fruto de un amor sublime,
al Universo mísero redime.

Nacido de una Vírgen sin mancilla,
á rescatar al hombre destinado,
de su santa palabra la semilla
esparció por la tierra, y terminado
dejó con órden inmortal, divino,
de su destierro el áspero camino.

Con los manjares que la ley ordena,
en medio á sus discípulos, cumplido

el precepto pascual y última cena,
en celeste alimento convertido,
por sus sagradas, poderosas manos,
el mismo Dios se entrega á sus hermanos.

Del incarnado Verbo la palabra
en CARNE el pan, el vino en SANGRE torna.
Si ante el misterio que la dicha labra
del hombre, el pensamiento se trastorna,
de la Fe basta el esplendente brillo
para afirmar el corazon sencillo.

Tan alto, sublimado Sacramento
veneremos con ánimo contrito:
de la antigua doctrina el monumento
ceda ante el nuevo, más perfecto rito;
y de la Fe el apoyo soberano
supla el defecto del sentido humano.

Bendicion, alabanza, reverencia,
salud, honor, aplauso, regocijo
tribute cuanto goza de existencia
al Padre Eterno, al Sempiterno Hijo;
y al que de ambos procede, reverente
culto y adoracion dése igualmente.

JESÚS.

Á DOÑA EMILIA GARGOLLO DE COLLADO.

Nonne hæc oportuit pati Christum,
et ita intrare in gloriam suam?

SAN LÚCAS, XXIV, 26.

Despojado de luz el firmamento,
rugiendo en quejas el salobre abismo,
la tierra en convulsion, natura toda
absorta ante el horrendo cataclismo,
anuncian se consuma el gran portento
que sobre todos los prodigios crece;
y un labio que alta inspiracion ampara,
al asombrado Areópago declara
que el Universo espira, ó Dios padece.

¡Ciega Salém! De Sinaí las tablas
á sabor de tus vicios interpretas;

por Fariseos hablas,
y los á tí mandados sacrificas.
Lapidadora antigua de Profetas,
¿cómo la culpa explicas
que al linaje de Adan mancha y oprime,
si á la expiatoria cruz niegas la mente,
que erigida del Gólgota en la frente,
al Universo mísero redime?

¡Error de muerte tus entrañas roe!
De David el salterio
no alegra ya las ondas de Silóe.
Tiénete el oro en duro cautiverio;
el sensual paganismo te contagia;
y de Ezechiel borradas las visiones,
nada á tu yerto espíritu presagia
que esperado Mesías
ya huella de Israel los pabellones,
y descifrando signos y figuras,
apropiándose humanas amarguras,
realiza el vaticinio de Isaías.
¡Salém! por eso en porvenir cercano
de tu garganta arrancará el romano
el lamento inmortal de Jeremías.

Bajo de un mismo cetro sojuzgada
la humanidad, tras lid desgarradora,
en vaga expectacion á toda hora

vuelve á los cuatro vientos su mirada.
Entonce en un rincon de Palestina,
el humilde Moisés de Galilea
promulgando vivífica doctrina,
la paz del alma y el consuelo crea.

Él beatifica la pobreza, el llanto:
ensalza la humildad: el tierno niño
al ángel equipara con cariño:
la mujer emancipa: el dogma santo
del derecho á los débiles señala;
y mientra á todos en su amor iguala,
Moralista, Profeta, Dios en suma,
traza en rasgos divinos
el orígen del hombre y sus destinos.

¿Qué maestro enseñó la siempre nueva,
trascendente doctrina, que así manda
amar al enemigo, áun en su furia,
como rogar al Padre respondiendo
al flagelar de inmerecida injuria?
¿Quién dió de caridad tan alto ejemplo,
y á la virtud tan célica fragancia?
¿Quién de fraternidad y tolerancia
zanjó en la tierra el admirable templo?

Es su lenguaje extraña melodía,
sencilla y poderosa:

ni del génio de Grecia procedia,
ni del arte de Roma portentosa.
El solo nombre de Jesús encierra
tesoro de ternura y poesía
que no cabe en el tiempo ni en la tierra.
Inventado en los cielos, de los mundos
penetra la extension, allí fulgura
por toda eternidad, y con fe pura
en torno de su gloria indeficiente
la adoracion erige sus altares,
la elevada razon en él se afianza,
y por siglos y siglos á millares,
el áncora será de la esperanza.

Tal es, Salém, el Dios que con prolijos
suplicios ya tu insensatez provoca,
su sangre sobre tí, sobre tus hijos,
llamando impía con blasfema boca.
Pudo burlar tu afan, como en su enojo
pudo romper los diques del diluvio
y secar los abismos del Mar Rojo;
pero á su obra divina consagrado,
el rayo de su fuerza encadenado
yace al pié de su cruz; y muerte, oprobio
aceptando del hombre que le abruma,
del hombre al fin la redencion consuma.

¡Creador! ¡Redentor! ¡Padre dos veces!

¿Cómo podrá elevarse el pensamiento
de gratitud al justo rendimiento
que por tu inmensa abnegacion mereces?
Por tí con largas creces
la criatura el perdido Eden recobra;
de la copa del mal vierte las heces,
de gozo y bendicion en frutos sobra.
Los grillos del error y del averno,
gran Regenerador, tu diestra rompe;
y con libre conciencia,
sin sangriento holocausto,
en incienso de amor, en inexhausto
culto puro, tu grey te reverencia.

Cumplióse el asombroso
decreto inescrutable: de la tumba
renaces glorïoso!
¡Víctima y triunfador! doquier retumba
el son de tu victoria;
y sus himnos jocundos
estremecen de júbilo los mundos
y los cercos eternos de la Gloria.

En tu suplicio y triunfo
fenece el mundo antiguo, el nuevo empieza;
cumplida con insólita grandeza
en la Sïon terrena tu justicia,
en la Sïon celeste ya propicia

reina tu paternal misericordia;
y de la crëacion en el gran templo
siempre ¡oh Cristo! será, será tu ejemplo
la clave de esperanza y de concordia.

Marzo 1869.

EN LA MUERTE DE MI HERMANA.

(LEIDA EN LA ACADEMIA DE SAN JUAN DE LETRAN.)

Del alba las neblinas,
de la tarde las nubes
álzanse á las esferas cristalinas.
Tiende hácia allá el espíritu su vuelo:
allá ¡santa oracion! temblando subes;
allá tornan alegres los querubes:
que es patria de los ángeles el cielo.

I.

Éraslo tú. Reverente,
junto al trono de diamante,
entre celestes escuadras
himnos de amor entonaste.

Opaco el sol, á tu frente
no osaria compararse,
ni á la albura de tus alas
la vía láctea brillante.
Quizá tu acento escuchando,
volvió á tí el celeste Padre
la luz del rostro amoroso
donde las auroras nacen:
y tú, en amor abrasada,
ráudo el vuelo desplegaste
y descendiste, dejando
íris por huella en los aires.
Te envió el Criador al mundo
á que de paz fueras ángel,
y te llamó arrepentido
otra vez á sus umbrales.
Refulgente metëoro,
nuestro tugurio alegraste;
pero envidiosa borrasca
te arrebató por los aires.
Fuiste cisne que en la noche
orillas de un lago cae,
y con las luces del alba
deja allí una pluma, y párte.
¿Qué mucho ¡ángel caido!
que junto al Señor tornases,
si él es de las almas centro,
si él es iman de los ángeles?

Poco en el patrio, ondisonante rio
duró tu imágen, ave pasajera.
Fuiste cual ténue perla de rocío
en oriental ladera:
ni un vestigio en la arena de la vida,
velada ya por vespertina bruma...
Disípase tambien desconocida
en las playas la espuma.

II.

Conmigo un recuerdo vive
que sin cesar me atormenta,
que todas mis horas cuenta
por siglos de padecer.
Recuerdo que mi alma torna,
con la hiel que en ella vierte,
indiferente á la muerte
é indiferente al placer.

Recuerdo de una esperanza
y de una patria perdida,
y de una madre querida
que acaso tambien perdí.

Y hélas ahí todas juntas
que en mi mente se levantan,
que el corazon me quebrantan,
secando la vida en mí.

Fué ¡oh niña! la postrer hora
de un negro, tremendo dia;
yo abandonaros debia,
y estábais allí las dos:
tú de una madre á los pechos
que por su hijo lloraba...
Yo en el beso que te daba
decia á mi madre: ¡Adios!

Pobre niña, que antes eras
de nuestro hogar embeleso
y ángel agora, aquel beso
¡fué el último que te dí!
¿Será tambien á mi madre
aquel ¡adios! el postrero?
¿Se abrirá el sepulcro fiero
para ella ó para mí?

Al menos con morir tú no vertiste
de destierro y ausencia el doble llanto;
no fué tu vida, cual la mia, triste;
fué un ensueño, aunque breve, encantador.
Tu cuna y tu sepulcro la inocencia
unió con lazo de virgíneas flores;
no probaste del mundo los favores
ni la dulce ponzoña del amor.

III.

Serías ¡oh niña! hermosa
como un pimpollo al abrirse
sobre el cáliz de una rosa;
como una perla preciosa,
el nácar al dividirse.
¡Y cuánto al morir más bella
que al desparecer el dia,
ó al apagarse una estrella!...
Porque al morir, la bujía
lumbre más viva destella.
¡Oh! tan apuesta hermosura
sólo el Creador mereció:
por eso á la tierra impura
el mismo Dios te robó
para su morada pura.

¡Niña! es verdad que en la vida,
negro infierno sin salida,
nos abre la juventud
na senda maldecida
que nos cierra el ataud:
es verdad que en la niñez
muriendo en serena calma,
llevamos fresca la tez,
el corazon sin doblez,
y pura hasta el cielo el alma.
¿Empero quién secará
el llanto de los que viven?
¿Quién á sus ojos dará
la luz que ya no reciben
y á Dios caminando va?
Díme, niña, ¿nuestro duelo
quién podrá agora calmar,
si falta tu sol al suelo?...
¡Oh! ¡desde lo alto del cielo
vela sobre nuestro hogar!
Y cuando vuelva el Señor
el rostro amoroso á tí,
intercede con fervor
por los padres de tu amor,
y por tu patria, y por mí.

Por tus padres y hermanos intercede;
por tu patria, que es noble y desgraciada;

por mí, que tengo el alma desgarrada
y ya sin esperanza el corazon:
por tus padres y hermanos, que inocentes
sufren sin murmurar de sus destinos;
por tu patria infeliz, cuyos caminos
de lágrimas y sangre todos son.

IV.

Yo todo lo perdí. Quizá á los mios
jamás dado me sea retornar.
No los veré por los inviernos frios
juntos en torno del tranquilo hogar:
nunca entre voces de armonía vária,
mas gratas por igual al corazon,
oiré, elevando mística plegaria,
del paternal acento el grave són.
Yo todo lo perdí. Ni por consuelo
orar puedo en tu losa sepulcral,
que de mi patria en el distante suelo
azota turbulento el vendaval.
Sólo me queda un corazon marchito
que oprime entre sus garras el pesar;
un porvenir en ánsias infinito,
y unos ojos cansados de llorar.

Pero tú, del Señor en la presencia,
tienes la eternidad en torno á tí.
¡Oh niña! entre los dos ¡cuál diferencia!
¡Ruega, ruega por mí!

Febrero 1843.

ELEGÍA.

> Pieno era 'l mondo de' suo' onor perfetti
> allor che Dio per adornarne il cielo
> la si ritolse: e cosa era da lui.
>
> PETRARCA.

Héme ya en medio al postrimer retiro.
El augusto silencio no interrumpe
sino ahogado sollozo, ó el suspiro
en que afligido el corazon prorumpe.
Negados ya mis ojos
al apacible bálsamo del llanto,
desfallecido de mortal quebranto,
en su losa de hinojos,
estatua de la angustia, me levanto.

¡Oh muerte, inexorable ejecutora
de las tremendas iras del Eterno!

Tu rápida segur mueves traidora
de la dolencia pálida en lo interno,
en el hálito impuro
del contagio mortífero que aterra,
en el carro sangriento de la guerra,
en el nublado oscuro
que el rayo abriga y la tormenta encierra.

¡Y nada logra detener tu saña!
La juventud, la ciencia, la hermosura
iguales siega tu feroz guadaña;
y la noble virtud tampoco dura.
¡Horribles pensamientos!
Retoña en dias la maldad tan sólo;
triunfa el perverso; cada nuevo dolo
prolonga sus momentos,
y extiende su poder de polo á polo.

Y tú, madre bondosa, ángel humano,
de los tuyos ornato y alegría,

sucumbes de la vida en el verano,
cual sol que muere en la mitad del dia.
¿Qué el ánimo sublime,
qué pudo la luz rica de tu mente,
la gracia amable, la virtud prudente?
¡Nada el cuello redime
de la fatal segur, sobre él pendiente!

Allí está: vedla allí. Hondo martirio
aja su faz, sus huesos descoyunta:
con tierno afan en su postrer delirio
las caras prendas de su amor pregunta.
En torno de su lecho
pálidas, mudas, congojosas giran;
sus ojos no las ven, aunque las miran;
mientras ellas, deshecho
en llanto acerbo el corazon, suspiran.

Con el incendio de la fiebre lucha:
rebusca el lecho su convulsa mano;

en su garganta el estertor se escucha...
¡Qué silencio!...¡Gran Dios! ¡Todo es ya vano!
La pavorosa alcoba
al grito dolorido se conmueve;
y, en tanto de esperanza la luz breve
un sepulcro nos roba,
en el Oriente el sol su antorcha mueve.

¡Iman de nuestro amor! Pura tu alma,
como un suspiro hácia el Señor se aleja;
de la inmortalidad coge la palma,
y en amargura, en orfandad nos deja.
¿Qué se harán los usados
á tu voz, á tu ejemplo, á tus caricias?
De su hórrido tormento son primicias
dias de luz privados,
y seco el manantial de sus delicias.

En vano atruena el fúnebre lamento
la mortuoria mansion: no el alma torna

á ocupar el vacío monumento
que de belleza terrenal la adorna.
Indiferente el orbe,
no suspende su curso conmovido;
y en el espacio piérdese el gemido,
como esta cripta absorbe
de mi dolor el lúgubre alarido.

Cual sáuce melancólico, mi frente
se inclina en su sarcófago de roca,
y la quietud del vespertino ambiente
turba mi acento que su sombra evoca.
Mas de un suspiro flébil
el eco ténue bajo el mármol zumba;
súbito por las bóvedas retumba,
y ante mi vista débil
surge su imágen de la amada tumba.

Tú, que de mi niñez en los azares
me fuiste guía y maternal amparo;

bálsamo del destierro en los pesares,
de juventud en las borrascas, faro...
¿A dó subes? ¿Adónde
tú espíritu yá libre se remonta?
Cual astro que tramonta,
en la insondable eternidad se esconde
y la presencia del Creador afronta.

Sí: de sus manos que los orbes rigen,
tu alma brotó, y el Universo alegra;
relámpago fugaz, torna á su orígen,
y crece noche solitaria y negra.
El angélico gremio
te acoge en la mansion de bienandanza;
allí tu fe la recompensa alcanza,
tu caridad el premio,
y el lauro inmarcesible tu esperanza.

¡Ay de los tristes que en el valle amargo,
de cosecha de lágrimas opimo,

juzgan el curso de su vida largo
de tu materno amor sin el arrimo!
Do su faz se convierta,
hallarán perdurable tu memoria;
doquier vacío, ó deleznable escoria,
y la tierra desierta
de ilusion, de esperanzas y de gloria.

Mas en los brazos de la mar lejana
la moribunda frente el sol reclina,
y al través de la gótica ventana
miro lucir la estrella vespertina.
De tu espíritu un rayo,
para acercarse á nuestra desventura,
baja al astro de amor en noche oscura,
y en tétrico desmayo
convierte nuestra bárbara amargura.

De allí en afan solícito, perenne
sobre tu prole infortunada vela,

del nocturno silencio en lo solemne
entre el mundo y la nada centinela:
allí aguarda la hora
que trasmute la carne en pudredumbre,
para guiar á la serena cumbre,
do tu espíritu mora,
los afligidos nuestros con su lumbre.

En tanto llega el suspirado instante
de seguirle en el piélago zafíreo,
tu plegaria con ala fulgurante,
revestida de fé, surca el empíreo.
Ante el excelso trono
derrama de su cáliz el perfume,
y hácia las almas que tu amor consume,
de Dios el justo encono
tornar en blanda compasion presume.

Ella lo alcanzará. Su aroma es santo;
grande la religion que, mientra al suelo

deja un cadáver que regar con llanto,
intercesor un ángel manda al cielo.
Sin ella, en el suplicio
la flaca humanidad, huérfana, viuda,
solitaria, famélica ó desnuda,
á la sima del vicio
corriera, ó al abismo de la duda.

Mas tú ¡Señor! con gran misericordia,
entre la vida y la eternal ventura
vínculo indisoluble de concordia
pusiste en la oracion, en la fe pura.
Por él á los que guarda
la eternidad en éxtasis divino,
en espíritu se une el peregrino,
cuyo débil pié tarda
del desierto del mundo en el camino.

Bendita sea ¡Creador! tu mano
que hiere cuando ama, y con la muerte

renueva los destinos del humano,
hollando al débil, abatiendo al fuerte;
que del dolor terreno
á la criatura el correctivo aplica;
cual oro en el crisol, la purifica,
y á tu paterno seno
la sube luego en recompensa rica.

Allí la madre que lloramos, vive
de tu amparo beatífico á la sombra;
la corona de luz su sien recibe;
son las estrellas de sus piés alfombra:
ante ella pasan raudas
de los siglos las olas multiformes,
y giran los cometas con disformes
resplandecientes caudas,
describiendo sus órbitas enormes.

De beatitud tan inefable ¿cuándo
para nosotros sonará la hora?

El frágil globo en soledad dejando,
al Eden que su espíritu atesora
alzaremos el vuelo,
como águila gigante que desdeña
el tosco albergue en la nativa peña,
y las auras del cielo
y los rayos del sol á hollar se enseña.

En tanto de la vida los abrojos
siega la parca, sorda á mi demanda,
lágrimas da ¡Señor! á nuestros ojos;
resignacion á nuestros pechos manda.
El fúnebre delirio
arranca del espíritu agitado,
¡Señor! y quede el corazon llagado
por el rudo martirio
de este inmenso dolor purificado.

Mayo 1855.

EN LA MUERTE

DEL EXCELENTE POETA

DON MANUEL CARPIO.

To native dust now wastes the mortal frame,
and nought survies the poet but his fame.

BECKINGHAM.

¡Ley forzosa es morir! El tiempo crudo
toda materia vil en polvo torna;
y con igual segur corta la parca,
en giro eterno y mudo,
el cuello del pastor y el del monarca.

Mas la huesa do el vulgo se confunde,
sima de olvido es: mientra en la tumba
do el saber, la virtud ó el genio se hunde,
crece mayor su nombre,

sobra á la envidia ruin su justa fama,
y la inmortalidad su gran renombre
sobre siglos y cielos encarama.

Noble cantor, de cuya infausta muerte
el mexicano suelo se lamenta
(tan usado á rigores del destino
que en él la copa de infortunio vierte):
tú, robado al fragor de la tormenta
para la calma del Eden divino,
pagaste á tiempo el natural tributo.
Queda á tu patria tu radiante gloria,
á la tierna amistad perenne luto,
y á la virtud dulcísima memoria.

Del sacro númen que tu acento anima
cuando, de edades bíblicas vestigio,
del Gólgota recuerda el gran prodigio
ó el terrible escarmiento de Solima;
la fatídica frase que del muro
en el festin de Babilonia emerge,
ó el mar que se abre, y en su centro oscuro
ira y poder de Faraon sumerge:
del himno hermoso, en que á tu patria bella
proclamas reina de la indiana zona
ó el ingente volcan pintas, que de ella
la indescribible majestad corona:
de cuantos versos en raudal sonoro

tu rica inspiracion al viento esparce,
México guardará como un tesoro
la dulce remembranza; y con tristura
contemplará, en tu humilde sepultura,
mudas las cuerdas de tu lira de oro.

De sus valles floridos en los ecos,
de sus lóbregas grutas en los huecos,
en sus montes y selvas seculares
retumbará el murmurio de tu gloria,
mientras pura, sin mengua,
siquier conserven mexicanos lares
de España noble religion y lengua.
Mas si el pérfido amago
que tu patriota corazon temia,
tras luengos años de discordia impía,
de sangre y llama entre revueltas olas,
trae el imperio aciago
de extraño culto y habla...
tu gloria ¡buen cantor! náufraga tabla,
se acogerá á las playas españolas.

Dios sabe el porvenir. De sus misterios
nada la humana prevision atina:
tórnanse ricos reinos cementerios;
surgen vastos desiertos á naciones;
una raza sucumbe, otra domina;
ciegas, empero, dóciles legiones,

todas van á un designio, oculto y sabio;
y el índice de Dios las encamina.

Tal lo escuché del inspirado labio
del vate, cuya fama no rehusa,
su silencio letárgico rompiendo,
cantar ahora mi doliente musa.

Útil ciencia y difícil profesando
con tierno corazon y mano franca,
no de su pecho la quietud arranca
de oro codicia ó ambicion de mando:
ni incienso de lisonja en los salones
quemó del prócer opulento, altivo,
ni aduló de la turba las pasiones:
iguales fueron en su amor activo
alcázar regio y mísero tugurio;
y con la diestra generosa, que era
de la salud del cuerpo fausto augurio,
de su lira severa
arrancaba las graves melodías,
que del alma, en el mundo pasajera,
suavizan las mortales agonías.

Pero mi débil voz y el rudo canto,
de su valor no digno,
sofoca y vence desbordado el llanto.
De redencion el venerando signo,

que del poeta ampara los despojos,
manda que al cielo la amistad convierta
confiado el corazon, tristes los ojos.
Mientra en la tierra, de placer desierta,
tejen las patrias músas su corona,
mi espíritu allá sube;
y sobre el arduo monte y densa nube,
sobre el tropel de rutilantes astros
que á los piés del Eterno se amontona,
con entusiasmo férvido columbra,
cuál de justos el gremio,
á do su ardiente caridad le encumbra,
discierne al bardo el suspirado premio.
Su espíritu la eterna ciencia alumbra,
y en la arpa del querube
torna á vibrar su armoniosa nota
que el soplo de la muerte dejó rota.

Febrero 1860.

EN LA MUERTE

DEL GRAN POETA

DON GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.

PARA SU CORONA LITERARIA (4).

¡Musa de la elegía!
Sobre el excelso monte
que por do asoma el dia
limita el horizonte,
alzarse miro en el nocturno espacio
tu pálida figura;
suelto el cabello y lacio,
que recoge en la sien la flaca diestra;
mal ceñida la parda vestidura,
y en la mano siniestra
el arpa de las graves melodías
que, del aura al insólito quejido,
cual de Memnon la estatua, da un gemido.

De la olímpica cima,
del Capitolio lejos,
huyendo Coloseos, Parthenones,
y griegos campos y latinos mares,
¿qué te llama de Ocaso á las regiones?
¿Qué buscas en los índicos aduares?

Si de la edad helena las memorias
llorar te place en dulce apartamiento
ó del romano mundo las historias,
la virgen vastedad de sus sabanas
el áureo mundo de Colon te brinda:
de la pagana antigüedad las glorias
egregio mauseolo
y mortaja y hoguera,
propias de sus estirpes de Titanes,
tendrian en la indiana Cordillera
y en la toga glacial de sus volcanes.

Pero del arpa eólia
y del ausónio número olvidada,
tu labio, noble Musa,
los blandos tonos usa
de habla de aquellos troncos heredada.

¡Ay! que el luengo suspiro,
del patrio duelo la incesante queja,
cual eco de dolores sin respiro,

divulga hasta en la paz de mi retiro,
tu voz, que opreso el corazon me deja.

De aquella, un dia escándalo del orbe,
grande nacion, hoy lástima de Europa,
que raudales de sangre y llanto absorbe
y apura del dolor la amarga copa,
¿qué vendrá que no suene á desventura
ó tremendas catástrofes no anuncie?
¿Ni qué grandeza en la ganada altura
habrá, que el ser caduca no denuncie?

Cuando el quicial del mundo
en vuelo furibundo
sacuda el huracan del exterminio,
sólo la destruccion, genio iracundo,
conservará su bárbaro dominio.

Así ¡oh mi patria! en la comun derrota,
así de tu fortuna en el derrumbe,
cuanto bueno en tí brota
brevemente sucumbe.
Niobe de las naciones, con encono
la adversidad te hiere;
y en suplicios prolijos,
lo mejor de tus hijos
bajo el diluvio de sus dardos muere.

No há mucho, del sepulcro en el silencio
húndese, como rio en oceáno,
aquel raudal de gracias soberano
que igualó á Plauto y eclipsó á Terencio:
despues, el que estremece
la popular tribuna en su elocuencia
y con ceño arrogante
calma ó encrespa el foro á su talante,
sucumbe al rudo afan de la existencia;
y ahora, en la radiante
pléyada de la hispana poesía,
ocúltase un gran astro,
dejando sólo en la tiniebla fria
de su pasaje luminoso el rastro.

Ni pudo ¡insigne vate! el peregrino
ingenio y ciencia y anhelar sublime
plazos lograr al fúnebre tributo...
No: de Iberia que gime
entre augustia y terror, estrago y luto,
ya tu estro divino
no el dolor calmará con nuevo fruto.

¿Quién, como tú, del *dia del Otoño*
las tristezas sintiendo,
pintó la aspiracion santa, infinita,
en que el alma se agita
de la edad al otoño descendiendo?

¿Quién cantó como tú, las emociones
del generoso corazon do hierven
de Libertad y Patria las pasiones?
¿Ó el yerto desencanto que en la mente,
como fiero vestiglo,
al cabo surge en la contienda ardiente
que es la llaga y orgullo de este siglo?

Siglo de la materia giganteo
domeñador, pero en moral pigmeo:
Ícaro-siglo, cuya altiva ciencia,
al mundo espiritual llamando á juicio,
de Dios y el alma analizar la esencia
presume, ó, dado á crapuloso vicio,
niégalos con sacrílega insolencia.
¡Feliz quien, como tú, la rica herencia
de la pristina fé, salva en la lucha
y en cuyo labio el Universo escucha:
Dios y la humanidad son mi creencia!

Así pudiste, con la regia pompa
de la homérica trompa,
desde el morisco alcázar de Sevilla,
cantar ¡oh vate! de *las Dos Españas*
la historia-maravilla,
láctea-vía de triunfos y de hazañas.

¡Qué copia de laureles!

¡Qué nombres venerandos!
Marías, Berenguelas, Isabeles,
y Pelayos, y Alfonsos, y Fernandos;
Muzas, Abderramanes y Almanzores!
Éstos, entre victorias y esplendores,
derramando en los góticos dominios
de la conquista la sangrienta copa:
aquellos, con prodigios singulares,
reconquistando en lides seculares
la libertad, la religion de Europa;
y luego, hallando estrecho
á tanta gloria el conocido mundo,
con indomable pecho
los arcanos rompiendo del profundo,
para doblar al fin con arte y guerra
las lindes del saber y de la tierra!

La historia es un gran crímen...
Dura verdad ¡poeta!... eterna acaso.
Siquiera, cuando entre ásperos abrojos
ramo abundante en flor se ofrece al paso;
cuando nuestra laceria
cubre fúlgida gloria,
el alma, resignada á su miseria,
se aviene triste á la terrena escoria.
Mas si, caidos de la excelsa cima,
nos contempla la mente
en la profunda sima

de la afrentosa humillacion presente,
¿qué término ó consuelo un alma pura
hallará á su vergüenza y amargura?

¡Sólo morir! Patriota, así moriste
con las heridas de tu España herido,
con las tristezas de tu España triste;
y pensador profundo, en la postrera
hora, tu alma sincera,
perdido el ideal del entusiasmo,
dudó si son, la Libertad quimera,
la Igualdad democrática sarcasmo.

¡Libertad! ¡Democracia! Monstruos feos,
ídolos sanguinarios, ministriles
de bastardas venganzas y deseos,
cuando con torpe arrojo
en el molde los funden de su antojo
turbas ignaras y ambiciosos viles:
númenes bienhechores,
de holocausto y amor merecedores,
cuando en el Aventino
impolutos fulguran sus altares,
ó en las plazas y pórticos de Grecia,
ó en los riscos de Helvecia,
ó del hijo de Penn en los hogares;
cuando ministros son de su dominio
Washington, Tell, Arístides, Virginio....

¡Washington! En su seno
las virtudes más nobles anidaron.
«Padre» nuevas naciones le aclamaron,
y grande y liberal...porque fué bueno!
Los pueblos que sus máximas áun rigen,
en paz, en libertad, en opulencia
florecerán, envidia al orbe, en tanto
prosigan dignos de tan alto orígen:
y durará la imarcesible gloria
del honrado caudillo y grande hombre,
áun más que la espumante catarata
cuyo ruidoso nombre
por edades y mundos se dilata.

Perdona ¡oh vate! si al dolor presente
huyendo con placer, la fantasía
remónta de los tiempos la corriente
y pára el raudo vuelo
en el próspero suelo
donde erigió, sin crímen ni desmanes,
la libertad el estrellado solio...
De España el nombre allí por tus afanes
escuchó con respeto el Capitolio.
Perdona, si al suspiro
de flébil elegía, unir presumo
la entonacion robusta de la oda:
á suspender aspiro
con el pomposo canto

que á celebrar grandezas se acomoda
y triunfos y despojos,
el que afluye á mis ojos,
para regar tu losa, amargo llanto.

¡Mas ay! de tu sepulcro me dividen
valles y montes, playas y oceános;
y en vano dónde yacen, me pregunto,
tus despojos humanos.
¿Honran tal vez los campos cortesanos
que el indigente Manzanares riega?
¿Guárdanlos, como en pérsica alcatifa,
los cármenes floridos de Granada,
al pié de aquella joya inimitada,
vision de artista, ensueño de Califa,
Alhambra de los silfos fabricada?
¿Reposan de Sevilla en los pensiles,
so el dosel de azhares
de aquel eterno tálamo de Abriles,
en torno desplegado
del milagro del arte, que áun contemplo
en el espejo fiel de mi memoria,
arábigo alminar, gótico templo?

¡Poeta! aunque tu historia
trajo á temprano fin contraria suerte,
no sació en tí su saña:
do quier descanse tu ceniza inerte,

la alberga con amor tierra de España.
¡Cuántos ¡ah! cuántos que arrastró la ola
del destino á las rocas de la ausencia,
do el amor de la patria se acrisola,
más que se envidian fama y opulencia,
esa te envidiarán tumba española!

De ella, bien como suele
entre vapores de borrasca negra
brotar el arco-íris, que los aires
con la señal de la esperanza alegra,
entre las sombras de la muerte adusta,
de tu inmortalidad surge la aurora,
cual la verdad, augusta:
como ella, de la envidia vencedora,
se eleva, refulgente de arrogancia,
sobre el olvido, el tiempo y la distancia.

Reposa, tras la lucha y el quebranto,
en tu ilustre sepulcro de poeta;
duerme, cantor-atleta,
cantor sublime y campeon de cuanto
venera España de glorioso y noble,
ama la humanidad de bueno y santo:
y si en las cumbres de la eterna vida,
si en los espacios de la eterna fama
una nota, siquier desvanecida,
suena del himno que inmortal te aclama,

oye, acoge benigno
el eco débil de mi rudo canto,
aunque de tí no digno,
y al desterrado trovador consiente
que, entre suspiros por la patria ausente,
difunda tu memoria
por estos valles que corona el Ande,
y con su vale postrimero mande
paz á tus manes, á tu nombre gloria.

Octubre 1875.

LUTO Y GLORIA.

AL 2 DE MAYO DE 1808.

Fall'n nations gaze on Spain; if freed, she frees...
BYRON.

I.

Radiante de justicia y arrogancia,
de argolla la cerviz emancipando,
ejemplo al Universo fué la Francia
generosos principios proclamando.
Virtud, saber y libertad en ruina,
vorágine de sangre, luego absorbe;
turba odiosa de monstruos la domina,
y es el terror y escándalo del orbe.

De genio y de fortuna alto portento
la plebe, harta de excesos, ya refrena:

las aras reconstruye, al regio asiento
se encumbra, y da á su patria áurea cadena.
Mas su hidrópica sed de mando y tierra
nueva lid ambiciona; y ¡grande hazaña!
pérfido aliado, su puñal de guerra
clava en el seno de la inerme España!

II.

Allí, Mántua, allí están esos verdugos
que ansían, ya depuesto el fingimiento,
tus miembros en las cuerdas del tormento,
tu augusta independencia destrozar.
¡Guerra y execracion! Su sangre toda,
sus palpitantes miembros uno á uno,
vierte y desgarra; y que la sangre goda
junta con la del franco, acrezca el mar.

¡Guerra, Madrid! Ya empuñan las doncellas
el hierro vengador, y los ancianos:
no por débiles tiemblan, no, sus manos;
de cólera crisparse las vereis.
—«Venid, lobos de allende la montaña,
»chacales de los bárbaros desiertos:
»sí, venid al olor de nuestros muertos;
»mas de matar ó de morir teneis.»

Ensordece el fragor de la contienda,
y nube de humo denso embarga el cielo.
¡Cuánto de sangre, y lágrimas, y duelo
arrostra la metrópoli infeliz!
Héroes sin cuento irritan, y alimentan
víctimas grandes del francés la furia:
colosos de heroismo, allí se ostentan
dos mártires, Velarde y Daoïz.

Mas sucumben al número. No llores,
Mántua, de tus campeones la memoria:
si tuyo fué el revés, tuya la gloria;
del galo el triunfo y el oprobio fué.
Ensancha el corazon á la esperanza:
la sangre derramada de tu seno
en negras ondas de letal veneno
del déspota extranjero baña el pié.

Gota á gota despues sobre su frente
caerá, cual maldicion que Dios le arroja:
ya en su imperial orgullo le sonroja;
el laurel de sus triunfos secará.
Cunde doquier horrísono alarido
con que la fama apela á la venganza:
descuelga España la mohosa lanza;
fulgura el hierro entre sus manos ya.

Álzase con impulso de gigante

desde Calpe al riscoso Pirineo;
tira al gaula felon el noble guante,
y estalla el rayo de la guerra atroz.
  Lidia y vence. Los cráneos enemigos
por copas de festin levanta España;
todo el incendio de su justa saña
extingue en sangre de invasor feroz.

  Sobre enemigos huesos en montones
reposa ¡oh patria! Bélicos trofeos
te abandonan, huyendo, las legiones
que la fortuna coronó doquier.
  De su despecho suenan los bramidos
al compás de tus cantos de victoria;
y se eclipsan los astros de su gloria,
las cumbres de Pirene al trasponer.

  ¡Paz al vencido! A lástima provoca
su luenga expiacion y el cautiverio
en que, moderno Encélado, á una roca
del mar etiópe le sujeta Albion,
  cuyo oleaje, tumultos y batallas,
gemidos le recuerda, y sangre, y ruina:
cáncer lento, alma y cuerpo allí le mina;
espira allí de la tormenta al són! (5)

III.

Duerme en eterna paz, pléyade insigne
de mártires modestos, cuyo nombre,
por más que hazaña tanto al mundo asombre,
grata posteridad ignora aún.
«¡España, Libertad!» en el infausto
combate, os fueron lábaro precioso,
y estímulo de Iberia el holocausto
á la difícil salvacion comun.

Grande el coloso y en pujanza fiero,
mayor le respondió vuestra osadía:
no opuesto escudo de templado acero
quebró el orgullo de su lanza impía;
no: que desnudo el pecho y la cabeza,
sin peto y sin almete, en la estacada
para embotar su indómita fiereza,
pecho y cabeza dísteis á su espada.

Vengados sois. Dormid sueño de gloria,
digna corona de la heróica lid;
del tiempo triunfará vuestra memoria;
dormid, dormid!

IV.

Tiende ¡oh Dios! tu mirada protectora
sobre el mísero pueblo de Castilla.
Despunte ya la suspirada aurora
que con la luz de la esperanza brilla,
y el porvenir colora.

Mira tan noble grey, sierva ú opresa,
el látigo sufriendo de un tirano,
ó de extranjeros enemigos presa:
sus culpas mide, sus virtudes pesa,
y ampárela tu mano.

Con abundante sangre de sus venas
cobró la libertad que tú la diste;
volvieron á anudarse las cadenas,
y ella á hozar del oprobio las arenas,
esclavizada y triste.

Tiendes por fin la diestra bendecida,
y escribe en nuestros fastos la esperanza
con letras de oro nueva ley de vida,
y con rasgos de sangre una venganza
de tiranos temida.

¡Libertad, libertad! Libre es el viento
que bulle de la selva en el ramaje;
es libre del salvaje el pensamiento;
y desde el alto, diamantino asiento,
Dios bendice al salvaje.

¡Libertad, libertad! Bajo las palmas
planta sus libres tiendas el beduino:
superiores á él, vínculo indino
no apoque el que redunda en nuestras almas,
aliento numantino.

¡Libertad, libertad! Si acaso un dia
propio tirano ú opresor extraño
la frente huella de la patria mia,
y por fuerza brutal ó astuto engaño,
esclavitud la envia,

otra vez luto y gloria ¡Señor! dános,
luto y gloria otra vez; y si la suerte
nos niega su favor, abre tus manos,
y lanza á los abismos de la muerte
á esclavos y tiranos.

Mayo 1842.

ODA Á ESPAÑA.

Recobra ¡oh lira! el fervoroso acento
que, rico de armonía,
del puro amor el blando sentimiento
en dulces cantos modular solía.
Alta, solemne voz por la sombría
bóveda del espacio se difunde,
y al alma llega en delicioso halago;
¡patria! retumba por el éter vago,
¡patria! en los ecos de los montes cunde.

¡Oh sacrosanta idea,
de heroismo y virtud engendradora!
En contemplarte el alma se recrea,
cuando la angustia de la ausencia llora.
¡Oh patria! ¡Oh madre España!
Desde el fondo del vasto continente,
premio á tu grande hazaña,

hoy vestigio infeliz de tu grandeza,
buscan mis ojos el remoto Oriente;
se inclina mi cabeza;
mueve la inspiracion mi labio rudo,
y en cántico de triunfo te saludo.

¿Qué lengua habrá que diga,
cuna de los antiguos paladines,
de tus proezas ínclitas la historia?
Del mundo los confines
áun recuerdan medrosos tanta gloria.

Despeñados apenas
del África tostada á las arenas,
los abatidos restos de la luna;
propicia la fortuna,
juzgando el orbe á tu arrogancia estrecho,
el genio de Colon á tus piés rinde:
y un piélago al surcar desconocido,
el navegante audaz busca atrevido
al español dominio nuevo linde.
El sol le ve pasmado:
el huracan su aliento de tormenta
reprime encadenado;
depone el mar su turbulento orgullo
ante el regio pendon de las Castillas,
y abren sus ondas con sonoro arrullo
fácil camino á las hispanas quillas.

¡Salud, héroes, salud! A la árdua cumbre
vuestro arrojo y constancia os arrebatan:
de asombro mudo, el Universo mira
renovada su faz; ya de la ciencia
los términos fecundos se dilatan;
la religion sus lindes engrandece;
la patria fama hasta los cielos crece!

¡Salud, héroes, salud! De vuestra huella
lánzase en pos á los extensos mares
muchedumbre de impávidos guerreros.
¡Adios, campos iberos!
¡Adios, paternos lares!
Pálidas de terror y de agonía,
con inútil porfía
cércanlos ¡ay! las madres españolas:
su mísero lamento
disípase en el viento
y en el bramido horrendo de las olas.

De América las vírgenes riberas
miran temblando las cortantes proras
de aquellas naves fieras,
que del preñado seno, atronadoras
vomitan muerte, destruccion, estrago.
No, empero, al duro amago,
de sus tribus guerreras
dóblase humilde la cerviz altiva;

que en larga lid y con marcial coraje
el hacha del salvaje
más de un jinete exánime derriba.
Que el Azteca, y el Inca, y el de Arauco,
cuantas naciones de indomables bríos
el mundo pueblan de Colon, con ríos
de propia sangre y extranjera inundan
el teatro inmortal de sus hazañas:
ni más fácil victoria
cumpliera á la alta gloria
y al insigne valor de las Españas!

Y en tanto que la fama
de México y del Cuzco por el orbe
con resonante aplauso se derrama,
mostrando un hemisferio
sumiso al cetro del hispano imperio;
de la vencida Europa
en la revuelta arena,
el gran triunfo de España tambien suena;
y donde quier la garra formidable
extienden sus impávidos leones,
con ímpetu bizarro
la victoria, ostentando sus blasones,
lanza el crujiente, sanguinoso carro.

Así en opuestas zonas,
¡oh Iberia! crecen para tí laureles,

y de sus montes brindan los verjeles
inmarcesibles palmas y coronas.
Así tu fuerte mano el cetro rige,
y de un mundo le tiende al otro mundo;
en ley tu augusta voluntad se erige,
y ambos la acatan con temor profundo.
La virtud, el saber, bajo el amparo
de tu eminente solio resplandecen,
cual luminoso faro;
y en venturosa alianza
ensálzante las letras que florecen,
y las artes que anima tu alabanza.

Mas ¡ay! que de la pérfida fortuna
rápida gira la voluble rueda,
y de las glorias prístinas ninguna,
sólo un recuerdo venerando queda!
De la estrella de España envidïoso,
el claro sol oscurecióse en ira;
y en voz que atruena la celeste cumbre,
clama, suspensa al desusado acento
de los astros la inmensa muchedumbre:
«¿Será que eternamente
»los rayos de mi faz resplandeciente
»bañen de luz el español dominio?
»¿Será que para España no tramonte?
»¿Que el trueno, precursor del exterminio,
»no turbe de su gloria el horizonte?

» Harto de esa nacion esclarecida
» iluminé los triunfos portentosos;
» harto se alzó su prepotencia erguida
» sobre tierras y mares procelosos.
» ¡Astros! cesad, cesad: no más benigno
» Castilla sienta el favorable influjo;
» prevenid el maligno
» que en Roma y Grecia asolacion produjo,
» y á ludibrio del orbe las redujo.
» No sea que esa raza de gigantes
» escale nuestro asiento soberano,
» é imponga á nuestras frentes rutilantes
» el yugo del dominio castellano!»

Dijo: y al punto la fatal discordia,
la sacrílega tea sacudiendo,
sobre España, feroz se precipita:
siguen su paso el fanatismo horrendo;
la envidia, que sus víboras agita;
la ominosa traicion, bajos los ojos;
y áun mal despierto, el ocio que se place
de la mesa del rico en los despojos.

¡Horror, execracion! De sangre un lago
la contienda civil vierte primero:
bajo el hierro cruel del extranjero,
despues un mar de sangre se derrama.
En vano lidia y brama

el rampante leon de las Castillas,
y estremece en horrísono rugido
de los remotos mares las orillas!...
Como en fragor extraño,
por subterráneo empuje sacudido,
el suelo se conmueve; bambolean
las enormes montañas; de sus cauces
levántanse los rios contrastados;
y de la tierra á las abiertas fauces
las torres y las cúpulas que ondean,
descienden repentinas
con largo estruendo y polvorosas ruinas:
así del godo imperio
que formidable doma
uno y otro hemisferio,
la soberbia grandeza se desploma.

¿Quién de los astros contrastar presume
la adversa voluntad? ¡Oh patria! En vano
en heróicos esfuerzos se consume
tu valor sobrehumano!
Cedes por fin al bárbaro destino,
y tu manto real desgarran crueles
los que adoraban tu blason divino,
los que rendian á tus piés laureles.

Tú magnánima, empero,
majestad respirando y entereza,

bañada en sangre generosa y pura,
alzas al cielo la gentil cabeza,
sublime en tan inmensa desventura.
Mudo el labio, severa la mirada;
en la siniestra mano
el pendon castellano,
rota en la diestra la fulmínea espada
y el pecho ya desnudo
poniendo al hierro vengativo, agudo...
tal te contempla el enemigo bando,
y ceja con asombro
tu glorioso infortunio respetando.

Y qué ¿tan dura suerte
irrevocable es ya? ¿De tales glorias
sólo quedan estériles memorias?
Y de tu brazo fuerte
la indómita pujanza,
¿no renace siquiera en esperanza?
¡Domadora de monstruos y naciones!
La misma sangre que en el seno hervia
de tus nobles campeones,
arde en tus anchas venas todavía.
¿Y sumergida en lánguido desmayo,
sucumbes al dolor, mísera España,
mientra el orin empaña
el victorioso acero de Pelayo?

No: que el rigor del bárbaro martirio
ya el letargo convierte en ira justa.
Del sol de libertad á la vislumbre
tu antiguo brío se renueva y crece,
cual de encina robusta
que troncha el rayo en la fragosa cumbre,
la nueva pompa en el abril florece.
Del esplendor pasado
en la hermosa, indeleble remembranza
tu espíritu se nutre y acrecienta:
empuñas ya la ponderosa lanza;
el bruñido pavés tu brazo ostenta;
mientras la rica luz de la esperanza,
que serena en los cielos la tormenta,
baña tu rostro, y con pujante brío
clamas audaz: «¡El porvenir es mio!»

Y lo será: que el suspirado instante
de tremolar triunfante
tu gloriosa bandera,
se acerca, se apresura
del tiempo edaz en la veloz carrera.

Mas de la noche oscura
el velo hácia el Oriente se ilumina;
ténue claror fulgura,
cual de alba purpurina
que al sereno horizonte se avecina.

Súbito en rojo incendio se colora
el vasto firmamento,
cual yerto polo en boreal aurora:
de un círculo de fuego se desprenden
ráfagas giganteas, que se extienden
hasta los fines del inmenso espacio;
dentro de él, sobre nubes de topacio,
que ora semejan bélicos adornos,
pendones y trofeos,
ora extrañas figuras, de contornos
fantásticos y espléndidos arreos,
se alza glorioso y refulgente brilla,
por invisible mano sostenido,
el pabellon triunfante de Castilla.

En reverente pasmo,
ante el gran espectáculo me postro,
y prorumpo con férvido entusiasmo:
« Alienta ¡oh patria mia!
» que el apacible dia
» de tu ventura asoma en lontananza:
» abre á su nueva luz los dulces ojos,
» y el noble corazon á la esperanza.
» Tu diadema de abrojos
» arranca de la sien, y la apercibe
» á lauros mil de inmarcesible gloria;
» risueño el porvenir te los previene,
» y sus sangrientas palmas la victoria.

» Adereza tu rica vestidura
» y tus sandalias de oro,
» y con gentil decoro
» cuelga á la nívea espalda el regio manto;
» propicio ya el destino,
» el curso pára del mortal quebranto,
» y con afan benino
» á los pueblos del mundo te presenta
» libre, feliz, temida y opulenta. »

Esta dulce esperanza de mi vida
que el corazon sostiene y fortalece,
¿cuándo mis ojos la verán cumplida?
Quiera, vencido á mi impaciente anhelo,
el lento paso de las tardas horas
apresurar el compasivo cielo.
Cumplirse ¡oh patria! tan felice suerte,
de gozo el seno rebosando, mire;
y adoraré la mano de la muerte,
aunque de tí en apartamiento espire,
y aunque del cuerpo inerte
que de los años al rigor sucumba,
guarde los restos extranjera tumba.

1853.

Á ZORRILLA.

(LEÍDA EN UN CONVITE DE AMIGOS AL INSIGNE *POETA*.)

De las agrestes rocas do mi cuna
el cantábrico mar meció estruendoso,
arrojóme á estas playas la fortuna:
por vez primera el corazon medroso
en ellas palpitó; de esta laguna
mi primer llanto perturbó el reposo,
y cuando al goce el alma se entreabria,
ya el pesar del destierro la oprimia.

Cuántas ¡ay! de amargura eternas horas
á las fauces del tiempo se empujaron,
de mi salud y esfuerzo vencedoras.
¡Cuántas nocturnas lágrimas surcaron,

y áun surcan, mis mejillas incoloras!
Memorias de mi patria aquí quedaron;
doquier las hallo, y cuanto más las miro,
más me inflamo en su amor y más suspiro.

El habla rica de mis padres suena
con majestad solemne ó dulce halago;
de españolas proezas está llena
de América la faz; al aire vago,
en las torres del templo, en el almena
del alcázar, que áun burla el rudo estrago
de los siglos, fulgente la cruz brilla
que sublimó las glorias de Castilla.

Bajo este cielo diáfano y risueño;
en estos campos donde Abril reside,
y con diversas flores halagüeño
las estaciones plácidas divide;
donde las auras lánguido beleño
espiran; donde el astro que preside
al nocturno silencio, al sol iguala
en claridad, en hermosura y gala;

en estos climas do natura ostenta
su mágico poder, ya en dulce brisa,
ya lanzando en los aires la tormenta;
ora del íris muestren la sonrisa,

ora el fulgor del rayo que amedrenta,
de mi patria una imágen se divisa;
revive España aquí: yo triste, empero,
de mal de ausencia entre recuerdos muero.

Por eso de mi lira los pristínos
acentos consagré á la patria ausente,
y mezclóse á mis versos peregrinos
de ternura y de afan lágrima ardiente;
por eso de tus cánticos divinos
la inefable armonía hirió mi mente:
en raudales de excelsa poesía
ensalzabas tu tierra, que es la mia.

Cristiano y español, ¿quién no admirara
de tu genio el prodigio soberano?
¿Quién, si gime tu musa, no llorara,
árabe cisne ó trovador cristiano?
Doquiera la fortuna, harto ya avara
de eclipsar el renombre castellano,
tus inmortales trovas desparrame,
quien te admire hallarás, te admire y te ame.

El valor del hidalgo; la apostura
de la dama gentil; las tradiciones
de más inculta edad, aunque más pura;
el choque de católicas legiones

que tras sangrienta lid, áspera y dura,
de Isabel tremolaron los pendones
en las morunas torres de Granada
y en la Alhambra, de genios fabricada:

la altivez de sultana granadina;
el último suspiro del rey moro;
del muslímico imperio la rüina,
que áun hoy arranca al africano lloro;
los cármenes risueños, la divina
vega, do mueve el Darro arenas de oro:
cuanto tu musa prodigiosa canta,
más de tu gloria el pedestal levanta.

Salve, genio feliz, que, en raudo vuelo
abandonando los paternos lares,
huellas triunfante el mexicano suelo!
Es fama que de América los mares
y el que los cubre portentoso cielo,
para escuchar atentos tus cantares,
sus olas y sus vientos acallaron:
¡tanto el sagrado númen respetaron!

Canta, insigne *rawí:* es tu destino,
los tesoros del canto prodigando,
lauros y amor sembrar en tu camino.
Canta, que, en tus canciones recordando

la dulce patria á que me arranca el sino,
irá el dolor su furia refrenando.
Así del infortunio el torvo ceño
de la esperanza olvídase en el sueño.

Yo, cisne ausente á la nativa orilla,
tus cántigas conservo en mi memoria:
como recuerdo de amistad sencilla,
guarda mi corazon toda tu historia;
cuando en los anchos horizontes brilla
una ráfaga nueva de tu gloria,
torna la admiracion mi labio mudo,
y en resonante aplauso te saludo.

Prosigue audaz tu espléndida carrera;
lleva de tu arpa de oro el dulce encanto
desde do nazca el sol hasta do muera;
y si pura amistad alcanza á tanto,
¡ay! cuando tornes á la playa ibera,
llévale, envuelta en el luciente manto
de tu oriental, soberbia poesía,
una lágrima, triste á fuer de mia.

Enero 1855.

Á DOÑA SALVADORA CAIRON

EN LA OVACION DE LOS ESPAÑOLES

AL ACTOR DON JOSÉ VALERO.

¡Gloria al arte divino
que, el estrago de vicios y pasiones
reproduciendo en cuadro peregrino,
da á la virtud estímulo y ejemplo!
De sus grandes alumnos á los dones
ya la inmortalidad prepara el templo;
mientra en vida su mérito proclama,
por distintas regiones,
con bronces y con mármoles la Fama.

Gloria á tí, bella actriz, que en el nocturno
espectáculo admira un pueblo absorto,
de lo sublime respirando el aire,
ora calces el trágico coturno,
ora ensayes el cómico donaire.

Subida en la árdua cumbre
del arte, sus secretos dominando,
conmover ó agradar es tu costumbre;
y en éxtasis terrible ó goce blando,
tener suspensas de tu voz las almas,
émula y compañera
del grande actor, por quien la escena ibera
florece en lauros y redunda en palmas.

Viniste á recordarnos cómo suena
de España la grande habla,
que en un dia llegó á ser ¡oh amarga pena!
de su grandeza náufraga la tabla.
A enseñar has venido,
delicia del proscenio,
cuánto supera el natural ingenio
al buen ejemplo y al estudio unido.

Aunque mezquino premio,
ven ya, y recibe este sencillo lauro,
no en el Tajo crecido ni en el Dauro,
en que el hispano gremio,
de un pueblo hermano circuido en torno,
de aplauso y triunfo el símbolo te ofrece.

De tu sien para adorno,
doquier céfiro mece
la rama que las artes galardona;

pero al cogerla so los patrios soles,
no olvides, no, que en apartada zona
la admiracion de ausentes españoles
puso esta flor en tu inmortal corona.

Setiembre 1868.

ODA

EN LA INAUGURACION DEL FERRO-CARRIL ENTRE PUEBLA Y MÉXICO.

Á DON MANUEL PEREZ SALAZAR.

¡Te admiro al fin, benéfico portento
de la humana invencion! Tú, de natura
dominando á placer el vasto aliento,
que en breve tubo encierras,
con la celeridad del pensamiento
traspasas mares y traspones sierras!

La eterna catarata
que, en curso irrevocable,
por la escala del tiempo se arrebata,
con alba de victoria
del error las quimeras desbarata;
y despunta con gloria
época, en que la fábula se cumple
que sirvió de crepúsculo á la historia:

Sísifo empuja la pesante mole
y en el vértice agudo la sujeta;
corona Prometeo sus afanes,
raptor feliz de la celeste lumbre,
y orgullo de Titanes
de Olimpo huella la sagrada cumbre.

Ved burlada la cólera del rayo;
su esencia, sometida á mensajera
de la palabra, en admirable ensayo.
Ved al vapor, cometa de esta esfera,
surcar los asombrados continentes:
allá tendidos golfos,
acá supera cumbres eminentes.
Ved cómo de las rocas al abismo
desciende, con las máquinas que turban
del oro ansiado el secular quietismo.

Ni de los aires la region se libra
de la industriosa intrepidez del hombre:
arrebatado por flotante globo,
siente en sí conmoverse toda fibra,
siente el alma elevarse en dulce arrobo!

¡Oh! del genio al poder, á la constancia,
no hay obstáculo, término, distancia.

Contemplaban los ojos há un instante

la metrópoli augusta de los lagos,
coronada de limpios horizontes;
como odalisca en flores y entre halagos,
guardada en cerco de celosos montes.
De los yertos volcanes á la diestra,
el sol por el sereno azul subia:
un Niágara de luz, de amor en muestra,
por el risueño valle repartia;
y su amante mirada, cual la nuestra,
en maravilla tanta detenia,
cual repugnando proseguir el vuelo
que le derrumba de Occidente al cielo.

Atrás fueron quedando
del Tepeyác el risco milagroso,
tanto al devoto pecho venerando;
las que erigió el Tolteca,
pirámides egipcias—tumba ó ara;—
el hondo valle, do el mayor caudillo
la rota de fatal noche repara
con victoria y laurel de eterno brillo;
Tlaxcala que, entre cerros, el encono
y el probado ardimiento disimula;
al pié de informe, verdinegro cono,
la sagrada Cholula;
granjas, aldeas, lomas y planicies
en agave inebriante y mies opimas;
y en sucesion de extensos panoramas,

campos que el Cáncer agostara en llamas
sin el frescor de las nevadas cimas.

Hénos donde la ascética hermosura,
los encantos felices
de que ufana blasona,
á pesar de sus hondas cicatrices,
del Atoyác la mártir amazona
con imponente majestad despliega:
hénos, entre espectante muchedumbre
que inusitado júbilo congrega,
sonriendo con íntimo alborozo
de un porvenir sereno á la vislumbre,
de una esperanza renaciente al gozo.

¡Salud, turbio Atoyác, índico Alfeo!
Tu valle antaño fué risueña Arcadia;
y en lo mejor de tu gentil rodeo,
lampo del arte de Murillo irradia.
Mas como el mundo ya fortuna ó lauros
al pincel no discierne ó dório metro,
tú la paleta y el rabel sonoro
depón: anhela al provechoso cetro
de la ruda materia;
y ensanchando tus cauces,
industria mande tu fecunda arteria
del Pacífico mar hasta las fauces.

Apenas la campiña que recorres
alegra nuestra vista, la gloriosa
ciudad prorumpe en atronante salva;
y el sacro bronce, en las antiguas torres,
del nuevo porvenir saluda el alba.

Hénos aquí por fin—¡momento fausto
que enlaza de dos pueblos los hogares!—
ofreciendo purísimo holocausto
del trabajo y la paz en los altares.

Dos ciudades gemelas,
prez de la indiana zona,
con vínculo mayor unirse miran,
y en noble emulacion, de hoy más aspiran
del progreso á la sólida corona.
¡Himnos al grato evento!
De un pueblo los afanes galardona
que, de quietud y bienestar sediento,
sólo de la esperanza á los auspicios,
de oro y sudor previene sacrificios.

Porque de libertad blasona en vano,
si enerva civil guerra su grandeza;
si esqueleto de mísera pobreza
le ase tenaz con descarnada mano;
si, laborioso enjambre
en la vasta colmena de naciones,

miel sabrosa no lleva, fruto propio
de sus nativos dones,
de los comunes bienes al acopio.

Cada conquista en la empezada empresa
del trabajo los triunfos asegura;
del fuego de la guerra una pavesa
mata, y el reino de la paz augura.
Raïz de la ventura,
pan del pobre, solaz del opulento,
bendicion de la patria y la familia,
la paz divina con fecundo aliento
el derecho, el deber fácil concilia,
dura labor y plácido contento.

El suspirado instante se apresure;
y de la paz en el feliz regazo,
al orbe unido en fraternal abrazo,
la copa del placer México apure.
Sentado en el certámen de los pueblos,
de amor y admiracion objeto sea;
y en bienestar profundo
su mision especial cumplida vea,
cöoperando á la mision del mundo.

¡Grande, santa mision! Ante ella se hunden,
por el trabajo y el saber vencidos,
obstáculos, distancias: ya los hombres

se mejoran, se estrechan, se confunden
hácia el destino primordial traidos:
de libertad el reino y de justicia
del porvenir avanza en los arcanos;
y en vez de opuestas razas y naciones,
en sangre prontas á empapar las manos,
del tranquilo Universo las regiones
sólo verán y admirarán hermanos!

Puebla, Setiembre 1869.

Á CHAPULTEPEC.

MEDITACION.

Estoy al pié de la imperial colina
que, del grandioso Anáhuac al Poniente,
sobre bosque druídico se empina,
coronada de alcázar eminente.
Aquí, cuando la aurora se avecina
difundiendo alegría en el ambiente,
la evocacion solemne del pasado
apacigua mi espíritu agitado.

¡Qué aroma! ¡Cuál matiz! ¡Cuánta frescura!
¡Cómo esplende en las hojas el rocío!
¡Qué torrente de música murmura
en lo intrincado del boscaje umbrío!

Todo con juvenil magia fulgura
y reviste magnífico atavío,
cual del hombre la nítida mañana
de ropaje de encantos se engalana.

Ya al umbral de las bóvedas me asomo
que, en atrevidos arcos ogivales,
la luz velando del celeste domo,
forman los ahuehuetes colosales;
por los brazos y troncos rudos, como
de ignotos siglos canas inmortales,
despliega el heno rústicos festones,
ó suspende flotantes pabellones.

Ya recorro con lentos pasos graves,
y con profunda admiracion contemplo,
éstas que imitan religiosas naves
frecuentadas por *sombras de alto ejemplo.*
Sus no hechas columnas y arquitraves
forman al Creador tan digno templo,
cual los que de oro y mármol—¡pobre lujo!—
alzó el temor, ó la piedad produjo.

Muestra natura aquí su encanto vario
al alma que en su estudio se recrea:
y desde este magnífico santuario,
humilde al Creador sube la idea.

En su éxtasis, el bardo solitario
de misterio más hondo le rodea;
y á devocion el ánimo propicio,
le ofrece el más acepto sacrificio.

Al cristalino lago ó turbia alberca,
do el ala inquieta golondrina baña,
mi planta distraida ya se acerca,
de la márgen hollando la espadaña.
Caen del muro que al estanque cerca,
las piedras que el cuidado nunca apaña,
y en las ruïnas del antiguo cauce
llorar parece el funerario sauce.

¡Ah! ¿Por qué en este rústico retiro
melancólico afecto me domina,
y hácia el pasado, con amante giro,
el pensamiento rápido se inclina?
Mezcló mi juventud más de un suspiro,
y más de una esperanza peregrina,
del aura de estos bosques al arrullo,
del onda de estos lagos al murmullo.

Luna de otoño la celeste cumbre
serenaba con tibios resplandores,
que, del bosque rielando en la techumbre,
resbalaban del césped á las flores:

de jóvenes festiva muchedumbre,
arpas pulsando diestros tañedores,
de la danza al encanto daba ufana
todo su ardor, no inquieta del mañana.

Si allí al dolor negaban predominio
amor honesto y amistad sincera,
¿por qué en mis ojos, con fatal dominio,
lágrima deslizóse pasajera?
¿Acaso de infortunios vaticinio?...
¿Memoria acaso de otros mundos era?...
De entonces, de las mias en el campo,
riela en tumbas el nocturno lampo.

Necio es tornar con ansia más vehemente
de juventud á las memorias vanas,
cuanto más los otoños en mi frente
esculpen rugas y desparcen canas.
Huir quiero de mí; y en la estridente
catástrofe y ruina de mundanas
grandezas, olvidar—¡mísera oruga!—
el afan que mi espíritu subyuga.

Los últimos Toltecas gloriosos
¡noble colina! en su infortunio amparas:
fama es que luego, en ritos ominosos,
de horror temblaron las aztecas aras;

y diz que subterráneos pavorosos
de cenizas guardaban urnas raras,
ó en rudos troncos, cual dictando leyes,
rígidas momias de los indios reyes.

Aquí, al susurro de las brisas leves,
aquí, al murmurio de las fuentes suaves,
entre el perfume de las flores breves,
entre el suspiro de canoras aves;
á los ardides de ambicion aleves,
del mando instable á los cuidados graves,
treguas daban de Anáhuac los señores
con juegos, con festines, con amores.

Su ánimo tal vez desasosiega
de real princesa el temerario arrojo,
que, de la alberca en lo profundo, anega
de amor y vida el público sonrojo;
ó que á ofrendas y súplicas se niega
del dios Tlalóc el implacable enojo;
ó de extranjera raza el predominio,
predicha en temeroso vaticinio:

ó de Tlaxcala acaso las hazañas
estimulan sus ímpetus feroces.
Mas, solaz de disturbios y campañas,
aquí agotaron los humanos goces;

hasta que del leon de las Españas
llenan los valles las soberbias voces,
y en competencia de valor bizarro
pasea la conquista el rudo carro.

Pronto pasó el indómito guerrero,
la cruz poniendo sobre el rito infando;
vino en pos de él piadoso misionero,
la sangre en las heridas restañando.
Del Indio amparo, con paciente esmero
los goces del hogar fuéle enseñando,
las artes de la industria, la labranza,
y de un cielo más noble la esperanza.

De ley benigna el tutelar imperio,
de paz serena los opimos dones,
del trabajo el fecundo ministerio,
de tranquilas y prósperas naciones
llenaron de Colon el hemisferio;
y asombrado Saturno, á las legiones
de astros, de los satélites al coro,
anunció renacer los siglos de oro.

Como águilas precoces, que rompiendo
del patrio nido la estrechez, aprontan
las inexpertas alas, y el estruendo
del trueno y el furor del rayo afrontan;

así su vuelo, en ímpetu tremendo,
estas naciones jóvenes remontan
de vida propia á la anchurosa esfera,
de libertad á la borrasca fiera.

Mas en odios, en sangre y en estragos,
de inexperiencia el campo fructifica;
y más, si mano púnica, entre halagos,
las simientes del daño multiplica.
Ni perdonó estos bosques y estos lagos
el monstruo; antes en sangre los salpica:
sobre el alcázar que sangriento humea,
el estrellado pabellon flamea.

¡Cuántos el hierro extraño aquí traspasa
mártires del honor y del civismo,
sin que su ejemplo y su virtud sin tasa
cieguen de las discordias el abismo!
Áun los antiguos límites traspasa
la ambicion, con disfraz de patriotismo;
indignas manos el Estado rigen,
y de un régulo el fin, de otro es orígen.

Por eso pudo, en tan revuelto estadio,
un extranjero príncipe animoso
propicio hallar y dilatado radio
á su ambicion de imperio poderoso.

Plata creyendo el que era vil paladio,
de su alcázar feliz deja el reposo;
entre aplauso é ilusion, tierras y mares
cruza, y aquí levanta nuevos lares.

¡Cuánto amó este sereno paraiso
que su memoria á Miramar unia!
¡Con qué primores adornarle quiso,
de artista, no de rey, su fantasía!
De aquel trono de abrojos al preciso
desencanto, solaz dulce tenía
en este oásis; de oro y de cuidado
dióle más que convino al bien de Estado.

¡Cuántos desde estas peñas escarpadas,
cuántos, desde estos altos miradores,
lanzó suspiros y arrojó miradas
del magnífico valle á los primores!
De aquí vía acueductos y calzadas,
líneas de álamo y fresno cimbradores
entre prados y mieses dilatarse,
y en la imperial metrópoli juntarse.

Á un lado alegres quintas y lugares,
de Ajusco en los declives repartidos;
del Tepeyác al otro los altares;
al frente, de los lagos extendidos

el colosal espejo, los pinares
del Rio Frio bárbaro temidos,
y custodios, los dos Titanes blancos
erguidos sobre sierras y barrancos.

A tan bello espectáculo, su anhelo
por el público bien, su fé, se exaltan.
No á su ambicion faltaba noble celo;
genio y fortuna en imposibles faltan.
Dolo y error trajéronle á este suelo;
perfidia y abandono en él le asaltan,
y cual dejó este alcázar inconcluso,
coronamiento á su poder no puso.

De aquí—¡reproche á la versátil Francia!—
no muy cuerdo quizás, pero emulando
de sus regios abuelos la arrogancia,
párte á la guerra. Del opuesto bando
á las armas no cede su constancia;
mas la traicion le vende en pacto infando,
y en tremendo patíbulo, sublime,
cuantos errores cometió redime!

¡Sed de reinar! Contempla aquí tu obra.
Cadáver de invasor ajusticiado,
aquel para quien Francia un solio cobra,
de su raza al panteon retorna helado;

y la razon perdida no recobra
la arrogante princesa que, á su lado,
espuela á su ambicion, reinó benigna:
¡hoy de piedad y lágrimas cuán digna!

Mas de este prodigioso panorama,
el alto sol al afanar del dia
y al usual ejercicio ya me llama.
¡Adios, noble mansion y selva umbría!
De natura al estudio, y con la fama
de tales infortunios, la alma mia
mejorada, eminencias no ambiciona,
y á sufrir resignada se alecciona.

Mayo 1869.

COMPARACION.

SONETO.

Al favor de los males que provoca
desatentado, el popular tumulto
qne al suelo, con estrago y sangre inculto,
las grandezas más sólidas derroca,

de audaz tribuno la riqueza loca
surge improvisa, por resorte oculto;
y, á la desgracia universal insulto,
el reptil en la cumbre se coloca.

Así, cuando la tromba cenicienta
por el ceñudo Bóreas aparece
y sobre campos fértiles revienta,

el que fué riachuelo, hínchase, crece;
y, mientras ruinas el cultor lamenta,
con el turbio caudal se ensoberbece.

Octubre 1870.

AL SABINO
DEL
CEMENTERIO DE POPOTLA.

RECUERDOS DEL CONQUISTADOR.

Á DON JOSÉ MARÍA DE BASSOCO.

¡Salve, rugoso anciano de este valle;
patriarca sin familia, salve! ¿Cuántas
los toscos nudos de tu corvo talle
bastaron á formar lentas centurias?
¿De cuántos tiempos bárbaras injurias
desafió tu mutilada cima,
que el sol antes heria de soslayo,
y ahora en el ambiente se sublima,
de nueva luna al amoroso rayo?

En torno á tí la muerte
sembró sepulcros, hizo soledades.

¡Ay! ni perdona el fuerte
árbitro de naciones y de edades,
la ermita que á tu sombra, como ejemplo
de gratitud no exigüa,
sobre los restos del indiano templo
alzó modesta la piedad antigua.
Mortaja de ruinas, pardo musgo
se propaga en los muros sin adorno:
la lengua del santuario
no inquieta, desde el pobre campanario,
los adormidos ecos del contorno.

Empero tú descuellas
en asombrosa ancianidad lozano;
leccion de lo que dura,
ante la eternidad de la natura,
la frágil obra del esfuerzo humano!
Con todo, al contemplar tu encanecida
pompa, encorvada de la edad al peso,
parece que tambien de amarga vida
soportas con pesar el grave exceso.
¿Quieres morir?... ¡Aspiracion perdida!
Lejos de que el vital vigor decaiga,
en quien menos le precia más se arraiga.

Desde que en alas de águilas ó vientos
aquí arrojó el destino tu simiente,
y brotaste al calor de húmeda tierra

creciendo lentamente,
¡de cuántos naturales cataclismos
la remembranza tu memoria encierra!
¡Cuántos abrió, más lúgubres abismos,
el hombre con la espada de la guerra!

Nobles pasiones como vicios viles,
ciencia engreida como error infando,
con magnífico arreo ó negro luto
en torno á tí pasaron, desplegando
de virtudes ó crímenes el fruto.
¡Eterna ley, irrevocable sino,
que hácia el bien, nunca entero en sus favores,
al través de esperanzas y dolores
la humanidad prosiga su camino!

Así, al tocar del triunfo el meridiano,
vacila de Cortés la fausta estrella
y declinar parece al Oceáno.
La luminosa huella
que el carro de sus ínclitas victorias
sobre los cielos índicos destaca,
al alborear de las contrarias glorias,
de *triste noche* entre el horror se opaca.

Aquí dió breve tregua
el adalid del cuerpo á las fatigas:
aquí, en ansia mortal, echó de menos

los conocidos yelmos y lorigas
de amigos caros, compañeros nobles,
sin esperanza de evasion ó canje;
aquí, con ojos de afliccion inmobles,
vió desfilar su escuálida falange;
y aquí entonces lloró... que el llanto cupo
en aquel firme corazon de acero,
que al destino vencer y humillar supo.

Tras recias lides y profundos planes,
del arrojo titánico ya mira
estériles sudor, riesgos y afanes;
el sin ejemplo colosal designio,
por reves de fortuna contrastado;
el templo de la gloria
con duro escarnio á su ambicion cerrado,
y al sarcasmo, en el lienzo de la historia
pintando, en luz confusa, el gran suceso,
cual de embriaguez ó de locura exceso.

De tanto pensamiento bajo el cúmulo,
con las manos cubriendo el rostro lacio,
distante de la hueste respetuosa,
absorto, inmóvil queda luengo espacio.
Mas de su inmenso genio en el abismo,
de su gran corazon en la confianza,
busca y halla su impávido heroismo
del horrendo desastre la venganza.

Ya, por intuicion, su pensamiento
penetra del futuro las tinieblas:
ve á la victoria con benigno aliento
del infortunio disipar las nieblas.
Con talante sereno se levanta,
y la epopeya homérica madura
que el cielo impone á sus hercúleos hombros.
De Otumba con la hazaña la inaugura,
y la consuma con la Cruz que planta
de la Ilion de los lagos sobre escombros.

¡Feliz, si en el risueño
cuadro que su vision interna abarca,
no entrevió de sus émulos el ceño,
ni el trato esquivo del falaz monarca!
¡Feliz áun más, si recelar no pudo
que la nacion que erigen
de semi-dios sus manos (no de hombre),
abominando de tan alto orígen,
de fiebre en paroxismo,
sin que tamaña ingratitud la asombre,
condene su ceniza al ostracismo!

Mas no es de héroes pesar en la balanza
la emulacion, la envidia, la malicia;
ni su heroismo nutre la esperanza
de que imparcial posteridad repare
con creces, de su tiempo la injusticia.

Fuerza interior, irreprimible impulso
los arrebata á consumar prodigios:
su terrible mision viene de lo alto;
y al orbe, de castigo ó vigor falto,
se imponen entre horrores y prestigios.

Destino es de magnánimos varones,
superando vaivenes de la suerte,
ser en la vida espuela de naciones,
luz de ejemplo en las sombras de la muerte.
El tuyo, más humilde, ¡árbol añoso!
es presenciar sus ínclitas acciones
en estóico reposo;
y del camino á orillas
sombra ofrecer al paso proceloso
de las humanas razas, cuyo empuje,
en dicha ó infortunio,
no te conmueve más que el mar que ruge
bajo la roca del sagrado Sunio.

Vive inmortal, augusto solitario;
y mientras todo en derredor sucumbe
y se evapora del olvido al viento,
admiracion á la remota prole,
sobre el robusto asiento
eterno eleva la nudosa mole,
de españolas grandezas monumento.

Noviembre 1870.

AMÉRICA.

Á DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

(LEIDA EN LA SESION INAUGURAL DEL ATENEO.)

Sus miembros de amazona en dos océanos
baña morena vírgen de Occidente:
los ardores del sol templa en su frente
la diadema glacial del Septentrion;
y á su pié, que al austral polo dilata,
y el giganteo Patagon ocupa,
como escabel magnífico se agrupa
de la tierra del fuego la extension.

Héla aquí con sus altos cocoteros,
con sus viejos sabinos colosales

á cuya sombra zumban altaneros
despeñándose roncos los raudales;
con sus montes altivos que apuntalan
el cielo azul con espirales rocas,
ó columnas de llamas y humo exhalan
de los volcanes por las blancas bocas.
Sobre ellos iracundos se desgajan,
en bronco són los huracanes roncos:
las peñas de su asiento desencajan,
y el rayo rasga los vetustos troncos;
y de ellos se desprenden rugidoras,
de agudos riscos en el largo lecho,
las blancas cataratas hervidoras
que hallan el cauce á su torrente estrecho;
y rugiendo entre rocas y entre brumas,
al seco són del estallante trueno,
sacuden por los aires sus espumas,
como un caballo á quien reprime el freno.
Asoma el sol tras de la nube parda:
de sus rayos la ardiente cabellera
soberbio agita, y en lanzar no tarda
su fuego sofocante por la esfera.
Del plátano á la sombra sonorosa,
bajo el dosel del trémulo ramaje,
adereza su flecha venenosa,
su penacho de plumas el salvaje.
Y su amada, peinándose el cabello,
del arroyo en el onda atenta mira

cuál tiembla á par del onda el rostro bello,
crece, se borra, vuelve y se retira.
  Y en torno del Sachem hospitalario
danzan libres las gentes descuidadas,
en la alfombra del bosque cinerario
y al compás del mugir de las cascadas.
  Mientras tiene en la atmósfera la noche
su cabello de nieblas esparcido,
hay flor que goza en su cerrado broche
del amor de un insecto en él prendido:
  así el salvaje, tras feliz fatiga,
se acoge de su amante al nudo pecho;
y ella, con franca libertad, le abriga
de no aprendido amor en cerco estrecho.
  ¡Vírgen de la creacion! Son tus placeres
ardientes, como el sol que se desploma
en la morena tez de tus mujeres,
en donde el gérmen del deleite asoma.
  ¡Tierra de libertad, do el pensamiento
párte y vuela, cual flecha del salvaje,
rápido, libre por el libre viento,
hasta romper del cielo el cortinaje;
  donde el hombre es un rey, y donde mata
la fiera ó ave que al festin destina,
y con el dardo que al carcaj desata
toda pujanza á rendimiento inclina;
  do la sangrienta piel de los leones,
y las plumas del águila altanera

dan al guerrero túnica y blasones,
y penacho á su basta cabellera!
¡Gigante de los mundos! yo cantara
tu inmensa mole y tu fecundo seno,
si de mi arpa el concepto resonara
como són de huracan, cual voz de trueno:
si en la alta cumbre de tus pardos montes,
rota á mis piés, la tempestad me hablase,
y sobre tus inmensos horizontes
mi pensamiento colosal se alzase.
Ah! con tanta grandeza engrandecido
buscara al Creador, le encontraria;
y en su seno de amor, de amor henchido,
como águila en el sol se perderia!

No le hallara en las obras de los hombres,
no; que la flor de las rüinas brota
entre las grietas de muralla rota.....
¿Dó los colosos del Egipto están?
Cayeron las columnas de la Grecia;
sobre ellas fuma indiferente el turco;
y en las piedras del templo un hondo surco
del genízaro marca el yatagan.

Entre severos monumentos, Roma,
que áun oye el paso del corcel de Atila,
cual Mesalina en la vejez, vacila
cabe el sepulcro do se hundió su ayer.
Vedla, asida con brazos descarnados
á la fúlgida cruz del cristianismo;
pendiente sobre el cráter del abismo,
bajo su peso próxima á caer!

De Dios el nombre en las eternas brisas,
del Nuevo-Mundo en los desiertos suena:
lanza Él su carro por el aire, y truena
en los ecos del monte su rumor.
Á su paso revientan los volcanes;
los profundos espacios se iluminan,
y las humildes palmas se le inclinan
en señal de respeto y de temor.

El búfalo, que duerme en las sabánas,
dispierta y se alza; al levantarse, treme
bajo sus piés la tierra, escucha, teme,
conoce á Dios y tórnase á acostar.
Sumergido en el agua el cocodrilo,
asoma hácia el Poniente armada boca,
mientras los rios con violencia loca,
delante del Señor, corren al mar.

Y en las hojas de acuático nenúfar,
en medio de los lagos trasparentes,
silban en són discorde mil serpientes
cuyos ojos relumbran como el sol;
en cuyas rojas, entreabiertas bocas
lenguas, como candentes dardos, mueven,
cuyos cuerpos se enlazan y remueven
en torcido y vistoso caracol.

Todo revela á Dios: á la natura,
madre comun, el maternal cariño
confia el sueño del amado niño
cuya cuna suspende en su saúz.
La brisa, aliento del Eterno, le habla
idioma de misterios que él entiende:
la mirada de Dios sobre él desciende,
y brota en torno un círculo de luz.

¡Monumentos sublimes do la mano
del artífice eterno se descubre!
¡Caractéres gigantes do se encubre
un arcano profundo y eternal!
Nada concibe la razon soberbia,
y el salvaje ignorante los concibe;
porque en su corazon una fe vive
pura, como en las rocas el cristal.

Por eso, cuando al són de las tormentas

que en diluvios de fuego y lluvia abortan,
en sus piraguas los salvajes cortan
las ondas de unos lagos como el mar,
suspenden en las popas de sus barcas
los gratos *manitús:* así se entregan
al sueño de la fe, y salvos llegan
á la orilla anhelada, al dispertar.

Dadme esa vida errante que ilumina
la antorcha de la fe, sol del prodigio,
cuyo sublime y místico prestigio
la soledad engrandeciera más:
que aquí, de estéril duda por las sombras
á ciegas, siento el corazon herirse
del dolor en la espina, sin abrirse
de la esperanza el pétalo jamás.

Dadme del Nuevo-Mundo, hijo postrero
más amado de Dios, las soledades;
lejos de esas ruidosas sociedades
que se agitan del oro vil en pos.
Yo al sacudir sus míseras cadenas,
busco la libertad, busco el espacio;
y detrás de ese cielo de topacio,
desde los altos montes, busco á Dios!

Libertad, poesía, hondos misterios
de ciencia y religion que en él hallara,

con lágrimas de amor abandonara
de mi patria no más por un rincon.
  Grato sepulcro en tus entrañas de oro,
¡oh América! pudieras ofrecerme;
yo, empero, el pobre do mi estipe duerme,
prefiriera á tu rico pantëon...

  Tregua al dolor, que á sofocar empieza
mi cancion con el llanto que derrama:
de mi patria despues, solo á tí te ama
mi corazon de bardo y de español.
  Porque jamás olvidaré que pudo
mi alma, con tu grandeza engrandecida,
en el seno de Dios, de amor henchida,
perderse como una águila en el sol!

Febrero 1844.

TENACIDAD DEL DESTINO.

Á CRISTÓBAL COLON.

SONETO.

Su secreto al océano iracundo
valiente arrancas, en endeble quilla;
y, enalteciendo á Génova y Castilla,
dobla tu genio la extension del mundo.

¿A cuál héroe serás, Colon, segundo?
Y tu virtud ¿á cuál varon no humilla
de los que, al bueno ejemplo y maravilla,
venera el orbe con amor profundo?

Vano será que, en su blason divino, (6)
Roma consagre tarda tu memoria,
que ya ni envidia ni rencor deturpa.

Perdura un resto de tu mal destino:
nauta vulgar (7) la merecida gloria
de dar tu nombre á un hemisferio, usurpa.

Marzo 1870.

Á MÉXICO.

ODA.

Á DON JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA.

Tú, cuya frente se remonta al cielo,
émula de sus grandes luminares,
de perdurable hielo
circundada con nítida corona,
morena Vénus de la indiana zona,
salida de la espuma de dos mares;
del bardo oye la voz que, agradecido,
por bella é infeliz, dos veces te ama:
quizás, cual del cansancio olvido pone
sombra de fresno en caluroso Junio,
el himno rudo que mi amor entone
breve espacio suspenda tu infortunio.

¡Ojalá que del vate el sacrificio
tornase el cielo á tu anhelar propicio!

¡Con qué grandiosa majestad ostenta
de hermosura y poder la doble pompa
natura aquí, risueña y opulenta!
En breve espacio abarca
de opuestas zonas los distintos climas;
desde la baja, tórrida comarca
que con lengua salobre el ponto adula,
hasta la alta region, en cuyas cimas,
escollo á los marinos huracanes,
coronadas de témpanos de hielo
llevan hasta las márgenes del cielo,
sus multiformes crestas los volcanes.

De ellos las aguas límpidas descienden
que en frescas ondas la planicie inundan:
las fértiles cañadas do se extienden,
los anchos valles que al pasar fecundan,
tapizan flores de carmin y gualda;
praderas de esmeralda,
mieses de dulce caña ó rubia espiga,

las plantas todas que, en perenne Mayo,
el suelo de los trópicos prodiga.

En las regiones donde eterno estío
el vigor de su aliento desparrama,
y apenas el aljófar del rocío
consiente al alba en la menuda grama,
con ardoroso arrullo
las auras lisonjeras
halagan el orgullo
de plátanos y cocos y palmeras.
Allí, por entre ovales
hojas, blanco algodon rompe el capullo
en copos desiguales:
encorvados nopales
los insectos preciosos atesoran,
que de Tiro la púrpura mejoran:
del café, más allá, verdes arbustos
las habas insomníferas despliegan,
de copudos naranjos á la sombra
que en azahar y aroma el campo anegan;
y más lejos, más lejos, los manglares,
do alimañas innúmeras se esconden,
con solemne murmurio corresponden
al compasado estruendo de los mares.

En las altas regiones,
do flores y perfumes primavera

esparce con hartura,
ó el otoño sus medros
en profusion más útil asegura,
se empinan aromáticos los cedros;
cano vegeta el secular sabino;
casi en la árida linde
de las nieves eternas, crece y rinde
sus toscas piñas resinoso pino;
y en ricas vegas, en desnudos montes,
en selvas que no pisa humana planta,
cercada de admirables horizontes,
natura un himno de victoria canta.

¿Quién la infinita variedad dijera
de aves de extraña voz, raro plumaje?
Ya alegran con gorjeos la pradera;
ya en graznido salvaje
entristecen el eco en la montaña;
ya en la quietud nocturna
y donde más el bosque se enmaraña,
cascadas de armonía
el mexicano ruiseñor envía:
se espacian por el flúido elemento,
se albergan en la rústica floresta
desde la flor volátil, á quien íris
su vívido matiz amante presta
y el cáliz de los mirtos alimento,
hasta el águila audaz que se remonta

á la última esfera sin desmayo,
y cuya vista perspicaz afronta
del sol la llama y el fulgor del rayo.

Albean por los valles los ganados,
no siempre al lobo astuto defendidos:
por las agrestes quiebras
saltan con grave susto los venados,
del rumor de una yerba sorprendidos,
suspicaces de horrísonas culebras:
la frente armada torna
el toro, resoplando con fiereza,
al jaguar, que en pintada piel se adorna,
y le acecha ó le asalta en la maleza;
y el salvaje corcel lánzase altivo
por monte y por llanura:
tiende la crin al aire fugitivo,
el cuello enarca, y respirando fuego
por el ancha nariz y abierta boca,
en rápida carrera el suelo oprime
con duro casco y arrogancia loca.
Así de libertad el gozo exprime,
y en su indómito brío y gallardía
la pujanza del hombre desafia.

Con ímpetu mayor llevan los rios—
arterias de los vastos continentes—
por ásperas quebradas y bajíos

á los remotos mares sus corrientes.
Suelen, por los estíos,
romper bramando el cauce dilatado,
cuando, al fragor de ríspida tormenta,
de las tardes el lóbrego nublado
en diluvios revienta.
Troncos, puentes y rocas arrancadas
irritan más su empuje;
y al estridor de altísimas cascadas,
cóncavo el eco de los montes ruge.

Mientras en tersos lagos, casi mares,
hallan plácido asilo
las acuáticas aves á millares,
y en su piragua el pescador tranquilo.
Retrátanse en las ondas placenteras
agaves que, en simétricas hileras,
erizan las estériles colinas;
los caseríos blancos
que, á orillas de fértiles barrancos,
salpican las montañas convecinas;
el cielo azul, y entre neblinas leves,
de los volcanes las perpetuas nieves.

¡Los volcanes! En ellos de natura
con más sólida gloria se atestiguan
el poder, la hermosura.
Un tiempo en convulsiones horrorosas

sus moles se agitaron;
en columnas, al cielo vomitaron
llamas bituminosas:
en raudales de lava, de los montes
la vacilante forma se envolvia:
los amplios horizontes
la arrojada ceniza recorria;
y aumentando el horror del cataclismo,
mugian cielo y mar, tierra y abismo.

Piadoso el curso de los siglos pudo
del subterráneo piélago de fuego
serenar el inquieto hervor sañudo.
Mas abiertos los cráteres quedaron,
como fauces de monstruo: allí respira
la profunda vorágine, que encierra
el eléctrico incendio que áun trabaja
las vísceras gigantes de la tierra.
Las nubes los coronan
que atrae sin cesar la ingente cumbre:
el huracan allí prorumpe bronco,
allí prende el relámpago su lumbre,
allí estrena su voz el trueno ronco;
y del horno en que yacen,
en quieta combustion, lavas candentes,
los terremotos nacen
que sacuden los vastos continentes.
El suelo trepidante bambolea;

la erguida torre en el espacio ondea;
quebrántase el fortísimo cimiento;
de pavor enmudece la natura,
y la oracion de pálida criatura
sube llorosa en vano al firmamento.

En el lóbrego centro de la tierra,
opresa en muros de luciente roca,
la rica vena de metal se encierra,
que la codicia sórdida provoca.
En vano de sus hilos ramifica
la extensa red del orbe en la entrañas,
y á resguardarla, el tiempo multiplica
de basalto y de pórfido montañas.
Atrevido, tenaz, sediento de oro,
bárbaro el hombre las taladra ó hiende;
allí busca el magnífico tesoro
y con ávidos ojos le sorprende.
Recorre insomne, escuálido y desnudo,
la cóncava extension de aquella tumba
que, del férreo martillo al golpe rudo
ó al trueno de la pólvora, retumba.
Salta el peñasco y vuela con estruendo:
el agua por las grietas se destaca;
y entre humeante vapor, del antro horrendo
la confusion alumbra antorcha opaca.
Ni peligro, ni sueño, ni fatiga
arredra al hombre, ó su codicia doma;

y áun salir del sepulcro que le abriga,
duda, si el grave techo se desploma.
¡Así bajo la inmensa pesadumbre
tal vez perece en congojoso duelo,
sin que, al morir, la fugitiva lumbre
hallen sus ojos del radiante cielo!

Purísimo el de Anáhuac
sobre el risueño panorama esplende,
como digna corona
con que la regia sien orna y defiende
la indiana matrona.

Ya ostente el suave albor del nuevo dia,
ya la espléndida llama del sol que arde
en el alto zenit, ya la que envia
modesta claridad, pálida tarde;
¡qué trasparente, límpido y sereno
muestra el cóncavo seno,
lago inmóvil de nítido zafiro,
de diáfano cristal bóveda inmensa!
¡Cuál la vívida luz, que en raudo giro
por las ondas del éter flota extensa,
ténue suaviza el interpuesto ambiente!
¡En cuál arrobamiento el alma sube
á Dios por esta cúpula luciente,
templo de claridad que ama el querube,
atrio de las mansiones del Potente!

¡Como polvo de fúlgidos topacios,
estrellas se derraman
de la bóveda azul por los espacios;
ó bien la luna, que los tristes aman,
navega en los silencios del vacío,
émula del gran astro que refleja,
cuya ígnea guedeja
trasmuta en rayo delicioso y frio!

¡Cuántos de alta beldad nobles tesoros,
reina infeliz del Septentrion, adunas
en valles y montañas,
en rios y lagunas,
en tus ricas entrañas,
en tus climas y cielo sin segundo,
que el cetro de belleza te confirman
entre las zonas del extenso mundo!

¿Por qué tanto primor, perseverante
soplo de adversidad aja y desdora?
¿Por qué tu prole exánime, sentada
del infortunio en las tinieblas, llora?
¿Por qué, cuando más grandes
tu hermosura y riqueza resplandecen
que las ingentes moles de tus Andes,
en la desgracia ó la inquietud perecen
tras de afanes prolijos,
impotentes ó míseros tus hijos?

Justo y noble, aspirando á vida propia,
erigirse en nacion. Pero ¡ay del pueblo
que de ambiciosos ruines larga copia,
bisoño en libertad, alza y derriba!
¡Ay, si con maña activa,
de prósperos ejemplos al halago,
extranjero interes pérfido siembra
lenta zizaña de seguro estrago!
Rompes el cetro de lejanos reyes;
á los ídolos nuevos sacrificas
costumbres sobrias y severas leyes;
ya libre, el juvenil ardor duplicas:
empero la discordia, sacudiendo
sus cabellos de víboras, convoca
los monstruos de la guerra en grito horrendo;
lid fratricida sin piedad provoca,
y con agudo estruendo,
de hambre y peste entre pálidos vestiglos,
el bélico clarin llena los campos
do con rara constancia,
cual de Saturno en los dorados siglos,
tres reinaron la paz y la abundancia.
¡Así de inexperiencia amargo fruto
la malograda juventud cosecha!
¡Feliz, si la esperanza en tanto luto
su fecunda raíz no halla deshecha!

De tus vastos confines en lo espeso

cauteloso deslízase el salvaje:
de su macana al formidable peso,
de su traidora flecha el raudo silbo,
de su alarido al oprobioso ultraje,
tímidos ya sucumben
los choznos de los héroes, que la raza
bárbara del desierto domeñaron
con la cruz, con la esteva y con la maza.
Sus términos dilata en tus fronteras,
precedida de estragos, la barbarie:
los pasos de natura creadora
no endereza solícito el cultivo;
robusta, triunfadora,
se propaga la rústica maleza
donde antes rubia mies ó verde olivo;
en donde pueblos hubo, hay aspereza
de escombros, sepultados bajo espinas,
y el áspero nopal torcido crece,
y el taciturno buho se guarece
del viejo templo entre las pardas ruinas.
Mientra en las brumas de hiperbórea playa
el pirata del Norte apresta el lino
de las altivas naos, codicioso
de amarrar á su remo tu destino.

Vence por fin... ¡oh mengua! ¿Y así humilla
linaje de orgullosos mercaderes,
la noble descendencia de Castilla

Sucumbe así, del áspid al veneno,
leon dormido en la africana orilla.
Despues, no en torpe guerra,
indigna de memoria,
el corsario sajon roba tu tierra.
No: á precio de vil oro,
que del siglo venal es arma y gloria,
tus provincias adquiere y tu desdoro.
Con amistosos brazos el gigante
rodea y acaricia tu hermosura:
mañana, en su codicia devorante,
comprimirán tu mórbida cintura,
y quedarás en ellos espirante.
Tal en las selvas tímido venado
cae en lazo de boa corpulento,
y en el horrible nudo aprisionado,
forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
duermes incauta al resbaloso borde:
no más del interes y el egoismo
la envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroismo
de tu estirpe recuerda, la alta gloria
con que del tiempo y del olvido triunfa
su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
tu noble orígen ni su ejemplo olvides:

con ánimo y esfuerzo sobrehumano
el hierro blande en las gloriosas lides;
y si del hado en el ignoto arcano,
es ley que cedas, tras sangrienta lucha,
al número, á la astucia, á la perfidia,
la voz solemne del honor escucha
y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno mis votos
acogiera el Señor, á cuyo arbitrio
los tronos sublimados caen rotos,
surgen á dominar pueblos humildes,
brotan y se hunden déspotas violentos,
rudos tribunos, razas ó naciones,
todos de sus designios instrumentos;
la paz, la libertad, gloria y ventura
tus ámbitos risueños morarian:
los campos que hora yerma el amargura,
en feraz plenitud florecerian;
y en hosannas de júbilo, las varias
del mundo de Colon gentiles zonas
á tu justo poder rindieran parias,
como á tu gran beldad rinden coronas.

1855.

AMOR DE PATRIA.

(Á LA VISTA DE ESPAÑA.)

¿Qué sentimiento es éste que, en la exigua
virtud humana, tan raigado crece,
que ni al rigor del tiempo desfallece,
ni al hielo de la ausencia se amortigua?

De qué piedra se forman no averigua
las aras en que víctima se ofrece:
cuanto menos el ídolo merece,
eso es la adoracion menos ambigua.

¡Oh España! Este acendrado sentimiento,
siendo en tus hijos de virtudes foco,
hágate de honra y bienestar portento.

¡Cuánto lejos te amé! Mas hoy que toco,
trémulo de emocion, tu orilla, siento
que para tanto amor un alma es poco.

Hendaya, Setiembre 1871.

Á MIGUEL DE AVENDAÑO

EN RESPUESTA Á SU EPÍSTOLA ROMANCE. (8)

Ya, caro amigo, bondadoso el cielo
el más ardiente de mis votos colma,
y á los encantos de la patria dulces
el que mozo partió, viejo retorna.

Mi frente alumbra de mi cuna el astro,
de Cantabria mi pié huella las rocas,
mi pecho aspira las natales auras,
mi vista embargan las nativas olas.

¡Qué mezcla de contrarias emociones
al agitado espíritu se agolpa!
Sonrien con dulcísima ternura
del remoto pasado las memorias:

del presente—desierto cinerario—
la soledad sombría me acongoja;
y sin embargo, me amedrentan menos
del ignorado porvenir las sombras.

De mis recuerdos en el claro vidrio
miro de la niñez las breves horas;
dos rostros que, presente, me sonrien
y ausente, en angustioso afan me lloran;

de juventud las bellas ilusiones;
las esperanzas del destierro locas,
á que el destino, bárbaro y avaro,
escasa ó tarda realidad otorga.

¡Tarda, en verdad! ¿En dónde mis hogares
siquiera están? ¿Dónde mi acento evoca
aquellos seres que del alma mia
fueron adoracion primera y honda?

Del seno de las tumbas, de entre ruinas
voces amantes, conocidas, brotan
que me llaman con ecos de cariño
y la tardanza del volver reprochan:

imágenes que el éter iluminan
con paterna sonrisa, y se evaporan
al tenderles mis brazos amorosos,
dejando en derredor noche más lóbrega.

Las sombras de los mios me reciben
entre vestigios de la amada choza,
y extranjero en mi patria me declaran.
¡De mi adversa fortuna culpa toda!

Así mi pecho los suspiros rompen;
la voz en la garganta se sofoca,
y en lágrimas de fuego, por los ojos
todo el dolor del corazon desborda.

Y sin embargo, no infeliz me juzgo.
Ésta es mi patria ¡mísera y hermosa!
La vuelvo á ver; y el santo sentimiento
toda emocion amarga al punto borra.

Deudos, amigos, pocos, pero fieles,
con leales abrazos me aprisionan:
si el amor de mis padres su cariño
no alcanza á reemplazar, consuelos logra;

y tu lira, tan suave á mis oidos,
¡fausto presagio de apacibles horas!
desde el ameno valle de la infancia
me da la bienvenida en noble estrofa.

¡Oh! Permitid que en silencioso llanto
á la acogida vuestra corresponda;
que no hay digno lenguaje en que os esprima
la inmensa gratitud que en mí rebosa.

Pero ¿es cierto, Miguel, que esta mi España,
cuya vista me embarga y alboroza;
la suspirada patria, cuyo culto
se aumenta en la distancia y se acrisola,

tanto en la sima de abyeccion se hunde,
tanto se aleja de la antigua honra,
que huir deba y tornar al Nuevo-Mundo
quien de buen español, cual yo, blasona?

Harto sé que, olvidados los ejemplos
de las áureas edades de su historia,
arrastra una existencia miserable
la que del orbe fué dominadora:

harto sé que en sus campos no florecen
lauros de triunfo y palmas de victoria;
que de opulencia y de grandeza el cetro
empuñan ya sus émulas odiosas.

Mas ¿es posible que, á la par que olvida
el heroismo de la edad remota,
el pecho de sus hijos no conserve
siquiera una virtud, costumbres sobrias?

¿Cómo, si aun esto falta, habrá esperanza
de rechazar la degradante nota,
y renacer con sólido provecho
al esplendor de las antiguas glorias?

Si ya el trabajo honesto se desdeña,
y á riqueza se aspira, innoble y pronta;
si la cábala es ya legal empleo
y el lujo universal ejecutoria,

por mucho que blasone de adelantos
y emule ufana lo mejor de Europa,
sepulcro vil será la pobre España,
por fuera mármol y por dentro escoria.

¡Oh! no lo quiera Dios; ni el alma mia,
cuando á la patria tan feliz retorna,
despoje de ilusiones y esperanzas
el rayo de verdad tan espantosa.

Creer quiero que al menos las virtudes
equilibran los vicios á la moda,
y que en la esfera del carácter patrio
dignidad y deber no se sofocan.

Que si en lid de intereses y de ideas,
en lucha de pasiones fervorosas,
de procaces tribunos el ejemplo
la muchedumbre á veces inficiona,

cuando deshecho del combate el humo
hallen la recta senda los patriotas,
la multitud hácia el deber se lance
y á las banderas del honor se acoja.

Imprudente ó perverso Epimetheo
abre la horrenda caja de Pandora;
mas la esperanza, que en el fondo queda,
los males cura que en el mundo arroja.

Cúmplase en nuestra Hesperia igual prodigio.
Si, empero, el hado de mi anhelo mofa,
más y más la amaré: que no por grande
cuanto por infeliz, mi alma la adora.

Tremendo fuera á la hospital orilla
del Nuevo-Mundo enderezar la proa,
llevándome en el seno el desencanto
que en tus rimas enérgicas rebosa.

Si el cielo así lo ordena, en mi segunda
patria, de nuestra España eterna gloria,
el infortunio atroz de la primera
que hijastros viles sin pudor desdoran,

lloraré dia y noche: de mi vida
cáncer será esta pena; y cuando esconda
mi vergüenza el sepulcro... mis cenizas
gemirán de no haber tierra española.

Santander, Setiembre 1871.

LIENDO

ó

EL VALLE PATERNO.

Del riesgo vencedor y la distancia
que entre dos mundos pone el mar de Atlante,
á tí me acerco, valle de mi infancia,
de temor y esperanza palpitante.
Un siglo es cada instante.
¡Cuán ancho el rio! El arenal ¡cuán largo!
Columbro al fin el somo del Candina.
¡Qué lento sube en el azul sereno!
Corro, vuelo, traspongo la colina...
¡Feliz puedo espirar!... Héme en tu seno.

Valle, donde benigna suerte quiso
cercaran mi niñez dicha y ternura,
cuando gocé tu paz de Paraiso,
no supe valorar tanta ventura.

Despues, maestra dura,
enseñóme la ausencia entre zozobras
á comprender, á desear tu calma;
y vuelvo, como ves, de los extraños
con heridas de penas en el alma,
con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú tambien, valle amado ¡cuán distinto!
Víctima fué de la segur impía
la selva que en gracioso laberinto
las laderas del término vestia.
Las rocas á porfia
asoman, cual gigantes osamentas,
del pié de la montaña al horizonte;
rastrero abrojo al haya sustituye,
y la aridez conquista en cada monte
cuanto el avaro leñador destruye.

No ya, afianzada en sólidas raíces,
en vistosos rectángulos despliega,
rico marco de espléndidos maíces,
la viña sus verdores por la vega;
ni ya el rabel congrega
lucio rebaño en pasto redundante.
Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo (9):
y con sorpresa amarga, ven los ojos
tronco de vid, de vástagos desnudo,
ganado ruin en míseros rastrojos.

El membrudo garzon de la labranza
abandona el fecundo ministerio
á mujeres y ancianos sin pujanza:
de la codicia al riguroso imperio,
en el otro hemisferio
insegura riqueza solicita:
torna doliente ó viejo, cuando vivo;
y del caudal indiano en recompensa,
halla los patrios campos sin cultivo
y los paternos lares sin defensa.

De primavera á las sutiles áuras,
al vivífico aliento del verano,
tu pristina beldad tal vez restauras,
tal vez recobras tu vigor lozano;
pero el otoño en vano
á disfrazar tu desnudez aspira
con restos de su regia vestidura:
y al contemplarte mísero, discierno
cuánto cuadre mejor con tu tristura
la túnica severa del invierno.

¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda
de tus risueños sotos la mudanza!
¿Por qué no suena por la alegre fronda
el tamboril de la festiva danza?
Diríase que avanza
de la discordia el ominoso expectro

espiando tus limpios horizontes:
del leñador el carro, con chirrido
áspero, finge en los lejanos montes
de venideros males el quejido.

Cesaron ya los plácidos cantares
del labrador que, tras la grave yunta,
retornaba al solaz de los hogares
do parca cena la familia junta.
Mi corazon pregunta
con ánsia y miedo por amigos techos...
Sació su rabia en unos el estrago:
de otros ya, en espiral, no se levanta
humo que figuró en el éter vago,
de doméstica paz bandera santa.

Álzase en arco de maciza piedra
sobre el camino, al pié de la colina,
mi hogar antiguo: junto al huerto aún medra,
con nobles cicatrices, vieja encina
que, cual reina, domina
sobre el mustio follaje del contorno;
y allá, como en brocal de peña dura,
mana y desborda cristalina fuente
que al arroyo vecino se apresura,
no sé si melancólica ó riente.

¡Salve, sacra mansion de mis mayores!

Arrasados en lágrimas, mis ojos
contemplan tus ruinosos miradores;
y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.
De la muerte despojos
gran tiempo fueron ya cuantos mi infancia
rodearon de afeccion: ellos constantes
en el santuario de mi pecho viven;
y en mi propio solar frios semblantes
hoy como advenedizo me reciben!

Un tiempo — ¡ay breve! — la presencia mia
júbilo en estos muros despertaba:
siempre un amante labio sonreia;
siempre una mano amiga se alargaba.
Viejo corcel turbaba
con alegre relincho en el establo
el rumiar sosegado de los bueyes;
y olvidaba el mastin, con noble ahinco,
de su cadena las tiranas leyes
para abrazarme en turbulento brinco.

Entro, subo, recorro cada estancia...
¡Reina aquí el abandono, aquí la inopia!
Quiero inquirir, y en triste resonancia
devuelve el eco mi palabra propia.
En abrumante copia
me asaltan los recuerdos: allá miro
el padre austero que al sumiso grupo

de la familia, ejemplo fué admirable;
acá la santa madre, que hacer supo
el deber fácil, la virtud amable.

De los rudos patriarcas de la aldea
la abuela, con los nietos consentidos,
en las noches de invierno se rodea,
al amor de la lumbre reunidos.
O suena en mis oidos,
la voz, entre severa y cariñosa,
del docto sacerdote, á cuyo celo
debí entender los que el fecundo Lacio
dió á las humanas letras por modelo,
Maron y Livio, Ciceron y Horacio.

Tenaz repasa la memoria y nímia
escenas de campestres emociones:
el gozo de la siega y la vendimia,
el entrojar mazorcas y vellones;
luego las impresiones
profundas de domésticos pesares:
la eterna ausencia, la partida amarga,
las ruinas que en mi mente reconstruyo...
me asfixia este aire: el vértigo me embarga;
no puedo más; salgo, desciendo, huyo!...

Huyo hasta do la altiva pompa extiende
la encina de mis lares protectora.

Aquí mi horrible agitacion suspende
la voz del sacro bronce, que á la hora
del crepúsculo llora:
voz que el pasado al alma restituye;
eco de aquella religion de antaño
que para todo mal tuvo un consuelo.
Noche y dolor conjúrense en mi daño:
fulgura en otra esfera el bien que anhelo!

Serenado el espíritu, ve clara
en el limpio cristal de la memoria
la imágen de los tiempos, y compara
la ventura rëal con la ilusoria.
¡Cuánta lúgubre historia!
¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, exclamo,
»¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica
»en extranjero altar á la fortuna!
»¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica
»al pié del árbol que asombró su cuna!»

Liendo, 1871.

PASADO Y PRESENTE.

Á DON JOSÉ JOVER Y PAROLDO.

Justo es que alma española se lamente
cuando ofenden políticos rencores
la religion, que dió á nuestros mayores
virtud, cultura, imperio floreciente;
mas no es cuerdo atajar la atroz corriente
de un siglo que en problemas tentadores
hierve, y cuenta, entre audaces soñadores,
quien taje á Suez y horade el Alpe ingente.
Vale más que los buenos con su ejemplo
nos guíen por la senda provechosa
donde la humanidad trabaja y medra:
incólume á la fé guardad el templo;
mas no olvideis que, cual de Lot la esposa,
el que mira hácia atrás se torna en piedra.

Córdoba, Noviembre 1871.

EL REY DON PEDRO DE CASTILLA.

LA POESÍA Y LA HISTORIA.

Á DON PEDRO GUILLET,

DEVOLVIÉNDOLE EL «EXÁMEN HISTÓRICO,» POR FERRER DEL RIO.

Fué sanguinario príncipe y tirano
más veces que monarca justiciero:
ni borra su valor de pendenciero
sus delitos de cónyuge y de hermano.
Por más que esfuerce el númen castellano
tal cual rasgo de rey ó caballero,
es de la Historia en el dominio austero,
de la verdad el fallo soberano.
¿Cómo, olvidando así musa tan noble
su lasciva y sañuda intemperancia,
casi tributa un culto á su memoria?
Quizás la ofusca el proceder innoble
del sucesor, que es ya, merced á Francia,
Caïn de otro Caïn en nuestra historia.

Sevilla, Diciembre 1871.

CONTRA EL ABUSO

DE

CITAR GLORIAS ANTIGÜAS.

¡Nacion que renaciste allá, en Asturias!
¿Por qué, cuanto á mayor bajeza tocas,
tanto más de tus prósperas centurias
nombres y hazañas ínclitas evocas?
De grandes hombres la memoria injurias
y de los buenos el rubor provocas,
hoy que, huyendo su ejemplo, tras las furias
de los vicios en áuge, te desbocas.
Pues de honra y de civismo divorciado
traes el corazon, no irreverente
profane el labio aquel blason sagrado:
cáta que es vanidad impertinente
cubrir con las grandezas del pasado
la vergonzosa pequeñez presente.

Valencia, Febrero 1872.

EN EL MAR.

Estrecha el horizonte
y oculta el cielo cenicienta bruma:
como apiñado monte,
del mar la rabia suma
cerca mi nave de irritada espuma.

Su bárbaro dominio
promulga el huracan con voz sublime:
amago de exterminio
que el corazon oprime,
cruje en el mástil, en la jarcia gime.

¡Cuál las olas hurañas
corren, ó en larga convulsion se agitan!
Álzanse allá en montañas;
acá valles imitan,
acullá con hervor se precipitan!

En lid á cada instante
con el onda tenaz y el viento bravo,
vive en tumba flotante
el nauta, como esclavo,
y su cadáver traga el mar al cabo.

¡Oh ponto! Qué osadía
tuvo quien te arrostró por vez primera!
¡Cuál heróica porfía
la que, á ignota ribera,
llevó al nauta ligur en quilla ibera!

La Historia se ennoblece
con los nombres que ilustran tu llanura,
do el valor resplandece
del peligro á la altura;
mas del estrago ni la huella dura.

Y no eres tú el tirano:
que, de la saña de un injusto viento,
ó de un corriente arcano
formidable instrumento,
te imputa el hombre el proceder violento.

Cuando tu calma augusta
no inquieta el noto con indigno ultraje,
nada en tu faz asusta;

y rizado plumaje
del polo al ecuador es tu oleaje.

¡Cuál las soberbias tintas
reflejas del ocaso y de la aurora!
¡Con qué verdad nos pintas
la hueste encantadora
de astros, que el cielo de la noche dora!

¡Cómo en ricos cambiantes,
cómo en prismas, que piérdense á lo lejos,
sol y luna brillantes,
de la luz los reflejos
copian tus ondas, móviles espejos!

Entonces, con solemne
majestad, van surcándote galeones
que en vínculo perenne,
cambio de mútuos dones,
unen remotos climas y naciones.

Y allá orgullosa flota
cruza, que playas bélicas encierra...
¿Por qué aquilon no brota
entonces, y á la tierra
pára siquier un golpe de la guerra?

Guarda ¡oh ponto! tus iras,
guarda para los crueles tus terrores;
y con piadosas miras,
benigno á mis clamores,
depon del rudo enojo los rigores.

Ah! no por mí... No brilla
tan limpio el sol de mi existencia bruna,
que cual hube en tu orilla
la gloria de mi cuna,
tumba en tí no me fuera honra ó fortuna

pero en mi frágil nave,
sér de mi sér, gemelas almas mias,
bálsamo de amor suave,
de mis canosos dias
consuelos, esperanzas y alegrías,

vienen dos nobles almas
que la virtud, con justiciera mano,
corona de áureas palmas,
y que en silencio vano
tiemblan de tus furores, Oceáno.

Por puras é inocentes,
merecen tu piedad: válgales ella,
y haz que alumbre sus frentes

sol de su patria bella;
ya que á la mia me arrancó mi estrella.

Desde el grave momento
en que sacó el Creador del centro frio
el árido elemento,
y en lazo eterno y pio
surcas con él los senos del vacío,

nada el profundo arcano
de Dios proclama tanto en la Natura,
como tu hondo llano:
tu poderosa anchura
su eternidad, su omnipotencia augura.

Tú indicas á las almas,
tú, en diminuta imágen, representas
su bondad en tus calmas,
y sus iras violentas...
si de ira es capaz.... en tus tormentas.

Útil, fecundo abismo
de que, á falta de un Dios, hizo alto númen
el ciego paganismo,
en tu docto volúmen
las grandezas de Dios leo en resúmen:

y de la grande obra
al admirable artífice subiendo,
alientos mi fé cobra,
y en nuevo ardor creciendo,
en mí la antorcha de esperanza enciendo.

En tal instante humilla
su espuma el mar, el viento su fiereza:
yo doblo mi rodilla;
descubro mi cabeza,
el canto espira y la oracion empieza.

Marzo 1873, á bordo del *Nouveau-Monde.*

ADIOS Á ESPAÑA. (10)

Facit indignatio versum.

Las crespas ondas del soberbio golfo
que en las cántabras rocas se quebranta,
no agitan ya el bajel en que navego:
monstruo de vela y fuego,
en los mares de Atlante se adelanta
dejando por la popa, hácia el Solano,
el gran cabo gallego,
remate digno al litoral hispano.

¡Ay de mí! que á la tierra sin fortuna,
donde modesta cuna
tuve, y humilde osario mis mayores,
—hoy campo de destrozos
y estádio de rencores—
mando el último ¡adios! entre sollozos.
¡Ay mísero de mí! Que nuevamente
el mortífero ambiente
de la ausencia respiro;
y, aunque amada cual propia, á tierra extraña,
léjos, léjos de España,
voy á exhalar el postrimer suspiro.

Nunca tornara á verte,
milagro de infortunio y de hermosura,
centro de los favores de Natura,
blanco de los enconos de la suerte...
Nunca tornara á verte:
y al ménos las risueñas ilusiones
que, con piadosa instancia,
engendran en patriotas corazones
el amor, la distancia,
hubieran, con los fáciles engaños
de la esperanza, antorcha del ausente,
bañado de fulgor intermitente
la lobreguez de mis postreros años.

La horrenda realidad mis ojos vieron.
¡Qué vicios! ¡Qué desdoro!
Yo, que á embriagarme en tus encantos vine;
yo, que la sangre de mis venas diera
por restaurar tu fama y tu decoro,
por revivir tu majestad primera,
á eterno luto el corazon previne
y los ojos tambien á eterno lloro.

Vano es que á los espacios de la Historia
la mente se remonte,
ó, del deseo en alas,
del futuro en el lúgubre horizonte
solicite una ráfaga de gloria.

La del pasado, hácia el Ocaso, el cielo
inflama en oro, y ópalo, y carmines
que cubre á partes el crespon del duelo.
¡Cára y estéril fué! No ya, señuelo
de virtud, al honor nos encamina:
de aquella vanidad aguija el celo
que al mal se aferra, en el error se obstina.
Y el porvenir... epítome del caos,
con el negro nublado y sordo trueno
que espanto dá á las naos
del ponto en las azules soledades,
abre, hácia Oriente, el seno
preñado de sangrientas tempestades.

Del presente la vista
se aparta con vergüenza y repugnancia.
Como en pantano corrompido crecen
yerbajos ponzoñosos sin fragancia,
así entre dejadez é intemperancia,
odio, envidia, egoismo prevalecen.
¿Cómo escapar al seductor contagio
de los vicios triunfantes, que estimulan
éxito cierto y popular sufragio?
No hay costumbres: sí, lujo. Prontos medros,
magüer que deshonestos, se anteponen
al honrado trabajo y lenta industria:
el telar y el arado se enmohecen:
se oculta, si no emigra, la riqueza:

el comercio, al calor del mediodía,
con bostezo indolente se esperezа;
y á su funesta actividad, que sólo
mereciera de un cómitre el rebenque,
encuentran franco el público palenque
bajeza y desvergüenza, intriga y dolo.

En el cieno asqueroso en que batallan,
por bastardo interés, viles facciones,
ni una noble ambicion ni un gran carácter:
egoismo venal, ruines pasiones.
Apóstoles, repúblicos, tribunos,
desde aquellos que soplan los tizones,
vestigio del odioso fanatismo,
hasta esotros que, bajos,
el menosprecio del deber inculcan,
de la turba adulando los andrajos;
casi todos, procaces
conspiradores, diestros en insidias,
zorras son por la astucia y las perfidias,
milanos, por las uñas, son rapaces.

Así en la tierra que abundó en prohombres,
de honor de acero y lealtad de roca,
hoy, con escarnio de sagrados nombres
y de principios que por befa invoca,
son mentira procáz el *patriotismo;*
apariencia, el anhelo del *progreso;*

el *órden*, antifaz del despotismo;
la *religion*, disfraz del retroceso;
la *libertad*, careta del cinismo.

¡Qué vicios! ¡Qué desdoro!
yo, que á embriagarme en tus encantos vine;
yo, que la sangre de mis venas diera
por restaurar tu fama y tu decoro,
por revivir tu majestad primera,
á eterno luto el corazon previne
y los ojos tambien á eterno lloro,

Secos tus lauros, rotos tus blasones
¡oh España! en siglos de fatal andanza,
harto vengó el destino á las naciones
que domeñó tu bélica pujanza.
Las que fueron tus émulas potentes,
mírante con desden: las que humillaron
á tu cetro sus frentes,
de rencor y de insulto se saciaron.
¡Lástima de prudentes y de amigos,
ludibrio de malsines y enemigos!
No plegue al cielo que la tromba negra
que sobre tí rugiendo se prolonga,
estragos á ruïnas eslabone|
y en lágrimas y sangre desmorone
los timbres de Granada y Covadonga.

Sí; que, en tal desventura,
áun de mayores males la pavura
mi dolorido espíritu amedrenta:
en la alta noche, con mi pena á solas,
de la conquista la vision sangrienta,
con són de vientos y tumulto de olas,
cuando cesa mi insomnio, se presenta.
Sus africanas furias
hasta el confin de Astúrias
otra vez imagino que adelanta;
ó con designio artero,
como en Polonia, sueño que levanta
dominio tronzador, brazo extranjero.

¿Y habrá quien precie como joya cara,
la vida, ante el horror de tanto oprobio,
y cuando, en el futuro que prepara
nuestro ciego delirio,
no es quimera imposible tal martirio?
Mis venas abriria
antes que ver tan bárbaro desdoro:
con rabia, empero, de impotencia fruto,
¡ay! el alma apercibo á eterno luto,
y los ojos preparo á eterno lloro.

¿Eternos? No en verdad. La muerte pia
á esta fiebre de amor devoradora
dará, y á mi tenaz melancolía,

la calma de las tumbas moradora.
Tú, en tanto, patria mia,
que no puedes morir, como tus hijos,
¿siempre en torno verás y en lontananza,
de tus males prolijos
el venenoso cerco sin mudanza?

La triaca en tí reside:
constancia, sacrificios,
resolucion y vigilancia pide:
del escozor del látigo irritadas,
con que á oprobio nos llevan y á mil muertes
los más audaces, sí, pero los menos,
sublévense con ira las inertes
ó tímidas falanges de los buenos.
Del patrio templo lancen
esa multicolor lepra que sorbe,
como vampiros, de la patria el jugo;
y al escarnio entregándola del orbe,
cuando no á la cuchilla del verdugo,
el instable poder firmes recojan:
con la doctrina y el ejemplo manden;
y, del público bien sólo ocupadas,
al deber atenidas,
curen de que en tus vastos reinos anden
la libertad y la justicia aliadas,
la democracia y la honradez unidas.
Sin virtud, sin saber ¿qué son sistemas?

Sin respeto y costumbres, ¿qué son leyes?
Para un pueblo, guardian de su derecho,
con brío el brazo y dignidad el pecho,
lo mismo son repúblicas que reyes.

Un esfuerzo supremo ¡España noble!
Viste el arnés; empuña
la espada de mandoble:
á degollar voraces hidras... ¡Ea!
y la ruda tarea
de tu moral reconstruccion, seguida
con persistencia inquebrantable sea.
Dios, que las plagas justicieras manda
y á la llorosa expiacion escucha,
la espalda vuelve al negligente vicio:
á la virtud magnánima que lucha,
no del todo abandona;
y del leño espinoso del suplicio,
brota el laurel de su triunfal corona.

Venero de consuelo en toda angustia,
fuente de toda sólida esperanza,
raudal de amor á toda planta mustia,
mar de piedad que límites no alcanza;
Dios—Creador, Regulador—¡ah! vuelve,
vuelve á la España triste
ojos de paternal misericordia.
Tu aliento, á que ningun poder resiste,

con sus hijos perversos, la discordia
barra del suelo ibérico: en los buenos
acierto infunda, decision, concordia,
y la aurora del bien despunte al menos.

Sí, empero, á tus designios adorables,
(sólo el pensarlo es purgatorio al alma)
si á tus decretos, como Tú, inmutables,
cumple que tras cruentas convulsiones,
España desparezca,
aviso y escarmiento de naciones,
en grandiosa catástrofe perezca;
y á su existencia dando honrosa cima,
asombro de heroismo, ante la historia
su carrera de escándalos redima.

¡Adios, mi pobre España!
Patria del corazon, ¡adios! por siempre.
Este desgarrador gemido entraña
cuanta ternura mi cariño crea,
cuanto deseo mi ambicion concibe,
cuanta esperanza se forjó mi idea.
Rómpase mi laud. Mi último canto
cual homenaje de lealtad recibe,
y cual prenda de amor, mi oculto llanto.

Marzo 1873, á bordo del *Nouveau-Monde.*

OCTAVAS

LEIDAS

POR EL ACTOR DON JOSÉ VALERO,

en el teatro Principal de México, el 18 de Julio de 1874, en la funcion dada á beneficio de los heridos españoles.

El hórrido bramido de la guerra
llena otra vez el valle y la montaña
de aquella sin ventura, hermosa tierra
que abraza el Pirineo y el mar baña:
las furias que el antiguo Averno encierra
allí descargan su implacable saña,
y la hidalga nacion, probada tanto,
se ahoga en sangre, se sofoca en llanto.

El eco de sus ayes y dolores
de la Europa en los ámbitos retumba:
los piélagos cruzando bramadores,
por la region americana zumba;

y en este Eden de luces y de flores,
donde abrió tanta lastimosa tumba
por luengos años la discordia impía,
noble piedad despierta y simpatía.

¿Qué corazon contemplará sereno
la abnegacion, el ánimo sublime
con que la hispana juventud el seno
opone al hierro que el hermano esgrime?
El uno muere en el sangriento cieno;
otro al ardor de las heridas gime;
el hacha al destructor incendio auxilia;
solo el hogar, errante la familia...

Ante el fiero espectáculo, al infausto
cúmulo de amarguras y de luto,
¿quién reprime del llanto el holocausto?
¿quién niega de suspiros el tributo?
Al soldado, de sangre y fuerza exhausto,
que en lecho angosto, de la guerra al fruto
se resigna en silencio, ¿qué alma avara
su admiracion, su óbolo negara?

No será el castellano, cuyo pecho
de franco, de magnánimo blasona,
y nunca al patrio amor siéntese estrecho,
aunque respire en apartada zona:

no será el mexicano, cuyo techo
la hospital compasion nunca abandona;
la caridad, en él naturaleza,
ejerce con espléndida largueza.

Orígen, habla, religion, costumbre
nos enlazaron en estrecho nudo:
si un tiempo se aflojó en incertidumbre,
jamás en odio desatarse pudo.
Hoy vuelve á su primera dulcedumbre;
quizá en el porvenir sea un escudo...
En la desgracia, como cumple á hermanos,
pronto está el corazon, francas las manos.

Mas ¿por qué de la obra humanitaria
apocar las augustas proporciones?
Para la caridad, ley unitaria,
no hay partidos, no hay razas, no hay naciones:
pierde la humanidad su forma vária;
mueve un mismo latir los corazones,
y ante el amor, que así nos reconcilia,
es todo el Universo una familia.

Santa piedad, que del consuelo tierno,
del dolor junto al lecho, se acompaña,
y de la guerra, aborto del infierno,
suaviza en parte la inclemente saña,

en este dia, en la memoria eterno,
á los heridos—¡mártires de España!—
de lágrimas y de oro ofrendas lleva,
y á religion el sentimiento eleva.

¡Himno de gratitud por cuanto viene
á confortar nuestra fatal laceria,
brote del alma y en el labio suene!
Nunca lo olvidará la noble Iberia!
Nunca ¡oh México! nunca: y si previene
cruda guerra á tu grey nueva miseria,
desde su abismo de afliccion prolija
la madre el brazo tenderá á la hija.

No quiera Dios que idénticos pesares
tus bellas esperanzas desmoronen.
¡Ah! no lo quiera Dios. Campos y hogares
el blando imperio de la paz pregonen:
las ramas de tus índicos palmares
sólo el saber y la virtud coronen;
y el estridor de la guerrera trompa
jamás la calma de tu sueño rompa.

DESDE EL RETIRO.

Respiro al fin las auras del Ajusco
en mi escondido huerto, donde abunda
fragante rosa y sazonada poma.
Aquí la paz, único bien que busco,
de atmósfera serena me circunda
y el rosicler de la esperanza toma.
Así desde que asoma
hasta que el sol desmaya en los volcanes,
viviendo en la apacible compañía
de pájaros y flores, sin afanes,
de mí mismo olvidado, logro el dia.

¡Oh campo! ¡Oh soledad! ¡De las pasiones
cuál serenais los ímpetus violentos!
¡Cómo la fantasía el vuelo emprende,
desde la calma vuestra, á las regiones
do se espacian los altos pensamientos!
El alma la ventura aquí comprende,
cuando la luz extiende

por los reinos del aire su sonrisa,
y comienza el idilio de las aves,
y el ósculo versátil de la brisa
da á las flores amor, celos süaves.

Cuánto fuera feliz si, como acierto
de esta naturaleza en el regazo
á frenar del presente los gemidos,
á los abismos del silencio muerto
lanzar pudiera con valiente brazo
el triste espectro de los años idos!
Mas ¿quién de los nacidos,
cuando la tarde del vivir declina;
quien, por el erial de la existencia,
pudo nunca apañar la peregrina
mandrágora que aduerme la conciencia?

¡Páginas del pasado! con sonrojo
la memoria os registra; y se abre, y fluye
de las mejores lágrimas la fuente.
Borraros fuera un bien; mas si me acojo
al sueño del olvido, el hora que huye
le disipa en su tácito corriente.
Así avanza inminente
la forzosa del último naufragio;
y apremia que en retiro, al mundo ajeno,
para el trance que próximo presagio
cure parar el ánimo sereno.

Si quisiera benigna la fortuna
el que resta á mis años plazo breve,
dar que corriera en este asilo ignoto...
¡Con qué filosofía la importuna
malicia viera que las almas mueve!
Así, cansado de afrontar el noto,
suele anciano piloto
que la existencia del hogar ensaya,
exento ya del borrascoso insulto,
mirar desde las rocas de la playa
de las soberbias olas el tumulto.

Mas no será. Cual subitáneo lampo
que la nocturna lobreguez escinde,
la paz sonrie al alma y desparece.
Vivir es combatir. Revuelto campo
de azares y de obstáculos sin linde,
todo, allende estos límites, me ofrece;
mas si el hado apetece
que torne á nuevo afan, á lucha nueva,
con el recuerdo de este Eden perdido,
será mi escudo en la difícil prueba
el noble orgullo del deber cumplido.

Mas ¿por qué cuando el golfo arrulla en calma
la frágil nave, asalta al marinero
el fantasma de roncos vendavales?
¿Por qué en la grata soledad de mi alma

asoma, como cárabo agorero,
presentimiento de futuros males?
Enturbia los cristales
de la fuente del bien límpida y tersa
pronto, harto pronto la voluble suerte,
para que la ilusion con prisa adversa
se forje el dardo de la propia muerte.

Gocemos sin zozobra del instante
en que el afan del alma solicita,
con incentivo fácil, el descanso;
el claro rio, eterno caminante,
cuando florido márgen le limita,
ó en fértil vega, ó en gentil remanso
detiene el curso manso,
no cura si más lejos, con bullicio
y espuma hirviente, cólera del agua,
afrontará el furor del precipicio
ó la asechanza que el escollo fragua.

Gocemos á sabor. Naturaleza
de sus magnificencias el tesoro
descubre aquí á los tiernos corazones;
sea que el sol derrumbe por la alteza
las cataratas de sus rayos de oro,
ó sea que la noche sus legiones
de estrellas, á millones
desparrame en las sombras del vacío:

ora la calma con serena pompa
domine el aire, ora el tifon bravío
estalle en truenos ó en diluvios rompa.

¿Cuál goce habrá que al delicado llegue
de admirar el soberbio panorama
que ante mi vista atónita fulgura?
En loma suave, ó en gracioso pliegue,
ondulando el terreno se derrama
á formar la magnífica llanura:
en cerco de verdura
engarzado el diamante de los lagos,
semeja un trozo de la azul esfera;
ó de ópalo y rubí con visos vagos
bajo el sol meridiano reverbera.

¡Qué variedad del valle en los matices!
Signo elocuente de logrado fruto,
acá mieses de trigo palidecen;
allá, en flámulas verdes, los maïces
bella esperanza de otoñal tributo
á los afanes del cultor ofrecen:
y más allá florecen
los que pensiles móviles antaño,
del dulce lago en las serenas olas,
remedan hoy con pintoresco engaño
oäsis de claveles y amapolas.

Las tintas melancólicas de Octubre
en la pajiza yerba imita el llano
que en los salobres lagos se retrata;
mientra en variada lozanía cubre,
casi eterno, el ropaje del verano
la zona que hácia el Áustro se dilata.
Formando escalinata,
allí hundidos volcanes se eslabonan
hasta las bases de los ígneos montes
que, en los reinos del hielo, se coronan
monarcas de infinitos horizontes.

Vedándole del hombre á los estragos
en cerco de montañas escabroso,
aquí natura reservarse quiso,
entre arrullos de selvas y de lagos,
tálamo á sus deleites prodigioso,
cuyo cielo arrancó del Paraiso.
Á tal ley insumiso
él viola el valladar: con saña activa
á corregir, á transformar se arroja;
pero por más que erige ó que derriba,
no al valle del pristino honor despoja.

. . . .

Del seno de este plácido reposo,
del blando ensueño de esta paz, ya surge
con vigor el espíritu marchito.

La sed de la verdad que, en poderoso
impulso, el celo de sus alas urge,
le atrae al ideal, al infinito
que lamenta proscrito:
sobre nubes de grana y de topacios,
por la zafírea inmensidad revuela;
y hollando estrellas y venciendo espacios,
á las eternas cúspides anhela.

¡Celeste inspiracion ó loco impulso,
que parece brotar de mis entrañas
y conmueve de mi alma las honduras!
En el sereno océano ó convulso,
en el vértice audaz de las montañas,
en medio de las índicas llanuras,
do sus glorias más puras
la portentosa Creacion despliega;
siento que algo en mi seno pugna y gime:
algo, como un espíritu que brega
por quebrantar la cárcel que le oprime.

Rómpela al fin; y sube y se remonta
más allá, á cada espacio que recorre,
más alto, á cada altura que domina.
Como astro que en eterno andar tramonta,
del gran efecto á la gran causa corre,
de lo creado al Creador camina;
y sus vuelos combina

como el condor gigante que, extendiendo
en el espacio azul sus alas grandes,
una tras otra cúspide venciendo,
de vista pierde los nevados Andes.

Y este atrevido espíritu que abarca
los mundos de la idea y la materia,
que al propio sér su reflexion difunde,
¿cosa es mortal que al soplo de la parca
é inferior de la carne á la miseria,
de inútil nada en el sopor se hunde?
Tal idea confunde
toda virtud, todo grandor humano.
¡Inútil Creacion, Creador mezquino,
si sólo vida breve y sufrir vano
son del hombre y del bruto igual destino!

¡Ah! no. La alta nocion consoladora
el mismo Creador grabó en el hombre
de la razon con la divina lumbre.
Por ella el alma que su patria llora,
sin que el dudoso tránsito la asombre,
dejando la corpórea pudredumbre,
álzase á la gran cumbre.
Sin ella...¡oh Dios! menos cruel sería
que el horror de tan frio desengaño,
eternizar del hombre la agonía
en purgatorio á la esperanza extraño.

¡Bendita soledad! seguro asilo
do, en la tarde fugaz de la existencia,
logran descanso las zozobras mias;
si del presente en el solaz tranquilo
excitada á intervalos la conciencia,
revive la memoria de otros dias,
de sus melancolías
las pardas nieblas disipar procuro
con el pesar sincero y la esperanza,
y á romper las tinieblas del futuro
de la inmortalidad el sol se lanza.

Así, cuando tormenta del estío
dispersas deja en pos nubes cenizas,
que granizo expelieron con fracaso,
el padre de la luz con rayo frio
las cambia en ténues gasas y rojizas,
desde las puertas del sereno ocaso;
y con triunfante paso,
como de vasto incendio entre reflejos,
allá, del calvo Ajusco tras la cumbre,
por valles, mares y horizontes, lejos,
más lejos, lleva la fecunda lumbre.

San Angel, 1874.

CIENCIA Y CREENCIA.

CON MOTIVO DE UNA DISCUSION SOBRE EL GÉNESIS Y LA GEOLOGÍA.

I.

¡Solo era, inescrutable el gran misterio!
La eternidad, del Increado en torno,
dilataba su imperio:
y en la mente divina, como en horno
de vivífica llama, rebullia
la idea de los mundos que el futuro,
de gratitud y admiracion con grito,
realizados despues contemplaria,
como esparcido polvo de diamante
por la insondable inmensidad flotante,
y en los senos sin fin del Infinito.

En el goce indecible
de sí, de su eficaz omnipotencia,
de su sabiduría incomprensible,

Dios era solo y Dios: en su existencia
concretábase el ser... Mas, ¿cuál su historia?
¿Cuál su forma real, su íntima esencia?
El ansia de saber lo inquiere en vano.
No fuera Dios, si tanto humana ciencia
pudiera descubrir ó genio humano.

Cuando su diestra alzóse...
¿Su diestra?... No. ¿Hay quien ose
algo imputarle de la forma humana?
Cuando á crear movióse
su voluntad—potencia soberana—
por los mudos espacios
alto estruendo sonó; y al mismo punto,
escrita como en fúlgidos topacios,
aparecióse la palabra: ¡SEA!
y la divina idea
obra haciéndose, en múltiple prodigio,
ya por la inmensidad, antes vacía,
la vida en embrion circumfluía.

Devastador de mármoles y bronces,
con alas de huracan, piés de torrente,
el tiempo comenzó su vuelo entonces
para nunca volver atrás la frente.
Tendiendo la mirada inquisidora
por todo el reino oscuro
de su gemelo hermano, del futuro,

columbró en lontananza
del insaciable monstruo la esperanza
que, al funesto contacto
con el crímen primero, nacería.
El tiempo, adivinando el triste pacto,
la funeral alianza presentía.
Mas ni el mal con miseria,
ni con dudas la suerte
amagaban aún á la materia;
ni de terror armábase la muerte.

En tanto, ejecutora la Natura
del divino portento,
los gérmenes fecundos que contiene
en perenne fermento,
lentamente previene
para la vastedad de la existencia.
Madre comun y cuasi Providencia,
una y simple en su esencia,
de Dios recibe el don de la abundancia,
y como ley y norma,
la eterna duracion de la sustancia
y la mudanza eterna de la forma.

. . . .

II.

¿Dó su historia esculpieron
las épocas del Génesis? ¿Por cuántas
centurias se extendieron?
Esclava del error — forzoso estigma —
la ciencia el vuelo encumbra
á escudriñar el tormentoso enigma;
mas la verdad se esconde en la penumbra.
Allí, donde milagro de seis dias
Revelacion pregona,
la ciencia anuncia maravilla lenta:
en cada dia siglos amontona,
largas en cada siglo edades cuenta.

Vaporiforme el cáos,
rodando como fuego luminoso
entre sus propios vahos,
los abismos sin límite ocupaba:
el tórrido elemento
las moléculas ténues segregaba;
en tanto que el girar vertiginoso
de los lucientes núcleos atraia
la cósmica materia, que más tarde

segregada en arranque portentoso,
siempre en torno de un sol gravitaria.

Así del Infinito en los imperios,
en órbitas girando colosales,
desplegaron sus fúlgidos misterios
los sistemas astrales;
de cuya muchedumbre
dieran vaga vislumbre
arenas de desiertos africanos,
átomos de aire, ó rotas
sobre riscos, en gotas,
las ondas de estruendosos océános.
Pero con calma inmensa
amortiguando prístinos fervores,
lento frio condensa
esferas de traslúcidos vapores:
su grandeza restringe
á radios más modestos; y á mesura
que el externo calor de un astro apura,
su masa en roca de metal constringe.

Así, no superior entre los astros
del limpio firmamento,
la Tierra se produjo
con lenta majestad: patentes rastros
del omnímodo influjo,
ya de vientos y aguas,

ya de ciclópeas fraguas
que rugen en su vientre cavernoso,
guarda el planeta en crónicas de piedra.
En su corteza sumergida, pobre
vegetacion marina al pronto medra:
el vaivén de la mar, áun no salobre,
que el pez no surca, arrolla, mas no arredra
al molusco encerrado en su armadura;
y luego que la Tierra alza del onda,
Vénus primera, el virginal semblante,
con mayor galanura,
cuna eternal de fuerza y hermosura,
su reino extiende Flora exuberante,
y más tarde inaugura
Fáuna su predominio redundante
. . . .

III.

En edades remotas
de un Génesis y de otro los prodigios
soterran ¡ay! catástrofes ignotas;
y fósiles vestigios
del planeta las capas seculares,
como arcanos de Esfinges, atesoran:

mas luego se renuevan y mejoran
en admirables modos
los organismos todos;
y en la tierra, en los aires, en los mares,
cada especie, llenando su destino,
nace, crece, se extiende y perfecciona,
y el trabajo contino
de Natura, sanciona
la omnipresencia del Autor divino.

IV.

De rey del Universo con el nombre,
cúspide de la escala de los seres,
del esfuerzo creador meta y resúmen,
descuella altivo el hombre,
cuyo principio arcano
en audaces hipótesis presumen
ingenio ó ciencia revelar en vano.
Dios reserva en su mente
de todo los primeros atributos:
nunca saber humano
el primitivo gérmen produciente
descubrirá de plantas y de brutos.
¡Nunca! y si al hombre aplica

leyes que acaso rigen
materia de progenie menos rica,
darále ¡oh mengua! repugnante orígen (11).
Pero el alma, potencia creadora
que el Universo de la idea labra,
de sí misma señora;
inteligencia activa, procedente,
como del pensamiento la palabra,
de algo por excelencia inteligente,
¿cuándo, de dónde vino? ¿Producida
de materia animada
á su más alta perfeccion subida?
¿Existieron quizá dos creaciones;
y dividido su poder bizarro,
de una surgió el espíritu, la otra
á recibirle predispuso el barro?
Y para ser el alma ¿la Natura,
como medio, ejerció su ministerio?
¿O el mismo Dios, con inmediato imperio,
dióle un efluvio de su esencia pura?

Disputen la razon y la creencia
si circula en los cuerpos del espacio
la savia, como aquí, de la existencia:
si la alta Providencia
con mesurados pasos, mas fecundos,
del Infinito en los abismos, siempre
crea y mejora mundos tras de mundos:

si en nuestro globo, frágil ó inconstante
sólo muere la forma;
pero en giro incesante
se muda la sustancia y se transforma:
si creacion y destruccion perpetua
labor prosiguen en consorcio asiduo;
pues si parcial derrumbe
arrastra al individuo,
no la especie sucumbe:
si al poder creador virtud le sobra
para que en digno espejo,
de eternidad reflejo,
se asemeje al artífice la obra...
Disputen ¡pero el alma, que en sí lleva
de la razon el sello, exenta vive
de ley que el mundo material renueva;
una entre la mudanza sobrevive!

Íntegro sobre el tiempo y el espacio,
con el soplo divino que recibe,
ya del mismo Hacedor por alto fuero,
ya de la maternal naturaleza,
cuyo poder primero
en Dios, como en raíz única, empieza;
el inmortal espíritu suspira
de la inmortalidad hácia la fuente,
y el corporal ornato ya depuesto,
á fundirse en la lumbre soberana,

foco de almas, aspira.
Así luz zodiacal, flotante resto
del cósmico principio,
al sol se arrima con inmenso rastro;
y así en el gran concurso
de sistemas solares,
gravitan hácia el astro
céntrico, los remotos luminares
que en majestuoso curso
del éter surcan los serenos mares.
. . . .

V.

Mas ¿por qué Ciencia y Religion, discordes
consideran del Génesis la historia?
¡Ambas debieran proclamar concordes
del Creador la gloria!
La alta sabiduría, que en sublime
y más digna manera
de su infalible prevision, imprime
á la Natura leyes primordiales,
de efectos pre-ordenados productoras:
el Sér, causa primera,
que, con sólo querer, crea y combina

en órden sin igual las demas causas,
y sin treguas ni pausas
las rige omnipresente
y á ineludible fin las encamina,
¿es, por ventura, menos poderoso
ó sabio, que el artífice glorioso
que en seis dias fabrica el Universo?...
El acto es uno, el proceder diverso.

El sagrado volúmen,
de la creacion magnífica el misterio
narra, como en resúmen,
cual de eficaz palabra ministerio:
la ciencia en concepciones temerarias
acaso, y de la fé temido escollo,
pregona de las causas secundarias
el lento desarrollo.
En desigual escala ambos aplican
el criterio del tiempo
al milagro que admiran y no explican.
Mas de Dios el criterio es otro abismo:
el tiempo no figura en su presencia;
para su omnipotencia
instante, *eternidad* son uno mismo.

VI.

Como entre sueños, fruto de tinieblas,
febril la fantasía se remonta
á aquella cuasi-eternidad de nieblas
de la infancia del globo;
y en extático arrobo
contemplo un oceáno que, sin playa,
al flagelar del huracan, ondula
y bajo grave atmósfera se esplaya,
donde en rugosa confusion circula
por miriádas carámbano encendido
irguiéndose hácia el cielo,
cual hoy, del polo en la aridez perdido,
alza sus moles rígidas el hielo.

En pos de tremebundas convulsiones,
reposa el globo bajo el móvil manto
del mar incandescente;
pero en súbito espanto
nuevas y más furentes convulsiones
sublevan sus entrañas:
las rudas capas hienden y dividen;
resollando por grietas y resquicios,

hácia lo alto despiden
de fundido granito árduas montañas,
y crujen con fragor los hondos quicios.
¡Qué explosiones gigantes!
¡Qué vientos clamorosos!
¡Qué columnas de lluvias fulgurantes,
envueltas en vapores tenebrosos!
¡Qué bruscas sacudidas é incesantes!
En el sublime horror de aquellas series
de innúmeros, lejanos cataclismos,
¡cuántas se hacinan ruinas sobre ruinas,
y confusion tras confusion se opera!
Y con todo, en catástrofes tan hondas,
de aquel desórden en las fieras ondas
el órden reina, el desarrollo impera.

¡Ay! de la humanidad en los anales,
atónita registra la memoria
catástrofes, no menos colosales,
do el oropel deslustran de la gloria
sangre y llanto á raudales!
¡Cuánto ídolo sagrado
cada social evolucion derrumba
por las abiertas fauces del pasado!
¡Con qué ingente balumba,
como amontona el segador las garbas,
¡oh Historia! en tu fatal osario hacinas
mómias de pueblos, de tiranos larvas;

hosannas y anatemas;
fragmentos de sistemas;
reliquias de costumbres y de leyes,
creencias en ruïnas,
que las humanas greyes
siguieron bajo lauros ó entre espinas!

VII.

Como al través de recias conmociones
y de interna tortura,
perfeccionó sus lentas creaciones
de Dios el gran ministro, la Natura,
¿así la humanidad con tarda planta,
de esperanza y error tras los delirios,
por entre infiernos de ansias y martirios,
á destinos mejores se adelanta?
Su perfectible condicion alzando
á más alto nivel ¿podrá algun dia
tocar aquí la codiciada meta?
¿Ó sólo sacudiendo el frágil lodo,
y fuera del planeta,
de la inmortalidad en el asiento
realizará—¿más cómo y de qué modo?—
de su noble destino el complemento?

¡Duda insoluble que el reposo veda!
¡Serpiente que, sin Eva seducida,
con ponzoñosa incertidumbre aceda
la turbia linfa de la humana vida!
Dios—Creador ú Ordenador, Dios siempre—
dá al inmortal espíritu que pueda
algo atinar del formidable arcano:
que, cesando el insano
choque y estruendo de la lucha ardiente,
no en estéril penumbra,
que más ciega que alumbra,
sino de la verdad al sol fulgente,
recobre al fin el alma
del olvidado Eden la dulce calma;
ó haz que, renaciendo
la de tiempos antiguos
sabia ignorancia, en que la fé se abriga,
goce la humanidad en paz amiga
los bienes, nunca exiguos,
que tu bondad en la Creacion prodiga.

Julio 1877.

ZELMIRA.

LEYENDA.

Martirio fué de amor, triunfo glorioso
con que corona y premia á dos amantes.

El Br. Francisco de la Torre.

¡Qué orgullosa y magnífica se ostenta,
de cúpulas soberbias coronada,
la morisca metrópoli, su sombra
dilatando en la vega solitaria!
¡Cómo prolonga en llano y en colina
su cintura de sólida muralla,
en cuyas puertas cifras misteriosas
figuran, de arabescos circundadas!
En las torres y airosos alminares
doradas medias-lunas se levantan,
nadando entre perfumes aromosos
que en torno esparce murmurando el aura:
exhalacion de mágicos jardines

donde el amor enardecido vaga,
entre flores de eterna primavera,
del voluptuoso céfiro en las alas.

Álzase dominante la mezquita,
do el Almuédano anuncia la plegaria,
y alcázares y cármenes floridos
por sũaves colinas se dilatan:
todo muestra un poder irresistible
que de hermosura y gloria se engalana;
todo dispierta dulces ilusiones,
y anuncia todo á la feliz Granada.

La perla más preciosa de Occidente,
de esplendor y riquezas ataviada;
el Eden encantado, cuyo aroma
ansiosa aspira susurrando el aura;
del árabe la hija predilecta,
del halagüeño Oriente trasplantada,
para sembrar en su fecundo seno
el amor, el deleite y la esperanza!

Como en risueño oäsis, escondido
en la estéril planicie de Sahara,
al simoún ardiente desafiando
descuella, entre otras, gigantea palma;
así entre cien alcázares soberbios,
obra de genios y de dioses traza,

de propios gloria, admiracion de extraños,
luce imposibles del cincel la Alhambra:
tesoro en que las artes del Oriente
de sus milagros el primor derraman,
y que del tiempo en providente amparo
trocar debiera la implacable saña,
si todo, en la Natura, sometido
no viniera á la ley de la mudanza.
¡Digna de eterna juventud sería
esta joya mirífica de España!

Ese emporio mirad; ved cuán erguido,
sombreando del Genil las ondas claras
que en un lecho de rosas se adormecen,
la tierra oprime con robusta planta,
y en los cielos sepulta la cabeza
de trasparentes nubes coronada.
Mas ¡ay! esa mansion de las delicias,
do entre perfumes el deleite vaga,
donde el amor con lánguido beleño
la mente aduerme en voluptuosas zambras,
al eco de instrumentos belicosos
oyó el estruendo de guerreras armas,
y arrojó furibunda de su seno
inmensas huestes, de furor preñadas,
á devastar las mieses de Castilla
y de Aragon las fértiles comarcas.

¿Qué será del gigante formidable
que agora asienta con soberbia vana
una planta de Ménfis en las ruinas
y en las ruinas de Itálica otra planta?...
Veréisle derribado por el suelo
que ayer como señor le proclamaba,
triste esqueleto de pasada gloria,
del tiempo envuelto en la corriente rauda;
y la reina feliz de Andalucía
de los hijos de Omar idolatrada,
al golpe del acero castellano
veréisla un dia miserable esclava.
¡Ay del alcázar que en remotos siglos
alzó al extraño la traicion bastarda!
¡Ay del poder que de mezquinos siervos
sostiene agora la venal espada!

I.

LA TROVA.

La luna brilla entre celajes rotos,
cual suele la esperanza en el tormento,
y vierte desde el alto firmamento
mansos raudales de apacible luz.

Ora se oculta tras de parda nube,
que en torno esparce funeral tiniebla;
ora aparece á disipar la niebla
y de la noche el lóbrego capuz.

En el regazo del silencio augusto
se aduerme la ciudad; ni ya se oia
el destemplado canto de la orgía
que estremeció los ecos del pensil.
Sólo murmura en lánguido suspiro
céfiro que los cármenes halaga,
ó en los alisos y los sáuces vaga
que sombrean la orilla del Genil.

Al eclipsarse el astro de la noche
entre uno y otro pertinaz celaje,
altísimo ajimez, entre follaje,
súbito resplandor iluminó:
dorada reja que interrumpe el muro
de fuerte alcázar de marmórea piedra
do, emblema del amor, crece la hiedra
que del jardin vecino se elevó.

Regio salon de altísima techumbre
tras el espeso muro se abrigaba,
donde el jaspeado suelo se ocultaba
bajo rico y espléndido tapiz.
Lámpara hermosa de metal luciente

deslumbradora llama despedia
que, en trémulo vibrar, se repetia,
de Persia en el vivísimo matiz.

Espléndidos tejidos de damasco
ondeando cubren el soberbio muro,
que, en follaje sutil, el mármol duro
apenas junta á la techumbre real.
En pebeteros de labrada plata
se exhalan, entre el humo vagaroso,
el bálsamo de Persia voluptuoso
y de Arabia el perfume virginal.

Muelle cojin de púrpura de Tiro,
sobre la alfombra pérsica, sostiene
doncella que sus ocios entretiene
en dulce ensueño de naciente amor.
Bella, como amoroso pensamiento,
triste, como ilusion desvanecida,
apoya su mejilla humedecida
en la mano que aprieta con dolor.

De la alba toca y cándida guirnalda
blanco velo flotante se desprende,
y el cuello alabastrino do se extiende,
negro el cabello oculta en rizos mil,
que, impulsados del aura, acaso eclipsan
dos negros ojos de ardoroso fuego,

y abrasados tal vez, se acogen luego
al blanco seno, del amor pensil.

Es Zelmira, la flor del Paraíso
por un amor volcánico marchita;
su pecho un triste pensamiento agita,
como el Áustro conmueve el hondo mar;
mas se suspende al escuchar la trova
de amante esclavo que el jardin esconde,
y en melodioso cántico responde
del cristiano al dulcísimo cantar.

I.

Mora de los ojos negros,
prisionera en esa reja,
llegue á tu lecho mi queja,
turbe tu sueño mi amor.
¿Qué valen negras prisiones,
sepulcro de mi ventura,
si hay un astro de ternura
en la noche del dolor?

II.

Cristiano—le respondiá
la mora—que en blanda queja,
cantas al pié de mi reja

sentida trova de amor;
ya, tus trovas escuchando
sonar en la noche oscura,
el eco de mi ternura
vibró al par de tu dolor.

III.

Mora—le dice el cristiano—
aquesa frente hechicera
mi mano adornar quisiera
con la corona de un rey;
mas ¡ay! que marchita planta
en otro jardin nacida,
te ofrezco sólo una vida
esclava de opuesta ley.

IV.

Gonzalo—canta la mora—
en esta frente hechicera
ni la púrpura quisiera,
ni la corona de un rey;
y diera el Eden risueño
y amara la triste vida,
si, en tus hogares nacida,
viviera bajo tu ley.

V.

Las puertas de la esperanza
abriera por vos agora,
si vos me diérais, señora,
las llaves del corazon.
Por vos, por vuestro cariño,
hasta mi cielo trocara...
sólo por vos no cambiara
mi patria ó mi religion. —

VI.

Débil premio la esperanza
fuera á tu cariño agora,
ni darte la que es señora,
por vasallo un corazon.
¡Por ese tu amor, cristiano,
el del Profeta trocara,
y sólo por tí cambiara
mi patria y mi religion! —

No respondió el cautivo, atenta escucha
la amante mora; al canto peregrino
el golpe de un alfanje damasquino
con horrísono estruendo sucedió.

Trémula salta á la elevada reja;
reina un silencio sepulcral, profundo;
rasga el aire el gemir de un moribundo...
Zelmira con fragor se desplomó.

II.

LA FUGA.

Hay horas en la mísera existencia,
horas de llanto y de dolor henchidas,
en que no alumbra un rayo de esperanza
el lóbrego horizonte de la vida.
El alma entonces, como débil hoja
por huracan horrísono marchita,
al torrente se arroja del despecho
por iracundo brazo sacudida:
mas si despues del sueño pavoroso
do la mente agitada se extravía,
del porvenir en el ignoto abismo
vislumbre débil de esperanza brilla,
arrebatada el alma, delirante,
en alas de ilusiones se sublima

al cielo del placer, y en dulce calma
se entrega al sentimiento que la anima.
Así en pos de tormentas bramadoras
que las ondas del mar voluble agitan,
el mar ostenta la azulada espalda
que en ligero vaiven mueve la brisa.

En el regio salon, do sin sentido
respira apenas la infeliz Zelmira,
un cautivo se ve: su ademan noble,
su prócer estatura, sus altivas,
penetrantes miradas, su arrogancia
más el guerrero que el esclavo indican.
Sostiene en brazos á la hermosa mora;
y en la tierra doblando la rodilla,
fija en ellos sus ojos ardorosos,
cual si pudiera el fuego con que brillan
de la árabe animar el yerto rostro,
ó la llama alentar de aquella vida.

Zelmira vuelve en sí: los negros ojos
con medroso pavor en torno gira;
de sorpresa y placer un grito lanza
cuando en los brazos del amor se vía.
Mira en redor; puñal ensangrentado
sobre la alfombra espléndida divisa,
para engendrar temores en el pecho
que á una loca esperanza dió cabida:

y demandan sus ojos al cristiano,
y retratan sus lánguidas pupilas
la ansiedad y el temor de la certeza
de una verdad, que acaso ya adivina.

La sangre de mi rival
empaña el arma que ves:
en combate desigual,
pudo el oculto puñal
tenderle muerto á mis piés.
Como traidor ó villano,
con el alfanje en la mano
contra mí se abalanzó;
pero era más fuerte yo,
porque nací castellano.
Muerte sangrienta le dí,
muerte cien veces le diera;
que sólo quererte á tí
con torpe cariño, era
un ultraje para mí.
Además, villano fué,
cuando con traicion impía,
porque sin armas me ve,

matarme á oscuras queria
tan sólo porque te amé.
  Bajo el traje del cautivo,
bajo el sello del esclavo
que imprimiera el hado esquivo,
late el corazon de un bravo
tan brïoso como altivo.
  Que allá, donde fué su cuna,
postró de la media luna
cien guerreros á sus piés...
bendiga Dios la fortuna
que le hizo esclavo despues.
  Bendígate Dios, la mora;
bendiga tu juventud
que tanto bien atesora,
y endulza mi esclavitud
con las lágrimas que llora.
  ¿Qué importa la horrenda suerte
premio á mi valor mañana,
si hoy gano, señora, en verte
una gloria sobrehumana
que no borrará la muerte?

  Esclavo, dijo Zelmira,
y de mi pecho señor,

tú, á quien mi pasion inspira
un sentimiento de amor
que entre cadenas suspira;
¿qué gano hoy en tu fiereza?
¿qué gano en tan dulce yugo,
si mañana mi terneza
verá rodar tu cabeza
bajo el hacha del verdugo?
Huye á tu patria, cristiano,
llega al confin castellano,
y ruega por mí á tu Dios;
aunque en tormento inhumano
muramos de amor los dos.
Huye, aunque de otra mujer...
¡Oh, nunca!...acércate aquí;
sepulta el puñal en mí,
y moriré con placer
¡ay! muriendo junto á tí.

Mora, prorumpe el cristiano;
morir en tu juventud,
muerta por mi misma mano!...
Ven al suelo castellano,
ángel de mi esclavitud.

Ven á mi patria, mi cielo;
conmigo á Castilla ven,
libre de injusto recelo;
que si te amo en este suelo,
allí te amaré tambien.
Y en dulce anhelar divino,
y en ilusiones mecida,
sobre el torrente contino
de un venturoso destino
flotará hermosa la vida.
Tambien hay ventura allí;
tambien vive allí el placer
entre rosas y alhelí,
y el cariño de mujer
no es estéril como aquí.
Que allí el cariño es señor,
y no como aquí vasallo:
porque allí es libre el amor,
y no apagan su esplendor
las paredes de un serrallo.
Allá, en los soberbios muros
que mis mayores alzaron,
gozar podrémos seguros
delicias que no alcanzaron
amores torpes ó impuros.
Cien esclavos te daré
que conquistará mi acero;
cien tesoros ganaré,

y á tus plantas, no guerrero,
esclavo te adoraré.

Calla, murmura Zelmira;
ten, por Alá, compasion
de quien por tu amor espira,
ó arráncame el corazon
que por tí sólo suspira.
Mi razon agora advierte
que á mi padre he de perder,
cristiano, ó he de perderte;
y entre el amor y el deber
sólo es consuelo la muerte.

¡Tu padre!—dice el cristiano—
no he de llamarle tirano,
que al fin padre tuyo es;
pero ese recelo vano
fatal nos será despues:
que mi cabeza sangrienta,

de los hombros desprendida
por la cuchilla violenta,
será á tu vista ofrecida
en venganza de su afrenta.
  Y mi cuerpo en la llanura,
cadáver fétido, inmundo,
despojo en la noche oscura
será del lobo iracundo:
ni hallará más sepultura!...
  Adios, señora, quedad. —
—Partamos juntos los dos,
cristiano... Màs no, marchad;
que seguiros...—
          —Acabad...—
—¡No puedo!...—
          —¡Zelmira!... ¡Adios!

  —Gonzalo, le respondia
la mora, huyamos de aquí
antes que la muerte impía
venga á apartarme de tí...—
Y al decirlo, fallecia.

—Venga el poder del infierno,
grita feliz el cristiano,
venga á arrancar de mi mano
este laurel soberano,
para mi ventura eterno.
Ven á mi patria, la mora;
que yo te llevo al placer.—
—¿Oyes? ya vienen... ahora
huyamos... mi amor te implora...—
—¡Ah, ya eres mia, mujer!

Dice el cautivo: en amorosos lazos
el cuerpo ciñe de la infiel querida,
y la sostienen sus robustos brazos
en letárgico sueño adormecida.
Alegre con tan mágico trofeo,
atraviesa fugaz lóbregas salas;
que duplica sus fuerzas el deseo,
y amor le prestá las potentes alas.
Nadie le viera; estrecha galería
le conduce al jardin, y férrea puerta,
dó un cristiano cautivo le atendia,
del pié al ligero impulso mira abierta.
Sale y bendice su feliz fortuna,

deslizándose entre árboles y flores;
y al débil rayo de la opaca luna
mira al objeto fiel de sus amores.
  Mas detiénese súbito, de Abdalla
junto al cadáver que la sangre tiñe:
—Pronto, Manrique—y el cristiano calla,
y del rival la cimitarra ciñe.
  El cautivo se cala albo turbante
y ancho albornoz sobre sus hombros deja:
sale por fin, con la árabe al ínstante
un brïoso corcel monta, y se aleja.
  Ya se pierde en el lóbrego recinto
de calles solitarias y extraviadas,
y en tan confuso, oscuro laberinto,
retumban á lo léjos las pisadas.
  Llega del muro á un lienzo ruïnoso,
que la ola del tiempo derrubió;
vuela el caballo sobre el ancho foso...
¡Un formidable golpe resonó!

III.

LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS.

Lóbrega y silenciosa está la vega
que el rápido Genil fecunda y riega:
el rayo moribundo de la luna
no riela en las ondas cristalinas,
ni baña en claridad inoportuna
las cercanas colinas.

Ambiente, cual de verde primavera,
mece la flor que encanta la pradera;
y del aura fugaz al blando aliento
inclinada la yerba tembladora,
dormida aguarda al perfumado viento
que precede á la aurora.

Reina plácida calma en la llanura,
en el recuesto, el monte y el altura;
y de las sombras bajo el denso velo
acallando el murmurio los raudales,
en el oscuro, soñoliento suelo,
deslizan sus cristales.

Mas súbito entre robles mustios, secos,
de la vega dispiértanse los ecos
al resonar del casco sonoroso
de gallardo bridon, de luengas crines,
que en el llano galopa, y presuroso
traspasa sus confines.

Un árabe cabalga; el aura azota
mansa el amplio albornoz que suelto flota;
y al cabecear del orgulloso overo,
del turbante á la tela tunecina
tenaz empuja el céfiro ligero
la espuma blanquecina.

Lleva en los brazos pálida hermosura,
y le ciñe la mórbida cintura
y el dulce seno con amantes lazos;
y la belleza, que de amor espira,
al cuello le echa los torneados brazos
y embriagada le mira.

Es el esclavo que á Zelmira adora,
es la divina, enamorada mora,
hermoso premio al amador cristiano;
huyen, al paso del corcel ligero,
hasta hallar en el campo castellano
el asilo primero.

El éxtasis, ahora, á sus dos almas
entreabre cielos y promete palmas:
fluye en sus venas sangre enardecida;
su pecho embarga insólito embeleso,
y en el labio la voz, desfallecida,
se torna en dulce beso.

Largo silencio al fin rompe el cautivo;
alienta el brío del troton altivo
con dulce trova ó con sentida endecha,
al ver cercana la risueña aurora;
y en grato nudo, contra el seno estrecha
á la angustiada mora.

I.

Corre, mi brïoso overo;
pasa el extendido llano:
corta la niebla ligero,
y llega al campo cristiano.
La tienda allí del guerrero
cubre el pendon castellano,
y allí te brinda su sombra
del prado en la verde alfombra.

II.

Gana la elevada cumbre,
salva á mi angélica mora

antes que en roja vislumbre
sonria al mundo la aurora;
antes que bañe su lumbre
en las lágrimas que llora
mi amada, y al verla, sienta
que tanta beldad la afrenta.

III.

Vuela, cual ligera pluma
que el torbellino violento
arrastra en la densa bruma;
tiende tus crines al viento,
y esparce la blanca espuma
que templa el fogoso aliento
cuando, corriendo á la guerra,
tocas apenas la tierra.

IV.

Huye del campo del moro
y de la viuda Granada,
que, ausente de la que adoro,
mañana gima enlutada
por su más rico tesoro,
por la hurí más celebrada;
y llore por descubrilla,
mientras sonríe Castilla.

V.

No temas el ancho foso,
ni la intrincada espesura,
ni el alto monte fragoso:
que amor á mayor altura
sabe llegar presuroso,
si en ella está la ventura,
y al volvér la cara, advierte
que está á su espalda la muerte.—

Tras colinas que envuelve nacarada
niebla, del alba al vívido arrebol,
piérdense ya las torres de Granada
do el Almuédano anuncia el nuevo sol.
Puro, cual sonreir de hermoso niño
á la mirada del materno amor,
entre nubes más blancas que el armiño,
apareció del astro el resplandor.
En áspero sendero tortüoso
al prófugo cristiano sorprendió,

y un cruel presentimiento, envidioso,
de la dicha en el seno derramó.

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

De la aurora el suavísimo destello
las blancas nieblas no matiza ya;
radiante el sol, entre celaje bello,
oblícuos rayos derramando va.
Rápido avanza; en el zenit ya no arde
ni lanza á plomo vívido fulgor:
templando van las brisas de la tarde
con suave aliento el estival ardor.
Al pié de un peñon áspero, escarpado,
que defienden en punta riscos mil,
gozan breve descanso el fatigado
guerrero y la doncella del Genil.
En torno de ellos, al amor rendidos,
mueve sus alas lánguido el placer;
y en dorada ilusion adormecidos,
dejan el tiempo rápido correr.
Densa nube de polvo vagarosa
cubre el camino que el esclavo holló:
por instantes se acerca presurosa;
gente mora el cautivo divisó.
Es su caudillo el padre de Zelmira;
veinte jinetes corren de él en pos:

la mora casi de dolor espira;
el cristiano encomiéndase á su Dios.
Teme Zelmira de Reduan la saña,
del cristiano á los brazos se arrojó;
él la abraza, y por la áspera montaña,
como los vientos rápido, trepó.
Dan á sus miembros dolorosa grima
roca ó abrojo donde asienta el pié;
mas llega al fin á la elevada cima,
cuando en la falda al enemigo vé.
Diez jinetes se apean, la alta sierra
de Reduan á la voz quieren ganar:
muerden, tras largo batallar, la tierra;
del peñasco hasta el pié vénse rodar:
que de la cima el prófugo cristiano
una nube de piedras arrojó...
La planta del altivo musulmano
sobre los rotos cráneos resbaló!
Cien ballesteros entre el polvo denso
el moro via con placer llegar:
llegan, y vióse hácia el peñon inmenso
una nube de flechas arrojar.
Gonzalo con furor se defendia
muertes enviando al aterrado infiel:
en brazos de la mora fallecia,
sangre vertiendo, el mísero doncel...

¡Morir sin venganza!... clamaba el cristiano.
¡Á un rayo del cielo tu hueste sucumba!
Poder del abismo... ¡quién diera á mi mano,
al par que él la mia, cavarle su tumba!
La muerte sus alas despliega callada;
en sombras envuelve mi pálida sien,
y muero sin verte ¡oh madre adorada!
¡Te pierdo, Castilla! ¡Te pierdo, mi bien!

No llores, Zelmira, al ver mi despecho;
maldice conmigo mi bárbara suerte:
perdon, si el sepulcro te brindo por lecho,
si en vez de la dicha, te ofrezco la muerte.
De amor ante el ara y en fuego inexhausto,
nuestra alma debia su esencia exhalar:
el ara reclama sangriento holocausto,
y debo en mi ruina mi amante arrastrar.

Yo muero, Zelmira. No el fétido ambiente
de tumba cercana quebranta mi brío:
tu horrible destino subyuga mi frente;
que un negro cadalso te alzó el amor mio.
Mañana, entre acentos de bárbara orgía,
tu extremo suspiro se apague tal vez;
mañana contemple tu lenta agonía
con ojos enjutos la plebe soez...

—Muramos; no temo, responde la mora,

el grito de muerte que en torno retumba:
con tu alma la mia, que ciega te adora,
se lance á las sombras que esconde la tumba.
Muramos agora, mi fiel castellano;
la nada surquemos unidos los dos...—
—Abrázame, hermosa, le dice el cristiano;
¡Zelmira!—¡Gonzalo!—¡Recíbenos, Dios!

Al punto de la cumbre despeñados,
dos cuerpos, que antes animó la vida,
á la falda descienden abrazados,
con golpe atroz é innumerable herida
los palpitantes miembros lacerados.

Huye Reduan en llanto y con sonrojo;
y en compasivo horror, la gente mora
contempla y guarda el infeliz despojo
en fosa humilde, que el laurel decora.
¡Nunca vió amor tan admirable arrojo! (12)

Febrero 1842.

NOTAS.

1.ª

Pág. 49. *Selam*, palabra árabe que significa *salud*. Llaman así los orientales á un ramillete de flores, en el que con ellas, y el órden en que van colocadas, manifiestan en lenguaje simbólico lo que pudieran con una carta.

2.ª

Pág. 49. Faradí, cuñado y ministro favorito de Mahomad Aben-Azar III, llamado el Ciego, á quien quitó la vida y el trono su hermano Mahomad Aben-Azar IV, destronó á su vez á éste, y coronó á su propio hijo Ismael Faradí, cabeza del linaje de los Faradís y descendiente, por las mujeres, de Mahomad Alhamar, fundador del reino granadino. Este suceso, acaecido en la Egira 713, que corresponde al año de Cristo 1313, dividió la familia real en dos dinastías, Faradís y Alhamares, que se disputaron en lo sucesivo el trono de Granada, ocupándole la que lanzaba de él á su rival.

3.ª

Pág. 64. Sonaba esta campana, á la media noche y ántes del alba, en los conventos de monjas capuchinas.

4.ª

Pág. 273. Escribióse esta elegía obsequiando la invitacion que el Ilmo. Sr. D. Fermin de la Puente y Apezechea, Secretario de la Comision de Academias correspondientes americanas, dirigió al autor y á los demás individuos de la de México, para que de algun modo cooperasen á la corona fúnebre del insigne poeta García Tassara. Cuando esta composicion llegó á Madrid, habia fallecido ya el erudito académico mencionado, y no se incluyó en el tomo relativo.

5.ª

Pág. 287. Napoleon, enfermo de cáncer en el estómago, espiró el 5 de Mayo de 1821, durante la mayor violencia de una furiosa tempestad. Sus últimas palabras fueron: *Tête d'armée.*

6.ª

Pág. 342. El cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, propuso, en principios de 1870, la canonizacion del gran descubridor.

7.ª

Pág. 342. Américo Vespucio.

8.ª

Pág. 358. En esta epístola daba la bienvenida al autor; pintábale la dolorosa situacion de España, y le exhortaba á regresar á América.

9.ª

Pág. 365. *Oidium*, *Philoxera vastatrix*.

10.

Pág. 380. La época en que se escribió esta composicion, época de graves sucesos, seguidos muy de cerca de otros más calamitosos, por muchos ya entonces presentidos, explica las dolorosas impresiones que producian en el ánimo del autor, y disculpa el severo lenguaje que emplea para manifestarlas.

11.

Pág. 409. Doctrina profesada por Darwin.

12.

Pág. 444. Este suceso histórico dió nombre y fama á un peñon, bastante elevado, que está entre Archidona y Antequera. Véase el cap. XXII, lib. XIX de la *Historia de España*, por el P. Juan de Mariana.

ÍNDICE.

El autor ofrece esta edicion, como donativo, á la Casa de Caridad, de Santander, á la Beneficencia española y á la Compañía Lancasteriana, de México, por cuya cuenta se expenderá en España y en América, en los puntos que respectivamente señalen los referidos establecimientos.

PRECIO.

En España................	30 rs. vn.
En América................	2 pesos.

